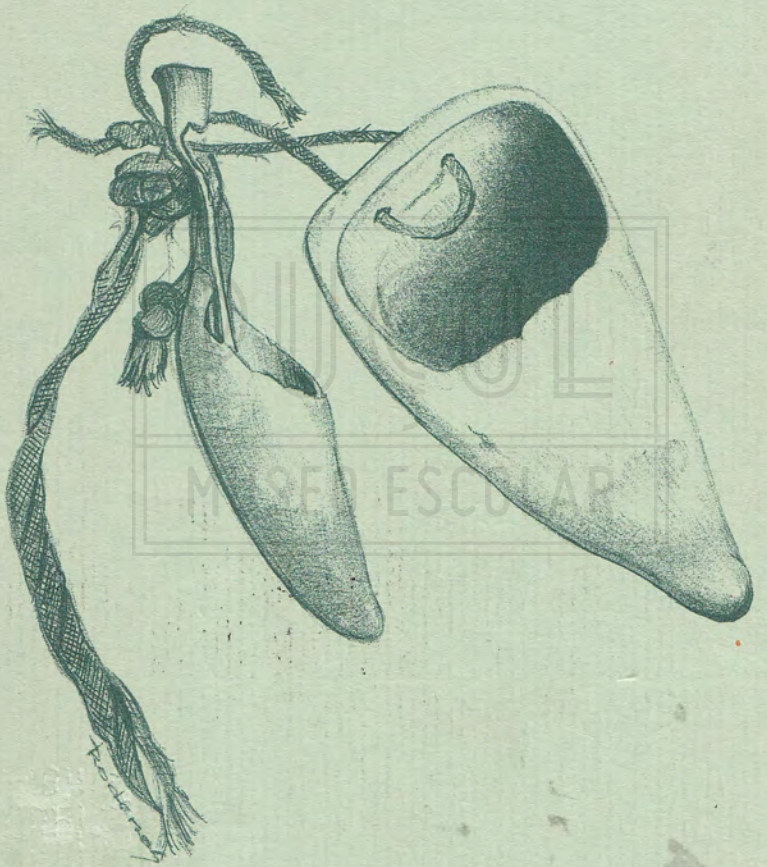
Historia del Campo de Elche



Baltasar Brotóns García
De la Asociación Alicantina de Periodistas y Escritores de Turismo

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

Colección: Temes d'Elx
© Baltasar Brotóns García
Edita: Institut Municipal de Cultura
Ajuntament d'Elx
Portada e ilustraciones: Antonio Ródenas Maciá
Imprime: Segarra Sánchez, S.L.
O. Winibal, 39 - Elche
D. L.: A-391-2000
I.S.B.N.: 84-89479-38-0

Baltasar Brotóns García
De la Asociación Alicantina de Periodistas y Escritores de Turismo

Historia del campo de Elche

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

ÍNDICE

		Pág.
	Prólogo	7
	Justificación	9
Cap. I	El regadío en el campo de Elche, desde los tiempos más antiguos	13
II	La Centuriación Romana	35
III	El campo de Elche en la época visigótica	43
IV	El campo de Elche durante la dominación árabe	47
V	La reconquista cristiana y el *repartiment*	55
VI	Lo que se dice del campo de Elche, en las actas del Concejo	63
VII	La expulsión de los moriscos y sus consecuencias negativas	67
VIII	Contratos de enfiteusis en las propiedades abandonadas por los árabes	75
IX	El campo de Elche que vio Viciana	83
X	Los capítulos del Almustaçaf	87
XI	La colonización de los Carrizales	91

Pág.

XII El campo de Elche que vio Cavanilles ... 103
XIII El campo de Elche que vio Madoz ... 109
XIV La sequía, un mal endémico en Elche ... 113
XV La noche en que en Elche llovió a cántaros ... 121
XVI Pujanza de la agricultura ilicitana en el siglo XVIII ... 127
XVII Decadencia de la agricultura ilicitana en el siglo XIX ... 135
XVIII Porcentajes de población rural a partir de 1854 ... 141
XIX Seguridad en el campo y Guardería Rural ... 145
XX La barrilla, el salicor y el aguazul ... 153
XXI Plagas y calamidades ... 157
XXII La agricultura ilicitana, a principios del siglo XX ... 161
XXIII La Agrícola Ilicitana ... 167
XXIV Cuando el campo de Elche cambió de aspecto ... 171
XXV La postguerra, una época próspera para el campo de Elche ... 177
XXVI La mecanización de la agricultura en los años sesenta ... 187
XXVII Evolución de los cultivos del campo de Elche, a partir de la postguerra ... 193
XXVIII El cultivo del cáñamo en el campo de Elche ... 199
XXIX El campo de Elche y el Mercado Común ... 205
XXX La última sequía ... 211
XXXI La ganadería en el campo de Elche ... 215
XXXII Pasado, presente y futuro de los palmerales de Elche ... 223
XXXIII El futuro del campo de Elche ... 233
Bibliografía ... 236

Prólogo

La agricultura ilicitana, el "Camp d'Elx", no es únicamente un sector más de la economía local, no es sólo un recurso productivo o un conjunto de cifras y datos que podamos estudiar por separado y sin tener en cuenta su historia y su importancia en la construcción de la identidad histórica de los ilicitanos. Es mucho más que eso, es un sistema integral que ha recogido durante siglos las posibilidades de desarrollo social y cultural de los ilicitanos, y también un espacio propio en el que se desarrolla una forma de entender la vida y la sociedad basada en valores que hoy entendemos como imprescindibles para construir nuestra convivencia.

Como tal sistema integral, se necesitaba un libro como el que ahora pone a nuestra disposición Baltasar Brotóns: con una visión de conjunto, de panorama amplio en el tiempo y en las miras, capaz de unir la perspectiva histórica de la configuración de las "centurias" romanas o la lucha eterna de los ilicitanos para conseguir la imprescindible agua de riego con el futuro de la agricultura ilicitana o con temas tan de actualidad como puedan ser la declaración del Palmeral de Elche como patrimonio de la Humanidad por la UNESCO y las posibilidades de producción de palmeras de calidad mediante técnicas de reproducción "in vitro".

"Historia del Campo de Elche" es el corolario de una amplia serie de títulos anteriores (A*grodelx, El Camp d'Elx, Les Pedanies d'Elx*, etc.) con los que Baltasar Brotóns nos ha hecho llegar desde su experiencia y su incansable ansia de conocimiento aquello que mejor conoce: la realidad de la agricultura en Elche hoy, y cómo se percibe su futuro a la luz de su larga historia y tradición.

Hay que destacar la vocación de generar nuevos estudios e investigaciones que tiene esta publicación. Esta "Historia del Campo de Elche" resume todo el devenir de la agricultura ilicitana desde las primeras noticias de que tenemos constancia hasta nuestros días, y se convierte así en un primer intento de sistematización de los conocimientos existentes que servirá de base al desarrollo de cada uno de los capítulos que lo integran por parte de futuros estudiosos e investigadores.

Los ilicitanos aumentamos así nuestra deuda con el autor por su destacada y constante contribución a la recuperación de nuestra memoria colectiva a través del estudio del Camp d'Elx, uno de los factores que más determinantemente han configurado nuestra actual idiosincrasia y talante.

Diego Maciá Antón
Alcalde d'Elx

MUSEO ESCOLAR

JUSTIFICACIÓN

El campo de Elche y su agricultura, desde los tiempos más antiguos, siempre tuvieron una gran relevancia económica y social, a pesar de estar ubicado en una zona de las más secas de la Península Ibérica, y de que hasta la segunda década del siglo XX, el 90% de su superficie, eran tierras de secano y el otro 10% solo se podían regar con las aguas salitrosas que discurren por el Vinalopó, y que en su margen izquierda se distribuían a través de la Acequia Mayor del Pantano y en su margen derecha por medio de la Marchena. Y además, con el agravante de que con una cierta frecuencia, casi periódica, se producían prolongadas sequías en que las lluvias brillaban por su ausencia, agravando aún más la situación, ya por sí difícil en todo tiempo, disminuyendo, drásticamente, su riqueza potencial, como sector productivo primario.

No obstante todos estos inconvenientes, la agricultura ilicitana, con sus lógicos altibajos, siempre salió adelante, gracias a tres factores fundamentales, como son el poseer unas tierras fértiles y productivas, el disfrutar de un clima benigno y de tener un colectivo de agricultores laboriosos y sacrificados, que siempre han cultivado sus tierras con esmero y profesionalidad, sin escatimar esfuerzos personales.

Y este colectivo de agricultores ilicitanos, que vivieron siempre en casas de campo, al pie de sus propias explotaciones agrarias, fueron generando una cultura campesina, autóctona y específica,

que se iba transmitiendo de padres a hijos, a través de las generaciones, como un tesoro antropológico inapreciable, donde quedaban reflejados unos rasgos y unas peculiaridades que mostraban el trabajo diario y la evolución constante de un colectivo de gentes del medio rural, que fueron labrando su propia historia, al paso de los años y de las generaciones.

Y cuando hablamos de cultura, no nos referimos solamente a la forma de cultivar la tierra, con ser esto muy importante, si no también, y sobre todo, a las costumbres, las tradiciones, los comportamientos, los rasgos arquitectónicos de sus viviendas rurales, a su vestimenta, a su gastronomía, etc. Y todo ese cúmulo de factores específicos y diferenciadores, ha sido determinante a la hora de conformar su propia personalidad, un tanto peculiar, al socaire de unos hechos y unos acontecimientos históricos, que fueron jalo-nando la vida diaria de este colectivo de personas que vivieron y trabajaron en el campo de Elche, desde los tiempos más antiguos, de los que se tienen referencias.

Pues bien. De estos campos, de estas gentes que los poblaron y de esa cultura ancestral que fueron generando al paso de los años, habíamos en esta «Historia del Campo de Elche», que tienes, amable lector en tus manos, y que es fruto de un trabajo ilusionado, que nos ha llevado muchas horas de estudio y de investigación, durante muchos años. Pero entendemos que ha valido la pena llevarlo a cabo, y que está más que justificado, pues el tema bien merece el esfuerzo realizado para llevarlo a buen fin.

El campo de Elche y su agricultura, ha sido siempre para nosotros, un tema prioritario de palpitante interés, como lo demuestra el hecho de haber publicado hasta el día de hoy, más de una docena de libros y numerosos artículos en periódicos y revistas, sobre estas cuestiones, analizadas desde todos los ángulos y facetas, de tal manera, que este libro que hoy publicamos, es como el broche de oro de todo lo publicado anteriormente sobre este mismo tema. Es como un compendio de todo lo publicado anteriormente.

Para terminar diremos que esta «Historia del Campo de Elche», ha sido escrita sin grandes pretensiones, y de una manera poco exhaustiva, y es como un proyecto susceptible de ampliación y mejora, por parte de otras plumas más capacitadas que la nuestra. De todas formas, es la primera «Historia del Campo de Elche», que se ha publicado hasta el día de hoy, y esto ya tiene en sí, un gran valor testimonial.

EL AUTOR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

Capítulo I

El regadío en el campo de Elche desde los tiempos más antiguos

La agricultura y el agua, van unidas, como el anillo al dedo y forman la más completa simbiosis que imaginarse pueda, hasta tal punto, que no se puede hablar de una, sin reseñar la otra, al mismo tiempo. Y mucho más aún en una zona como la de Elche, donde la escasez de lluvias y los bajos índices pluviométricos, ha sido la tónica general en todos los tiempos, con el añadido de unas temperaturas elevadas, cuya media anual oscila alrededor de los 18º.

Por eso, hemos querido empezar esta historia del campo de Elche, hablando, previamente, de su regadío a lo largo de los siglos, es decir, de las disponibilidades de agua que ha tenido a lo largo de la historia.

Conociendo estos bajos índices pluviométricos y estas altas temperaturas, se conocerá mejor el gran esfuerzo que tuvieron que hacer los agricultores ilicitanos, para poder sobrevivir, cultivando unas tierras de secano, que a pesar de ser fértiles, en la mayoría de los casos, tenían rendimientos mínimos, por carecer de la humedad necesaria, para el desarrollo vegetativo de las plantas y los árboles.

Así, pues, el primer capítulo de esta historia del campo de Elche, va ha estar dedicado al regadío, desde las épocas más antiguas. Y después, trataremos de desarrollar, cronológicamente, todos los hechos más relevantes que acontecieron en este medio rural y que tuvieron una mayor incidencia en la agricultura, y en definitiva, en el desarrollo social y económico del campesinado ilicitano, a lo largo de los años, generando una cultura autóctona y específica que transmitiéndose de generación en generación, ha llegado hasta nuestros días. Una cultura rica en matices y con unos postulados muy bien definidos. Así, pues, empezaremos diciendo que los pueblos prerrománicos que pasaron por esta zona (fenicios, iberos, cartaginenses, griegos), y que cultivaron estas tierras a su manera, establecerían algunos atisbos de regadío de sus cultivos, de una manera rudimentaria, con las aguas de aluvión, procedentes de las lluvias tormentosas, tan frecuentes en estas comarcas, particularmente en Primavera, Verano y Otoño.

Pero, el regadío regular y organizado, tal como hoy lo conocemos, y del que se tiene referencias escritas, parte de la época romana, de hace unos dos mil años, cuando los romanos con su dinamismo y su poder de organización, llevaron a cabo la centuriación de las tierras que circundaban Ilici, a uno y otro lado del Vinalopó, lo que era una prueba fehaciente de la importancia agrícola y económica que tenían las tierras de esta comarca, el hecho de organizar aquí una de las pocas centuriaciones que llevaron a cabo en la Península Ibérica.

El total de la superficie que abarcaba la centuriación era de 11.340 hectáreas de terreno, dividido en 225 centurias, lo que suponía una superficie cercana a las 50 hectáreas cada una (Vicente Gonzálvez Pérez, «la centuriación de Ilici», p. 101). Estas centurias, a uno y otro lado de la Rambla, comprendían la totalidad de la zona regable con las aguas procedentes del Vinalopó, y que han llegado hasta nuestros días, distribuidas en la margen izquierda por la Acequia Mayor del Pantano y en la margen derecha, por la Marchena.

Pues bien. Por los límites de estas centurias, los romanos trazaron una red de caminos para comunicarse, entre si, y una red de cauces, para poderlas regar. (Vicente Gonzálvez Pérez, «la centuriación de Ilici, p. 102»), todas ellas. Esos caminos y esos cauces de

riego, que trazaron los romanos, hace veinte siglos, en sus tramos principales, han llegado fosilizados hasta nuestros días, como puede observarse muy bien en las fotografías aéreas que se llevaron a cabo en las décadas de los años cincuenta y sesenta, y que reproduce Vicente Gonzálvez Pérez, en el trabajo anteriormente reseñado.

Estas centurias, solían entregárselas los romanos a los centuriones, cuando se retiraban de la milicia, con la condición de que en el plazo de veinte años no podían venderlas ni pignorarlas. Lo que sí que podían hacer, era construirse en la centuria unas viviendas campestres, lo que se conocía con el nombre de «Villas Romanas», que fueron los antecedentes históricos de las casas de campo, donde siempre vivieron los agricultores ilicitanos, al revés de lo que ocurría en los pueblos limítrofes, en que los agricultores vivieron siempre en la población, si bien es cierto que estos términos municipales, al ser mucho mas pequeños que el término municipal de Elche, las distancias eran mucho mas cortas, entre las viviendas donde habitaban los agricultores y las fincas rústicas que cultivaban, lo cual les facilitaba mucho mas los desplazamientos.

Dados los bajos índices pluviométricos, que siempre se dieron en esta comarca, y que son de los más bajos de la Península Ibérica, hasta tal punto que apenas llegan al 50 % de la media nacional, estos regadíos desde las épocas más antiguas tuvieron una capital importancia, ya que en la mayoría de los casos, de que se pudieran regar o no, dependía el que las cosechas pudieran llegar a buen fin o se malograsen.

Las aguas que procedentes del Vinalopó, regaban las centurias romanas, serían de la misma procedencia que las que se utilizaban para el saneamiento de Ilici, y que después vertían al alcantarillado de la población, pues no podían tener otra procedencia, o al menos así se supone, al no disponer, en estos momentos, de referencias que lo desmentieran.

De la cultura romana, en lo que a los regadíos se refiere nos han quedado muchas huellas indelebles, no solo en cuanto a cauces y acequias fosilizadas, si no también en los nombres de estos cauces y partidores, que son de origen latino, como es el caso de Marchena, Albinella, Asnell, etc, que vienen de Martinae, Albenus y Asimus (Alejandro Ramos Folqués, «Historia de Elche p. 326).

De esta manera, y dadas las referencias escritas que han llegado hasta nuestros días, se puede decir, que los regadíos en el campo de Elche, de una manera regularizada, son obra de los romanos, regadíos que fueron unidos a la centuriación, que llevaron a cabo alrededor de Ilici, y que fueron el embrión primigenio de los regadíos modernos.

Después de la decadencia y desaparición del Imperio Romano en el siglo IV, y con la llegada, primero de los Bizantinos y después de los Visigodos, tanto la agricultura como las demás actividades debieron sufrir una cierta parálisis en su desarrollo, pues eran culturas con menor empuje organizativo de la que tenían los romanos, aunque la verdad es que de la época Visigoda, se poseen escasas referencias escritas, en lo que a la agricultura se refiere, y por consiguiente, sobre los regadíos. Pero todo cambió con la llegada de los árabes a principios del siglo VIII.

Cuando los árabes, llegaron a Elche, en el año 713, es decir dos años después de la Batalla de Guadalete, que con su victoria se le abrieron las puertas de la Península Ibérica, se encontraron con un sistema de riego consolidado, de origen romano, limitándose a ampliar estos regadíos y crear nuevos partidores, con nombres árabes, como es el caso de Matrof, Saoní, Aladia, Atufá etc, todos ellos para regar la margen izquierda del Vinalopó, ya que en la margen derecha solo está la Marchena, que como hemos dicho antes, data de la época romana.

Cuando un tiempo después de su llegada, los árabes trasladaron la población, dos kilómetros de donde estaba antes, y la amurallaron, alrededor de la población, plantaron huertos de palmeras, que ellos tanto conocían y apreciaban, ya que procedían del norte de África, donde tanto abundan los oasis de palmípedas.

Y esta nueva población, la trazaron siguiendo las Coordenadas de las centurias romanas, y dentro de la zona regable, que empezaba donde está en estos momentos Parque infantil de tráfico, los árabes que demostraron ser unos consumados agricultores y además amantes entrañables de la cultura del agua, en su prolongada estancia en las costas mediterráneas, no solo mejoraron los regadíos en el campo de Elche, si no que también crearon y organizaron los regadíos de las huertas de Murcia, de Granada y

de Valencia, que son unos regadíos modélicos y que se ponen siempre como ejemplo.

Como aquí en el campo de Elche, no habían caudalosos ríos, como en Valencia, Granada y Murcia, esa cultura del agua tan característica de los árabes, aquí no pudieron desarrollarla tanto, al no disponer de muchos caudales. Lo que sí que hicieron para suplir la escasez de lluvias y las deficiencias hídricas correspondientes, fue construir a lo largo y ancho de todo el campo de Elche una gran cantidad de «Aljups», junto a los caminos, para poder recoger las aguas de aluvión, cuando llovía, aguas que servían para beber los animales domésticos y los rebaños de pastoreo. Según cuentan las crónicas de la época, cuando el Rey Jaime I, reconquistó la ciudad había en el campo de Elche unos tres cientos «Aljups», construidos por los árabes anteriormente.

Como es bien sabido, en 1.267, dos años después de la reconquista, el infante D. Manuel, que ostentaba este señorío, llevó a cabo «el repartiment», de todas las propiedades rústicas y urbanas. Y a los árabes que fueron expulsados de la ciudad amurallada, y obligados a construirse su «Aljama», un poco más al sur, les dieron en pequeñas porciones, la margen derecha de la Rambla, que comprendía la zona regable con las aguas de la Marchena. Esta zona, a partir de entonces, se llamó la Huerta de los Moros, y también «el Magram», que significa «cosa pechada»; objeto sujeto a impuestos, y a los principales personajes que acompañaron a Jaime I, en la Reconquista, les dieron toda la margen izquierda en grandes porciones, que se llamaba «el Franch», por estar exento de impuestos, y que se regaba con las aguas de la Acequia Mayor, reservándose el Infante D. Manuel para sí, diez mil tahullas al sur de la población, que se conocía como «el Donatiu», y que se regaban con las aguas del Partidor de Aladia. Unos años después las tierras del Donatiu fueron cedidas a los Cristianos Viejos. De ahí el que las aguas de la Marchena, siempre se vendieran en «El Raval», y las de la Acequia Mayor del Pantano en «La Vila».

Después del «Repartiment», se generaron muchos conflictos entre los árabes y los cristianos, relacionados con la distribución de las aguas que les correspondían a cada una de estas dos colectividades. El Partidor de la Marchena, que no se cierra nunca y al que le corresponde las dos onceavas parte del total del caudal de la Acequia

Mayor del Pantano, y cuyos regantes siempre fueron una Comunidad de Propietarios, separada de la Comunidad de Propietarios de la Acequia Mayor, muchas veces unos y otros alteraban intencionadamente, este porcentaje, en mayor o menor cantidad, con las consiguientes protestas y conflictos hasta que en 1.284, le pusieron a la Marchena un marco fijo, inamóvible, con el caudal que le correspondía, y a partir de entonces se terminaron los conflictos, y las desavenencias y la Marchena continua con su marco fijo y su corriente continua, después de setecientos años que se regularizara este caudal.

Dada la escasez de lluvias y las altas temperaturas que son características de esta comarca, estas aguas de riego, desde tiempo inmemorial, tenían una gran importancia para el desarrollo de la agricultura ilicitana, a pesar de que estas aguas son salobres y de mala calidad. Pero no había otra cosa para suplir la falta de lluvias. Cuando se producía una prolongada sequía, que han sido aquí tan frecuentes, desde siempre estas aguas de la Acequia Mayor, al ser de nacimiento, disminuían su caudal hasta agotarse casi por completo, lo que hacía aún más angustiosa la situación del campo de Elche, al no disponer de otros recursos hídricos. En estos periodos de sequía, que solían durar varios años, los ilicitanos, empezando por las Autoridades, era cuando trataban de trasvasar a estos campos, aguas procedentes de otras cuencas hidrográficas para remediar estas deficiencias.

Las primeras referencias escritas que tenemos de estos proyectos de trasvasar aguas de otros ríos a la resecas tierras del campo de Elche, están datadas en el mes de Mayo de 1.420, cuando el Concejo de Elche mandó cartas a Villena y a Sax, referentes "a traer aguas del río Júcar y si ayudarían en los gastos". Villena contestó «había muchas vegadas practicado en ello y no podían hallar sitio favorable para el trazado del Canal...». Sax respondió «estar pronto a favorecer el pensamiento. Extensas noticias acerca de este asunto en nuestras ordinaciones de Concejos, proyecto que en nada vino a quedar por los azares de la época» (Pedro Ibarra Ruiz, «La Institución del Riego en Elche y Origen de sus Aguas, p. 9»).

En 1.528, se volvió a airear el proyecto de trasvasar agua del Júcar, ya que el 28 de Abril de aquel año, el Concejo nombró una Comisión compuesta por Francisco Sempere, Jaime Martí y Alfon-

so Llopes, para que fueran a Villena a « saber demanar e consertar», actos públicos, en razón de las aguas que Elche tenía en aquel término; inspeccionar las fuentes y que haciendo cuantos gastos creyeran pertinentes y oportunos, se ocuparan de la traída de las aguas. Aquel acuerdo se ratificó el 28 de Mayo del año siguiente. Pedro Ibarra Ruiz» La Institución del Riego en Elche y origen de sus aguas p.18»). En la página siguiente de este mismo libro leemos: «el Concejo intentó traer aguas de la sierra Crevillente» «también se pensó traer aguas del Morenillo y del azarbe de Favarella y luego del Segura».

Los Reyes Católicos confirmaron los derechos de Elche sobre las aguas de los armajales de Villena, que nos había otorgado el Infante D. Manuel, derechos que se perdieron después de varios pleitos.

El intentar traer aguas de otras procedencias, ha sido aquí una constante invariable, a lo largo de los siglos, sobre todo, en las épocas de sequía.

En una de las actas del Concejo del mes de Octubre de 1.668, se puede leer lo siguiente: «por la esterilidad de los tiempos y la extrema necesidad que se padecía, pues pasaban uno o dos años sin llover, llegando hasta el extremo de tener que beber agua salada de mala calidad, se hizo presente a este Concejo por el Vicario foráneo D. Pedro Ripoll, que un vecino de Elche, llamado Tomás Bernabeu, había hecho relación de que se podía traer agua del Júcar. Varios individuos corroboraron lo dicho por el foráneo, y practicadas las necesarias nivelaciones y hechos los estudios que su buena voluntad le sugirió para mayor acierto y satisfacción de la Villa, determinó el Concejo llamar a D. Francisco Verde, persona de molta experiencia inteligencia en esta materia para que estudiase la traída del Júcar por Verde y entonces resolviera». Verde inició el estudio y trazó el proyecto. Aquel sabio agustino, ante la gravedad de las circunstancias por las que atravesaba Elche, les hizo ver, sin quiméricas exageraciones, los inconvenientes que ofrecía la traída de las aguas del Júcar y como la necesidad era extrema, en esta Villa, en donde si no se acudía con pronto remedio, se despoblaría, se pensó ir a Villena y sobre el terreno estudiar, detenidamente, el asunto de traer aquellas aguas, «que eran nuestras» y otros se las estaban apropiando. (Pedro Ibarra Ruiz Institución del Riego en Elche y Origen de sus Aguas pp. 21,22»).

«Estos estudios fueron positivos y después de todos los permisos pertinentes y de disponer de los fondos necesarios, se empezaron los trabajos para la conducción de las aguas de Villena a Elche. Pero un incidente, que tomó grandes proporciones, malogró el proyecto, que según Verde, podía traer de Villena diez tallas de agua a Elche».

En vista de la escasez de lluvias y la falta de agua de riego que había, en aquellos tiempos, el Concejo de Elche, en 1.589 «en atención a que de día en día, iba disminuyendo el agua viva de la acequia de tal manera que se notaba sensible baja en las producciones agrícolas de Elche, acordó la construcción de un pantano, de la misma clase que lo habían hecho en Almansa. Tramitadas las precisas diligencias, como petición de informes a la Villa de Almansa; venida de los maestros Joanes Temple (que fue quien lo trazó), Chabarria y otros, elección de sitio, etc, procediose a la construcción del edificio, no sin que luego transcurrieran 43 años, hasta la colocación de la primera piedra, que fue en 1.632, espacio de tiempo que se pasó entre consultas a varias poblaciones que los tenían y si se irrogaban perjuicios etc; petición de permisos al Duque y al Obispo y algunas otras contrariedades, hijas de la azarosa época.

El coste total de la obra alcanzó las 12.000 mil libras (45.000 pesetas), de las cuales, la Universidad de San Juan, aportó la sexta parte (el mismo porcentaje que le correspondía a la Marchena, del total del caudal de la Acequia Mayor), y el resto al Concejo de la Vila. La construcción del Pantano duró varios años y fue destruido por una tremenda venida de agua el dia 3 de Septiembre de 1.793 (Pedro Ibarra Ruiz» Historia de Elche, p.165»).

Y en la página siguiente añade: el 7 de Diciembre de 1.841, las mismas causas que movieron a nuestro Concejo la construcción del primer pantano, inspiró a nuestro Ayuntamiento la rehabilitación del expresado edificio. Estudiado el asunto y una vez que la escasez de fondos municipales no permitía al Ayuntamiento encargarse de la reconstrucción, se pensó en enajenar la citada finca, lo que se verificó en favor de los propietarios de ambas acequias, Mayor y Marchena, con Escritura Pública, ante el Notario D. Juan Martínez, el día 5 de Abril de 1.842. Diose principio a la recomposición el día 21 de Junio del expresado año. La obra costó 39.466 pesetas y 25 céntimos».

Así es que el Pantano de Elche, desde su reconstrucción, no es propiedad del Ayuntamiento, si no de las Comunidades de propietarios de la Acequia Mayor y de la Marchena. La distribución de estas aguas se lleva a cabo, con arreglo al Reglamento que se elaboró cuando se construyó el Pantano por primera vez, en el siglo XVII.

Para un mayor aprovechamiento de las aguas que discurren por el Vinalopó, en los primeros años del presente siglo, se construyó un desvío, según el proyecto de los Ingenieros D. Santiago Ortíz y D. Próspero Lafarga, siendo Maestro de Obras D. Jaime Antón. Este desvío, tiene una longitud de 3.781 metros, de los cuales, una parte de él es en forma de túnel y lo demás a cielo abierto. Hay varios tramos de este desvío que para superar grandes desniveles, discurre en alto, en forma de acueducto.

Al finalizar este desvío, las aguas discurren de nuevo por el cauce de la Acequia Principal, una vez superado la caja del Pantano.

La idea de trasvasar aguas del Júcar al Vinalopó, se mantenía vigente a medida que pasaba el tiempo, como una posibilidad práctica que subsanara las deficiencias hídricas que padecían estas comarcas. Y en 1.841, en el mismo año que el Ayuntamiento aprobó la reconstrucción del pantano, D. Luis María Peironet, proyectaba de nuevo trasvasar aguas del Júcar, no sólo para Elche, si no también para otros pueblos de la provincia de Alicante. 18 años después, es decir en 1.859, hay un nuevo intento por parte del Ingeniero Peironet, en el mismo sentido. Y por último, en 1.913, la Cámara Agrícola de Alicante, insistió de nuevo sobre esta idea, dirigiendo un escrito al presidente del Gobierno, exponiéndole la grave situación por la que estaba atravesando la provincia de Alicante, por la prolongada sequía que se venia padeciendo y que si no se trasvasaba aguas del río Tajo o de las Lagunas de Ruidera, los campos se morirían de sed.

19 años después, es decir en 1.932, durante la época republicana y por encargo de D. Indalecio Prieto, que era a la sazón Ministro de Obras Públicas, en el Ingeniero D. Manuel Lorenzo Pardo, hizo un proyecto para trasvasar aguas del río Tajo o de las Lagunas de Ruidera, a la provincia de Alicante, para subsanar las conocidas deficiencias hídricas que padecían estas comarcas. Pero las turbulencias políticas de aquellos años, que desembocaron en la Guerra Civil Española, impidieron que aquel proyecto se convirtiera en reali-

dad. No obstante, unas décadas después, este trasvase se llevó a cabo, después de varios siglos de espera. Pero de este hecho trascendental, hablaremos más adelante. Ahora vamos a hablar de dos acontecimientos históricos, que tuvieron lugar a principios de siglo, y que cambiaron por completo, la fisonomía agraria del Campo de Elche.

En primer lugar hablaremos de Nuevos Riegos el Progreso S.A. y para ello, tenemos que empezar hablando de D. Ernesto Martínez Riviere, que fue el *alma mater* de esta empresa. Ernesto Martínez Riviere, era un ilicitano de pro, muy preocupado por todas las cosas de su pueblo, en general, y en particular, de los problemas del campo y de la agricultura, a pesar de que su profesión era Ingeniero Técnico Industrial. Su principal preocupación consistía en elevar aguas dulces de los sobrantes de la Vega Baja del Segura, para regar las sedientas tierras del campo de Elche, un proyecto que, para la mayoría de los agricultores ilicitanos, de entonces, parecía quimérico e irrealizable. No obstante, él estaba decidido a llevarlo a cabo, convencido de su viabilidad.

Después de muchas reuniones informativas, entre el campesinado en las que explicaba su proyecto, con toda clase de detalles, él y seis agricultores mas de la Marina, crearon la Sociedad Mercantil Nuevos Riesgos el Progreso, mediante Escritura Notarial de fecha 11 de Abril de 1.906, ante el Notario ilicitano D. Juan Ferrer Orts, con un capital social de 2.510 pesetas, representadas por 502 acciones de 5 pesetas cada una.

Las dos acciones que habían de pico, la Sociedad se las regaló a su promotor, exentas de la obligación que tenían los dueños de las demás acciones, de contribuir a incrementar los fondos de la sociedad, mediante el pago de una cuota anual.

Nuevos Riegos el Progreso, se inscribió en el Registro Mercantil de Alicante, el día 15 de Mayo del mismo año, y el Acta Constitucional fue firmada por D. Ernesto Martínez Riviere y seis agricultores mas, que habían sido los promotores de la Sociedad.

Lo primero que hicieron después de la legalización de la Sociedad, fue pedir a la Administración una concesión de agua de ochenta litros por segundo de la azarbe el Convenio, para regar 8.000 tahullas de tierra de las pedanías de la Marina y el Molar.



Las obras empezaron tres meses después de legalizarse la Sociedad, es decir, en el mes de Julio de 1.906, en el término municipal de San Fulgencio, en el punto llamado Puente de Ortiz. Tres años y medio después, concretamente el día 9 de Enero de 1.910, una vez finalizadas las obras, se elevaron estas aguas, por el sistema de bombeo y empezaron a regarse estas aguas por el partidor número 23, en las tierras de D. Joaquín Sánchez Rojas. El precio estipulado para estas primeras aguas que se regaban, eran de 10 céntimos por minuto, o lo que es lo mismo 6 pesetas por hora, en una tal la de cuarenta litros por segundo.

Entre Julio de 1.906 y Enero de 1.910, se construyeron 13 kilómetros de cauces, entre tuberías y canales, dependencias, instalaciones, etc. Se colocó así mismo maquinarias de bombeo, para elevar las aguas y todos los demás elementos que se precisaban para poner en funcionamiento aquella obra, que entonces se consideraba muy avanzada y revolucionaria. El coste total de todas las obras e instalaciones, hasta esas fechas ascendió a 264.880,60 pesetas.

El primer Presidente de Nuevos Riegos el Progreso, fue D. Andrés Gomis Alonso, que tenia tierras propias que se regaban con estas primeras aguas.

En vista del éxito obtenido, por aquellos primeros riegos con aguas dulces elevadas por el sistema de bombeo, Nuevos Riegos el Progreso, amplió su capital social y pidió a la Administración nuevas dotaciones de agua de la misma procedencia, hasta totalizar 1.000 litros por segundo, para poner en regadío 10.000 hectáreas de tierra de la mitad del término municipal de Elche, cuyas nuevas obras, proyectó y dirigió también D. Ernesto Martines Riviere.

Estas obras se terminaron en 1.915, pero desde dos años antes, ya se empezaron a distribuir aguas en las tierras del Derramador y sus aledaños. Para elevar estas aguas hasta una altura de 64 metros, se construyeron cuatro elevaciones, la primera la de Puente Ortices, que elevaba el agua hasta una altura de 7 metros; la segunda la de Civaes, que elevaba el agua 11 metros; la tercera la de Derramador, que elevaba el agua 17 metros y la cuarta la de Cuatro Pilares, que elevaba el agua hasta la Alcudia, con un desnivel de 29 metros.

Para distribuir estas aguas, se construyeron cuatro canales transversales, que son : Levante Bajo, de 10,30 kilómetros de longitud,



hasta Valverde. Poniente Bajo, de 3, 50 kilómetros de longitud, hasta Pusol, Levante Alto, de 4,30 kilómetros de longitud (continua en el llamado Canal de Altet, varios kilómetros más). Poniente Alto, de 2,6 kilómetros de longitud, que llega hasta el Barranco de los Arcos, y que el último partidor es el número 101, que llega hasta Matola.

En vista de los buenos resultados económicos que tuvo la sociedad, en los primeros años de su singladura, en 1.932, El Progreso compró a D. Manuel Moxó Cuadrado, el salto de agua de su propiedad, llamado Hoya García, sobre el Segura, en las proximidades de Cieza, para producir fluido eléctrico, y para transformar este fluido eléctrico, construyó una central transformadora, junto a la carretera de Matola a menos de 2 kilómetros de Elche, estableciendo una línea de alta tensión entre el salto y la central, con lo cual ya tenía producción propia de fluido eléctrico para cubrir sus necesidades. A partir de esos momentos, las acciones del Progreso, se revalorizaron mucho, por los buenos resultados económicos que obtenía todos los años.

Todos los regantes del Progreso, en 1.983, se constituyeron en Comunidad de Regantes del mismo nombre, aunque el patrimonio y la venta del agua, no sufrió ninguna modificación, ni cambio de titularidad. El primer Presidente de esta Comunidad fue D. Manuel Navarro Agulló, el primer Secretario D. Francisco Berenguer Mollá y el primer Presidente del Sindicato de Riegos D. Pascual Martínez Román.

En los últimos tiempos, Nuevos Riegos el Progreso, está atravesando una acusada decadencia y su situación económica es muy precaria, por una serie de causas que sería muy largo de explicar. No obstante, tenemos que decir que fue la Sociedad pionera en cuanto a elevar agua de riego por el sistema de bombeo, que tanto influyó en el mejoramiento y prosperidad de la agricultura ilicitana. Y su mayor mérito, consistió en ser una sociedad estrictamente ilicitana, en su promoción, planificación, financiación y desarrollo, de la cual, los agricultores ilicitanos, siempre se mostraron orgullosos y complacidos, por que al fin y al cabo, la consideraban como una cosa propia. Por eso, en estos momentos, les duele tanto que esté atravesando por una situación tan difícil y complicada, ya que tenga un porvenir bastante incierto.

El 25 de Noviembre de 1.921, y ante el Notario de Dolores D. Emilio Marcos Salvador, se constituyó la Compañía Mercantil Riegos el Porvenir S. A., con un capital social de 2.500 pesetas, por un periodo de 99 años. Según sus Estatutos, el objetivo de Riegos el Porvenir era «el aprovechamiento de las aguas sobrantes de riego y avenamiento de los azarbes que desembocan en el río Segura, en los términos de Guardamar, San Fulgencio y Elche, y en la zona rural de la Marina de Elche, pudiendo además ampliar su objeto a cuantas actividades de lícito comercio consideren oportuno sus socios».

El promotor de esta Sociedad, cuya sede social, se estableció en la Marina, fue D, Teodoro Linares Blasco, que vivía y tenía tierras en dicha pedanía.

La concesión de agua que le adjudicó la Administración de los sobrantes de la Vega Baja del Segura, fue de cien litros por segundo. Estas aguas de sobrantes precedían, en primer término, del Azarbe de la Reina, y en su defecto, de la Azarbe de Enmedio, y en el supuesto de que faltara agua en estos dos cauces, se podían tomar 50 litros del Acierto y 50 de Pineda, por este orden.

Después de más de medio siglo de funcionamiento, concretamente, el 1 de Enero de 1.977, los regantes de el Porvenir, se constituyeron en Comunidad, rescatando, anticipadamente, la Concesión de agua y todas las instalaciones, por una cantidad de 4.500.000 pesetas. En el momento de la constitución de la Comunidad y del rescate, eran en total 515 comuneros, y entre todos ellos, tenían una superficie regable de 5.400 tahullas, distribuidas en los términos municipales de Guardamar, San Fulgencio y Elche.

A simple vista, no se comprende muy bien como en 1.921, se formara esta nueva sociedad, y se pidiera una nueva concesión de agua, para regar unas tierras que eran ya de regadío, casi todas ellas, desde 1.910, a través de Nuevos Riegos el Progreso, si lo hicieron así, fue por que el Progreso, al ampliar su zona regable, en su segunda fase, trasladó la venta de agua de la Marina a Elche, desatendiendo la petición de los regantes de la Marina.

Como ya dijimos antes, el éxito conseguido por el Progreso, elevando aguas dulces, por el sistema de bombeo, de los sobrantes de la Vega Baja del Segura, para regar las mejores tierras del campo

de Elche, tuvo resonancia nacional. Este éxito dio pie a que se llevaran a cabo otros proyectos más amplios encaminados al aprovechamiento de una mayor cantidad de agua, del mismo origen y procedencia para poner en regadío todo el sur de la provincia de Alicante, que eran tierras de secano. Estos proyectos los realizó el Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos D. José María Serra y Alonso del Real, y para poder materializarlos se creó La Real Compañía de Riegos de Levante, (margen izquierda del Segura), que gozaba del respaldo económico de la Banca Dreyffus, de París.

Para que la Real Compañía pudiera cumplir el objetivo para el que se había creado, la Administración, le otorgó tres concesiones de agua, con un total de 7.700 litros por segundo, cuyas fechas fueron las siguientes: por R.O. del 19 de Septiembre de 1.918, 2.500 litros por segundo, del río Segura, en la Presa de Guardamar. Por R. O. del 28 de Marzo de 1.919, 2.600 litros por segundo de los Azarbes de Reina, Culebrina, Enmedio, Acierto y Mayayo. Y por último, por R.O. del 26 de Julio de 1.922, 2.600 litros por segundo también del río Segura y por la misma presa.

La zona regable totalizaba 39.296,70 hectáreas de 10 términos municipales del Sur de la provincia alicantina, que iba desde el Campello, hasta Orihuela. De esta zona regable, aproximadamente el 50%, eran tierras del campo de Elche.

Esta magna obra de canalización, en su conjunto, tuvo un costo económico de 25.000.000 de pesetas, y cuya ejecución duró varios años, siendo inauguradas por S. M. el Rey Alfonso XIII, el día 31 de Enero de 1.923. Las obras más complicadas fueron las seis elevaciones que tuvieron que construir en el Canal Principal, de una longitud de 21,50 kilómetros, y para superar un desnivel de 101,70 metros de altura, sobre el nivel del mar, mediante instalaciones de bombeo.

Para distribuir estas aguas, se construyeron 5 canales transversales, 2 hacia Poniente y 3 hacia Levante, además del Pequeño Canal de Cintura y del Cuarto Canal de Levante, que también es de pequeñas dimensiones y que parte de la Séptima Elevación. El más largo de todos es el Tercer Canal de Levante, que llega hasta el Campello y Muchamiel, pasando por el término municipal de Alicante.

En las Concesiones de agua que le otorgó la Administración a la Real Compañia de Riegos de Levante, para un período de 99 años, se contemplaba la construcción de unos embalses reguladores en los Saladares de los términos municipales de Elche y Crevillente, pero estos embalses, no se construyeron hasta pasar un tiempo; el de Levante que es el más pequeño, se construyó en la década de los años 30 y el de Poniente diez años después. Entre los dos embalses tienen una capacidad de almacenamiento de unos 16 hectómetros cúbicos de agua.

También se contemplaba la creación de una Comunidad de Regantes del mismo nombre, que sería la heredera natural de todo el patrimonio de la «Compañía», incluidas las Concesiones, cuando finalizase el plazo, creación que tuvo lugar en 1.942, recién terminada la Guerra Civil. A partir de esos momentos, la Comunidad se encargó de vender el agua, al precio estipulado por la «Compañía», y con arreglo a las disponibilidades que se tenían, distribuyéndolas, en los diferentes canales y cobrando una comisión por dichos trabajos. Las relaciones entre la «Compañía« y la Comunidad, recién creada, llegaron a ser muy tensas en algunos momentos. Estas tensiones dieron pie a que la «Compañía», llegase a casi desentenderse de sus obligaciones con los comuneros, hasta tal punto, que en 1.951, le vendió todo su patrimonio a Hidroeléctrica Española, que lo que más le interesaban eran los Saltos de Almadenes, para producir fluido eléctrico, que era su negocio, pero no la distribución de aguas para regadío, con lo cual, los comuneros salieron perdiendo, y las relaciones de los comuneros con Hidroeléctrica Española, a partir de entonces, aún fueron peores de lo que lo habían sido con la «Compañía» en los últimos años. Así las cosas, iba madurando, poco a poco, la posibilidad de un rescate anticipado por parte de la Comunidad. Tanto de las Concesiones como de los cauces y demás instalaciones de riego que habían pasado a ser propiedad de Hidroeléctrica Española, a partir de 1.951.

Para estudiar los pros y las contras de éste rescate anticipado se formó una Comisión de 46 comuneros (2 por cada punto de venta de agua) para que en el plazo de un año, emitiera un informe detallado sobre este particular. Cumplido este plazo, la Comisión informó a la Asamblea General del día 11 de Noviembre de 1.973,

su dictamen favorable al rescate, con solo un voto en contra y un voto en blanco. A partir de estos momentos se iniciaron las negociaciones, que fueron largas y difíciles, hasta que culminaron con un acuerdo de rescate anticipado, por un importe de 70.000.000 de pesetas, pagaderas en 8 plazos anuales. En esta cantidad se adquirían las Concesiones de agua y todo el antiguo patrimonio de la Compañía menos los Saltos del Almadenes, para producir fluido eléctrico, que era lo que más le interesaba a Hidroeléctrica Española, y por lo tanto, no quiso desprenderse de ellos.

La escritura de compra o rescate, se firmó en Madrid el día 10 de Diciembre de 1.976, y por parte de la Comunidad, firmó esta escritura D. Emigdio Tormo Ródenas, a la sazón Presidente del Sindicato de Riegos.

Desde esos momentos, los comuneros eran dueños de todo este patrimonio y de las Concesiones, con la particularidad de que los cauces de riego y la maquinaria de las elevaciones, estaban en muy mal estado, por su uso durante más de 50 años. Y tenían la responsabilidad directa de gestionar y administrar esta gran empresa, como cosa propia, que tanto afectaba a sus propios intereses. Habían pasado 49 años, desde que se hizo el primer intento de rescate, que tuvo lugar en 1.927, intento que se repitió dos años después, y que no se llevó a cabo por no haber un entendimiento en cuanto a la cantidad a pagar por el mismo.

Una de las razones que adujo la comisión para pronunciarse a favor del rescate anticipado, fue la presión que ejercía la Administración a través del I.R.I.D.A. (Instituto de Reforma y Desarrollo Agrario), para que lo hicieran así, con la promesa de que a partir de esos momentos, la Comunidad recibiría del Gobierno muchas ayudas y subvenciones, para restaurar y modernizar todas las instalaciones de Riegos de Levante, cosa que no podían hacer a una empresa privada.

Por otra parte si no se llevaba a cabo el rescate, el I.R.I.D.A, tendría que construir una red de canales nuevos para distribuir las aguas trasvasadas del Tajo al Segura, que estaban próximas a llegar.

Pero todas estas ayudas prometidas a priori, después no fueron tantas, y las pocas que se concedieron, tardaron mucho en llegar.

La cuestión fue que para bien o para mal, el rescate se llevó a cabo, iniciándose una nueva etapa histórica en la larga trayectoria en la Comunidad de Riegos de Levante, etapa que fue muy movida y conflictiva, con los comuneros divididos en banderías enfrentadas entre si, alrededor de unos hombres que se disputaban los puestos clave en la dirección y gestión de la empresa, mientras los déficits, se acumulaban y las deudas de la Comunidad se iban incrementando de año en año.

Y mientras esto sucedía, ocurrió un hecho trascendental, que hacia realidad, lo que había sido hasta entonces un sueño y un deseo de los agricultores del campo de Elche, a lo largo de varios siglos, y de la que hemos dado cumplida cuenta en páginas anteriores: después de tan larga espera habían llegado al Sureste peninsular (provincias de Alicante y Murcia), aguas dulces de los embalses de la cabecera del Tajo, a través del trasvase Tajo-Segura, siguiendo las directrices y los proyectos que el Ingeniero D. Manuel Lorenzo Pardo había pergueñado en la época de la República. Estas aguas, en una segunda fase llegarían hasta la provincia de Almeria.

Las primeras aguas trasvasadas del Tajo al Segura, se regaron en el campo de Elche el día 15 de Junio de 1.979, pagándose por las mismas, a 1.080 pesetas la hora, por parte de los comuneros.

Estas aguas trasvasadas del Tajo, no eran sólo para riego, si no también para abastecer a muchas poblaciones costeras de Alicante y Murcia, particularmente, poblaciones turísticas, que ya padecían deficiencias de abastecimiento, a medida que aumentaba su población fija y estacional. Sin las aguas del trasvase, la actividad turística en todas estas zonas costeras no hubiera adquirido un desarrollo tan acelerado como el que experimentaron en las décadas de los años 80 y 90. De la misma manera, la agricultura murciana y del sur de la provincia de Alicante, habrían experimentado una acusada decadencia, particularmente, durante la larga sequía que se padeció entre los años 1.990 y 1.996.

Durante la proyección, tramitación y ejecución de las importantes obras del Trasvase Tajo-Segura, era Ministro de Obras Públicas de aquel gobierno de Franco, D. Federico Silva Muñoz.

En los años 60, se construyó en todas las calles de Elche, una tupida red de alcantarillado, a donde iban a parar todas las aguas

residuales de la ciudad. Este alcantarillado, en toda la margen derecha de la Rambla, estaba contactado al cauce de la Marchena, que de buenas a primeras, vio aumentar sus caudales enormemente, caudales que subastaba entre sus regantes, incrementando mucho sus ingresos. Aunque estas aguas sin depurar no eran demasiado buenas para regar, los regantes, las utilizaban, pagándolas, a veces muy caras. Un tiempo después, el Ayuntamiento obligó a venderlas a un precio fijo que no fuera tan abusivo.

Después en el año 1.981, cuando se construyó la Depuradora de Algorós, estas aguas, una vez depuradas, y después de un contencioso las distribuye la Marchena y la Comunidad de Regantes de la Azut de los Moros. Las del alcantarillado de la margen izquierda, las distribuía sin depurar la Acequia Mayor del Pantano, aunque en estos momentos (Febrero de 1.998), hay un proyecto para que se depuren todas las aguas residuales de Elche y que se distribuyan depuradas, equitativamente, en ambos márgenes del Vinalopó, aunque la Depuradora de Algorós, depura el agua deficientemente, de momento.

Para terminar de exponer el panorama de los regadíos del campo de Elche, desde los tiempos más primitivos sólo nos falta hablar del Grupo de Colonización número 7.487, San Enrique (Así se llamaba cuando se creó) y del Grupo de Colonización número 15.055, San Pascual, el primero en la margen derecha y el segundo en la margen izquierda del Vinalopó. Los dos se crearon, casi simultáneamente, (alrededor de 1.970) y tenían la misma finalidad, según sus Estatutos: el primero traer aguas de unos pozos que compraron en el término municipal de Aspe, para regar las tierras de las pedanías de Carrús y de Peña de las Águilas, pero que no estaban incluidas en la zona regable de Riegos de Levante, y por consiguiente eran tierras de secano. Y en el segundo caso, traer aguas de unos pozos situados en el término municipal de Monforte del Cid, para regar tierras en la margen izquierda de la Rambla, que también eran tierras de secano.

En uno y otro caso, los agricultores, para tener derecho a estas aguas, tenían que abonar, previamente unas cantidades determinadas, para construir los cauces necesarios, y después unos precios bastante elevados por cada hora de agua que consumían, para cu-

brir gastos, lo que las encarecía mucho. Pero era peor no regar y tener las tierras de secano, con un rendimiento nulo.

Estas aguas resultaban demasiado caras para sus usuarios, pero por lo menos, las tierras que se regaban con ellas, tenían vegetación y producían cosechas.

A medida que pasaban los años, los pozos de donde se abastecían estas dos sociedades iban disminuyendo sus caudales y profundizándose más y más, los niveles de estas aguas, con lo cual se incrementaban los costos del fluido eléctrico que se consumía para extraerlas, lo que repercutía en los precios del agua, que cada vez había que pagarla más cara para que no hubiera pérdidas.

Con una ayuda importante de la Generalitat Valenciana, el Grupo de San Enrique, construyó hace unos meses, un embalse regulador en la pedanía de Carrús, de cara a su aprovechamiento, cuando se convirtiera en realidad el viejo proyecto del Trasvase Júcar-Vinalopó, que está otra vez en candelero, después de varios siglos de espera. Al parecer, ahora sí que va en serio el proyecto de este trasvase, aunque no está decidido aún de qué punto del Júcar partirá este trasvase, ni las cantidades de agua que se proyectan trasvasar. La finalización de la reconstrucción del pantano de Tous, que se destruyó en Octubre de 1.982, por una fuerte riada, tal vez sea determinante a la hora de planificar la realización del Trasvase Júcar-Vinalopó, después de tan larga espera.

Estas aguas, serían un valioso complemento a las aguas del Trasvase Tajo-Segura, para facilitar los regadíos del campo de Elche, en el futuro, lo cual significaría una importante mejora social y económica del sector agrario ilicitano, que dispondría de mayores recursos hídricos, para poder regar las tierras del campo de Elche.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

Capítulo II

La centuriación romana

En este año de 1.997, la ciudad de Elche, está conmemorando el Bimilenario de su fundación, como ciudad romana, pero su origen, como asentamiento humano, es mucho más antiguo, según el criterio de todos los historiadores que se han ocupado de este tema, aunque difieren entre si de la fecha y de que pueblo fue su fundador. En lo que sí coinciden todos, es que si la ciudad actual de Elche, se construyó en sus orígenes, en el lugar que hoy conocemos como la Alcudia, fue porque esta era una zona de tierras fértiles y productivas, aptas para el desarrollo agrícola, que proporcionaban medios de vida a sus habitantes.

Enrique Plá Ballesteros (Nuestra Historia, tomo 1 p.228), nos dice sobre la fundación de Elche: «Otra población importante, desde los inicios de la Época Ibérica, continuadora de un asentamiento de la Edad de Bronce, es la que estuvo en la Alcudia d'Elx, y que sin variar de ubicación, se romaniza, para llegar a ser en la época de Augusto, la Colonia Julia Illici Augusta...» «...y que esta población pudo ser la Hélike, sitiada por Amilcar Barka el año 229, y posiblemente, destruida por Asdrúbal, el año siguiente, y tras un breve periodo de dependencia cartaginesa, en un momento determinado, se reconstruiría la ciudad, quizás ya con el nombre de Illici, y entró, junto con el resto de la población del País Valenciano, en la órbita

de la República Romana, tras la conquista de Cartago Nova, por Escipión el africano, el año 209, dentro de cuya esfera política y económica, sigue desarrollando su vida, hasta su plena romanización...» «... aunque en esencia, siga siendo una Ciudad Ibérica, como lo demuestran los restos arqueológicos hallados en ella».

Pedro Ibarra Ruiz (« Historia de Elche p. 7»), expresa sobre la fundación de Elche, la siguiente opinión: «parece ser la opinión más generalizada, la que concede a nuestro pueblo, su origen puramente Ibero, o español primitivo, remontándose su antigüedad, a una fecha que no tiene determinación cronológica, por hallarse fuera de los límites que los historiadores han establecido para separar lo que todavía, debido a la remota distancia y a la carecía de noticiad, está por estudiar y conocer».

También Aureliano Ibarra Monzoni, en su libro «Illici p. 36», entre otras cosas, nos relata sobre los orígenes de Elche: « Por lo dicho se comprende que Illici antes de cartagines, antes que griego, antes que fenicio, es un pueblo puramente ibero», para recalcar en la página siguiente: « Digamos expresamente, que las bondades que la naturaleza ha arrojado a manos llenas sobre nuestra comarca, debieron ser poderosísimas razones, para fijar la morada de los primitivos habitantes de Illici. Rico el suelo en terrenos sumamente propicios para el cultivo que preferirían aquellas gentes sencillas, rico en aguas abundantes, que por ancho cauce discurrían, procedentes del lejanas fuentes».

También queremos transcribir lo que nos dice Cristóbal Sanz, en su «Excelencias de la Villa de Elche p. 28», publicado en 1.621, sobre este mismo tema: «...en este punto, dice Plinio que llegaron los focenses griegos y que levantaron dos poblaciones, y fueron la de Alone, y más adelante la de Illici, que ahora es Elche, convidándoles para erigir y fundar la de Illici, su buen sitio de tierra y mejor cielo, lo llano y espaciosa y segura playa, que tiene delante de si, el cabo de la Aljibe. Y mejorando su sitio antiguo y entrando más adentro, fundaron enfrente del cabo de la Aljibe, la población de Illici, que es la que tenemos». Y en la p. 35 de este mismo libro Cristóbal Sanz, se extiende más en las razones que movieron a los romanos a declarar a Illici Colonia, con todo lo que ello significaba, en todos los sentidos, y nos dice: «Después de tomada y ganada esta Villa de

Elche, por Cayo Flaminio y sus romanos, visto el maravilloso sitio, de tierra y mejor cielo, lo llano y espaciosa y segura playa, que tiene delante de si, el Cabo del Aljibe. Y mejorando su sitio antiguo y entrando más adentro, fundaron enfrente del Cabo del Aljibe, la población de Illici, que es la que tenemos». Y en la página 35, de este mismo libro, Cristóbal Sanz, se extiende más en las razones que movieron a los romanos a declarar a Illici Colonia, con todo lo que ello significaba, en todos los sentidos, y nos dice: «después de tomada y ganada esta Villa, de Elche, por Cayo Flaminio y sus romanos, visto el maravilloso sitio, para de allí poder sujetar y rendir a los demás lugares, puso en esta Villa, sus soldados romanos, gozando de ella, hasta que el Emperador Octaviano Augusto César, antes del nacimiento de Jesucristo 38 años, la erigió y decoró en *Colonia Inmune* Romana, no habiendo en este reino si no la de Valencia, y en toda España 14, según Diego lo trae en su libro 4 de sus «Anales de Valencia, capítulo 10, folio 149».

De esta manera, conocemos, a través de lo que dijeron varios historiadores, que una de las principales razones que les movió a las gentes que fundaron esta población, hace miles de años, en el lugar que lo hicieron fue debido a las magníficas condiciones que reunía, en cuanto al clima y a la fertilidad de la tierra.

Por estas mismas causas, los romanos la erigieron en una de las pocas Colonias (14, en total), que crearon a lo largo y ancho de la Península Ibérica, y sólo dos en toda la zona de Levante, la de Illici y la de Valencia. En estas colonias repartían tierras entre los veteranos, cuando se licenciaban del Ejército, para que tuvieran medio de subsistencia, mientras vivieran.

Pero lo que nos llama la atención, es que ninguno de estos historiadores, incluidos los ilicitanos más recientes, como es el caso de Aureliano Ibarra Monzoni, Pedro Ibarra Ruiz, Alejandro Ramos Folqués, entre otros, que se ocuparon de relatar la historia de Elche, desde las épocas más antiguas, destacando la figura jurídica de *Colonia Inmune*, que le concedieron los romanos a Illici, no hagan la menor referencia a lo que fue la centuriación romana y lo que esto significó para toda la comarca, no sólo como estructuración de la propiedad rústica, construcción de «Villas», en el interior de las centurias, que fueron los precedentes históricos de las casas de cam-

po, en donde siempre vivieron los agricultores ilicitanos, desde los tiempos más antiguos. Esta costumbre de vivir los agricultores en casas de campo, no se dio en ninguna otra población de los alrededores de Elche, ya que en todos estos lugares, los agricultores vivían en las poblaciones correspondientes, desplazándose por la mañana a cultivar sus propiedades rústicas y regresando por la tarde para pernoctar en la población, si bien es cierto, que estos términos municipales, en todos los casos, eran de dimensiones más reducidas que las del término municipal de Elche.

Dicho todo lo cual, entendemos que esta «Historia del Campo de Elche» debe partir de la «Centuriación Romana», tal como nos la describe Vicente Gonzálvez Pérez, en su «Centuriatio de Illici», publicada por la Universidad Autónoma de Madrid en 1.974, ya que de lo que fue el campo de Elche, anterior a esta centuriación, desde el punto de vista agrícola, se tienen escasas referencias escritas, al margen de lo que nos pueda decir la arqueología. Por eso creemos que la centuriación romana, es un buen punto de partida, para iniciar la narración de esta «Historia del Campo de Elche», consciente de nuestras limitaciones y de nuestras carencias, para llevar a buen fin esta empresa, que tal vez precise de unos conocimientos superiores a los nuestros. Pero si a pesar de todo, hemos decidido iniciar esta tarea, con todos los riegos y dificultades que entraña, ha sido, sencillamente, por que nadie lo ha hecho hasta ahora, ya que Historias de Elche, se han escrito varias, más o menos extensas, pero todo lo relacionado con el campo y la agricultura, se ha tratado de una manera tangencial y fragmentaria, como si fuera un tema de menor interés. Esperamos poder salir airosos de esta empresa, que ahora iniciamos, con la mejor voluntad del mundo, para poder compensar los posibles fallos y deficiencias que se puedan observar en la misma.

Empezaremos diciendo que la romanización de la agricultura ilicitana, supuso para el campo de Elche, una gran transformación estructural, empezando por organizar los riegos, a base de las aguas que discurrían por el Vinalopó. Y así mismo, trazaron una tupida red de cauces de riego y caminos, que han llegado hasta nuestros días, para facilitar las comunicaciones entre las distintas zonas. Así, pues, teniendo la Alcudia, como centro, los romanos centuriaron

todo este territorio que se regaba con las aguas que discurrían por el Vinalopó. Esta división del territorio en centurias, la llevaron a cabo también en otros lugares de la Península Ibérica romanizada, como hemos dicho en páginas anteriores. En cuanto al campo de Elche, se refiere, organizaron 225 centurias, que abarcaban un total de 11.340 hectáreas de extensión, según nos relata Vicente Gonzálvez Pérez, en la «Centuriatio de Illici, p. 101», a uno y otro lado del Vinalopó. La centuria estaba constituida por un cuadrado de 710 metros de lado, es decir, 20 *«actus»* de lado, constituyendo unidades territoriales de alrededor de unas 500 hectáreas de extensión, cada una de ellas. Estas centurias, estaban siempre limitadas por caminos y por cauces de riego. En ambos casos estos lindes, eran líneas rectas, como era costumbre entre los romanos. Las centurias, fueron la base y el origen de las llamadas Villas Romanas, de cuya existencia, aún hay vestigios arqueológicos en el campo de Elche.

Las centurias, así trazadas, sobre todo, las más céntricas, que estaban alrededor del núcleo urbano, y que eran las más ricas y valiosas, se las adjudicaban a los veteranos de las Legiones, cuando por razón de edad, abandonaban la milicia y se licenciaban. Estas tierras que recibían del Estado, no podían venderlas ni pignorarlas, mientras no transcurría un mínimo de 20 años.

Las líneas maestras de esta parcelación y distribución de las tierras, llevada a cabo por los romanos, hace 2.000 años, ha llegado hasta nuestros días, lo mismo que el trazado de caminos y cauces de riego, con las lógicas subdivisiones, que se han producido a lo largo de los años. Existen documentos gráficos, que son buena prueba de ello, como son las fotografías aéreas, que hicieron los americanos en 1.956, y que se reproducen en la «Centuriatio de Illici», a la que antes hemos hecho referencia. Incluso, el actual trazado de la población de Elche, en sus partes más antiguas, se realizó según los lindes de las centurias, como lo demuestran los distintos cauces de riego, que cruzan la misma.

La influencia de la centuriación romana, es aún evidente, en la actualidad. «La parcelación del campo de Elche, sigue mostrando aún hoy, después de ocupaciones del suelo, de muy distintas culturas, la tomaron del Catastro romano (Vicente Gonzálvez Pérez, «la Centuriatio de Illici, p. 107»). Lo mismo se puede decir de los princi-

pales caminos que comunican las diferentes pedanías, la mayoría de los cuales, en la actualidad, están convertidos en carreteras asfaltadas.

En aquellos tiempos antiguos, y en aquella organización tan perfecta, característica habitual entre los romanos, la agricultura ilicitana adquirió un gran desarrollo y prosperidad. Esta es la opinión generalizada de todos los historiadores que se han ocupado de este tema. Así, por ejemplo, Pedro Ibarra Ruiz, en «Institución del Riego en Elche y Origen de sus Aguas, p. 50», nos dice «durante la dominación romana, el campo de Elche, debió tener una próspera agricultura y mucha agua. El Vinalopó traería corriente continua. No se explica de otra forma, el florecimiento de la población, que era una de las más importantes de la Contestania».

Y Alejandro Ramos Folqués, en «Historia de Elche, p. 29», manifiesta: «La agricultura en esta época (la romana), debió ser pródiga y variada. Cultivaban el almendro, el olivo, cuyos frutos y madera, han sido encontradas en la Alcudia, aunque ya carbonizadas; el trigo y la cebada, entre otros cereales y criaban ganado». En otro apartado de esta historia, amplia más estos datos, diciendo: «Los romanos cultivaban en Elche alcachofas, habas y otras legumbres, el cáñamo, el lino, el ciruelo, la higuera, el manzano, el limonero, además del olivo, el viñedo y los cereales. En cuanto a la ganadería, tenían caballos, bueyes, vacas, ovejas, cerdos, cabras, conejos y gallinas. Tenían también colmenas, que trasladaban de unos lugares a otros». Y en la página 49 de este mismo libro, Ramos Folqués manifiesta: «Por testimonios literarios de Plinio, sabemos que en Illici existía la palmera, si bien a juicio de este autor, su fruto era acerbo y áspero, probablemente, por que lo gustó sin haber llegado a su pleno estado de madurez. La palmera principal ornato de nuestra ciudad, actualmente, la supongo traída por los cartagineses, en su invasión de España, en el siglo III antes de Jesucristo, pero no la trajeron deliberadamente para su cultivo, si no que los dátiles, muy nutritivos y fáciles de transportar, formaron parte de su intendencia, y con ella, llegaron a nuestras tierras, que tal vez, por poseer condiciones climáticas propicias, fructificaron en ellas, dando lugar a los palmerales actuales, ya existentes en época romana, que después serían ampliados y perfeccionado su cultivo por los árabes

Dentro de la gran variedad de cultivos, que se daban en el campo de Elche, en la época de los romanos, como lo testifican diferentes autores, entendemos que los más abundantes serían los cereales, los olivos y la vid, que siempre fueron los más característicos de la agricultura mediterránea de todos los tiempos.

En cuanto al sistema de riego, de su organización y funcionamiento, existen muchos datos y testimonios que han llegado hasta nuestros días, sobre todo, en topónimos relacionados con las acequias y partidores, que son de raíz latina. Así tenemos nombres como Marchena, Albinella, Asnell, etc, que vienen de *Martinae, Albenus* y *Asinus.*

Aunque estos riegos, seguramente, tuvieron sus orígenes en épocas preromanas, fueron los romanos los que los regularon, iniciando su distribución y aprovechamiento racional de sus aguas disponibles.

Tenemos que recalcar que la influencia romana en la agricultura del campo de Elche, ha llegado bastante visible hasta nuestros días, tanto en la parcelación de las tierras, la organización del riego y en los aperos y herramientas utilizadas en los trabajos agrícolas, la cultura romana, ha prevalecido, durante 2.000 años, como han perdurado otras manifestaciones culturales de aquella época. Los agricultores del campo de Elche, para labrar sus tierras, han estado utilizando el arado romano, hasta hace pocas décadas, en que el tractor desplazó a la caballería en las labores agrícolas. Y al trasladarse de una pedanía a otra, han transitado por los caminos y veredas que trazaron los romanos hace 20 siglos. Y cuando riegan sus campos en el día de hoy, en la mayoría de los casos, estas aguas discurren por los mismos cauces que abrieron para regar la centurias romanas, que como división territorial, ocuparon los veteranos licenciados de las legiones romanas, cuando Illici era *Colonia Inmune*, medio siglo antes de empezar la Era Cristiana.

De la misma manera, las normas catastrales, que rigen en la actualidad, proceden del Catastro romano, en lo que a las propiedades rústicas se refiere. Otro tanto ocurren con la abogacía, ya que los abogados actuales empiezan sus carreras estudiando «derecho romano», cuyos fundamentos y postulados, aún están en plena vigencia, después de tantos siglos en que fueron promulgados.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

Capítulo III

El campo de Elche, en la época visigótica

Los siglos IV y V, fueron muy convulsos, a raíz de la decadencia del Imperio Romano, y de las luchas continuas entre los vándalos y los bizantinos, hasta que los visigodos dominaron la Península Ibérica, y establecieron su soberanía y sus leyes, bajo la éjida de Alarico.

Según nos relata Cristóbal Sanz, en «Excelencias de la Villa de Elche p. 43», «los godos, en general, eran grandes de cuerpo, blancos, rubios, como de ordinario eran los alemanes y las gentes del Septentrión, siendo naturalmente magnánimos y osados, fáciles y sutiles de ingenio, constantes, fuertes, liberales, verdaderos soportadores de grandes trabajos y fatigas», «...se vestían de pieles de animales y así los llamaban los empellejados», añadiendo más adelante: «Elche fue ocupado por los godos en el año 467, por Eurico, como todas las demás ciudades de este reino

Durante la dominación visigótica, Elche fue sede episcopal y de allí salieron 6 Obispos, que tomaron parte en los Concilios de Toledo, siendo el primero Sanibal, en el año 610, el segundo Serpentino, en el 634, el tercero Vinibal, en el 655, el cuarto Leandro, en el 665, el quinto Emilia, en el 688 y el sexto Eppa, en el 694. (Cristóbal Sanz, «Excelencias de la Villa de Elche pp.46,47 y 48»).

También Antonio Mayans y Ciscar («Illici, hoy Villa de Elche»), publicado en Valencia en 1.771, habla en varias ocasiones, de Juan, otro Obispo de Elche, que sitúa entre los años 517 y 519, cuando Elche, estaba dominado por los bizantinos, y por consiguiente, no tomó parte en los Concilios de Toledo. Del obispo Juan, también habla Pedro Ibarra, en «Historia de Elche, p. 29», que lo sitúa entre los años 517 y 519.

Cuanto a la ocupación de Elche por los godos, Enrique Llobregat Conesa, difiere de la fecha que señala Cristóbal Sanz, para esta ocupación, ya que dice en «Nuestra Historia», Puig Valencia 1.980, tomo 2, p.191, «que pasó a manos visigodas en el año 624», 43 años antes de la fecha que señala Cristóbal Sanz.

Pero más que los datos referentes a la ocupación de los godos de esta zona costera, y por consiguiente de Elche, lo que aquí más nos interesa es conocer las características de la agricultura ilicitana, en los tiempos anteriores a la invasión y dominación árabe, y es muy poco lo que se conoce al respecto, para sacar conclusiones definitivas. No obstante Enrique Llobregat Conesa, en «Nuestra Historia, tomo 2, p.183 señalaba lo siguiente: la producción capital como en todo el mundo antiguo, es la cereal, básica para la alimentación y junto a ella se mencionan hortalizas, frutas, vino y aceite. El ganado proporciona carne y leche, y se practica la apicultura, que da miel y cera para la iluminación. Hay ganado lanar, vacuno y de cerda. También caballos, asnos y averio, contando además con la caza y la pesca, como complemento de la despensa. Precisamente, sobre la pesca fluvial, hay disposiciones muy interesantes, que impiden que se construyan azudes que abarquen toda la anchura del rio, a fin de que puedan remontarlo los salmones y otros peces».

Respecto a la organización social de la colectividad visigótica, dice lo siguiente: « Las ciudades han perdido su estructura administrativa, heredada de la tradición romana, tanto por agotamiento, por la pérdida creciente de habitantes y de riqueza. Las clases curiales, absentistas desde el siglo IV, ya no cuentan en la práctica, y la ciudad a quedado reducida en número de ciudadanos, predominantemente ibéricos, cuyas fuentes de financiación, son cada vez mas escasas. La aristocracia municipal, se ha convertido en el Obispo, donde lo hay, y su círculo de paniaguados», para recalcar mas adelan-

te: «Todos los autores están de acuerdo en afirmar que la tierra, y con ella, la actividad agrícola y ganadera, es la base de la economía visigoda. La progresiva ruralización, ha llevado a este estado, y si en los siglos V y VI, aún hay comunidades de negociantes que traen productos de ultramar y posteriormente, los judíos siguen con el comercio, que les proporciona buenas ganancias, la expulsión de los bizantinos, corta en su mayor parte, la relación con otros centros de producción extranjeros, y ahoga el comercio ultramarino».

Esta mayor ruralización de la vida social, en la época visigoda, en lo que a Elche se refiere, incrementaría la relevancia de la agricultura ilicitana de aquellos tiempos, teniendo en cuenta la perfecta organización del sector agrario, a base de la centuriación romana, con sus regadíos incluidos, aumentando sobremanera, su capacidad productora, aunque de ello no dispongamos de datos ni de referencias escritas. Pero es de suponer que la centuriación romana proporcionó el desarrollo agrícola posterior, en la época visigoda, pues ya contaba con una estructuración correcta del territorio y con unos regadíos consolidados.

Alejandro Ramos, en «Historia de Elche, tomo 1, p. 80» al hablar de los visigodos, nos dice, poco más o menos lo mismo que Llobregat Conesa, al afirmar «...los cultivos principales eran: cereales diversos, viñas y olivos». Dice también que «...la ganadería adquirió un gran desarrollo, los animales principales citados son los caballos, como animal de carga y montura. También como animal de carga se cita al asno y al buey. Entre los animales usados para carne, es el cerdo el que más criaban».

Por estos relatos observamos, que los visigodos, en agricultura y ganadería, apenas introdujeron variaciones respecto a los romanos, que les precedieron: los mismos cultivos y la misma ganadería que tenían los romanos en las centurias ilicitanas, 500 años antes, aunque propiciaron una mayor ruralización de la vida social, restándole protagonismo a las ciudades que tanta relevancia tuvieron en la cultura romana.

Se puede decir, que durante esos dos siglos, aproximadamente, que Elche permaneció dominada por los godos, en lo que a la agricultura se refiere, habían muy pocas variaciones después de la cultura romana, siendo sus continuadores, en los métodos y formas

de cultivar la tierra, así como en la variedad de cultivos y productos cosechados, aprovechándose, por supuesto, de las innovaciones que los romanos habían introducido tanto en la parcelación del territorio, como en la organización de los regadíos.

Lo de los godos, fue un período de transición, entre la cultura romana y la cultura árabe, que dejó en nuestra ciudad tan profundas huellas, en todos los aspectos y sentidos, y de la que hablaremos en el capítulo siguiente.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

Capítulo IV

El campo de Elche, durante la dominación árabe

Según nos relata Pedro Ibarra, en «Historia de Elche, p. 30», «...la venida de los moros a España, tuvo efecto en el año 711, en que fueron llamados por Achila, infortunado Príncipe Godo, hijo del último Rey de España Witisa, un noble godo llamado D. Rodrigo, se apoderó del trono y entonces Achila acudió en busca de socorro al Africa, en cuyas posesiones bizantinas gobernaba un Tribuno sirio llamado D. Julián, que acogió benevolmente al Príncipe y le presentó a Musa, gobernador de los territorios musulmanes...», «...los moros vinieron a España defendiendo una causa digna y no es cierto lo creído hasta hoy». «Muchas poblaciones que eran partidarias de Achila, abrieron sus puertas a los agarenos, siendo el choque entre cristianos y los moros, entre el lago de la Jandia y el río Barbate, cerca de Medina Sidonia y después de Écija, donde fueron derrotados los godos. No hubo tal batalla de Guadalete ni otras mil fábulas inventadas por el Arzobispo Rodrigo Jiménez de Rada y sus imitadores...».

Por su parte Vicente Boix Richarte, en «Historia del País Valenciano tomo 1, p. 90», publicada por Ediciones Planeta, en 1.981, nos dice respecto a la llegada de los árabes: «... los antiguos árabes, llamados escenitas «, por los griegos, a causa de sus costumbres nómadas, se preparaban desde los campos del Yemen y de las coli-

nas del Hedjar, a arrojar a los godos de la desgraciada España: superior a la Siria por la belleza del cielo y de la tierra; al Yemen, por la benignidad del clima; a las Indias, por sus flores y sus perfumes; al Egipto por sus frutos y a la China por sus preciosos metales.»

Sobre esta misma cuestión, Enrique Llobregat Conesa (Nuestra Historia, tomo 2, p.190»), nos dice igualmente: «en la primera mitad del siglo VIII, de nuestra Era, las tierras valencianas van a experimentar los comienzos de una profunda y duradera transformación acaecida en su historia, una transformación que va a marcarlas durante casi un milenio: la islamización. Si en el 711, es derrotado el Ejército Visigodo y en el 713, se produce el pacto entre Abd Al-Aziz y Teodomiro, en el 745, comienza la instalación de los sirios en el sur valenciano, y a partir de esos momentos, arranca un proceso islamizador que llevará al país a ser totalmente musulmán.

Cuando el Rey D. Jaime, lo conquista en 1.238, desde entonces, hasta la expulsión de los moriscos a principio del siglo XVII, el país valenciano seria una tierra musulmana, gobernada por una minoría cristiana como ha declarado certeramente Burus.

Pero al margen de que la batalla decisiva entre los godos y los árabes, que ganaron los últimos, tuviera lugar o no, en el río Guadalete, la cuestión fue que con esta victoria, los musulmanes tuvieron libre acceso a todo el territorio peninsular, cuya conquista empezó a partir de entonces, sin apenas encontrar ninguna resistencia. Y en su avance por la costa hacia levante, dos años después, es decir, en el 713, ocuparon la comarca de Elche, las tropas musulmanas al mando de Bdelaziz, hijo de Musa.

A pesar de esta ocupación, en un principio, la islamización de Elche, no fue completa y total, ya que gracias al pacto establecido entre Adelaziz y Teodomiro, noble visigodo, que ostentaba en esos momentos el poder en esta región, los visigodos, aún que quedaron sometidos a los musulmanes, conservaron una cierta autonomía y la promesa por parte de los árabes, de que no serían muertos o esclavizados, siempre que su sometimiento fuera leal y que no favorecieran a sus enemigos. Gracias a este pacto, Teodomiro, seguía gobernando, aunque lo hacia «... en nombre del Califa de Córdo-

ba», estando obligado a pagarle a los árabes ciertos impuestos, tanto en metálico como en especie. Estos impuestos consistían, entre otras cosas, en cuatro almudes de trigo y cuatro de cebada, por persona y año. Estos impuestos, los esclavos, sólo los pagaban en una cuantía del 50% respecto a los que pagaban las personas libres.

Estas ventajas o epogonismo visigodo que gozaron durante algún tiempo los habitantes que estaban en el territorio que comprendía lo que se llamó el Reino de Tudmir, terminó con la muerte de Teodomiro, a mediados del siglo VIII. A partir de entonces, la islamización, fue completa, imponiendo los árabes su dominio y su legislación, a todos los niveles, aunque esto, en términos generales, no resultase fácil, como apunta Llobregat Conesa («Nuestra Historia», tomo 2, p. 200»). « El fin de la etapa visigoda y el comienzo de un mundo nuevo, que hacía eclosión un tiempo después, no se enlazan fácilmente. Un vacío abierto que la investigación habrá de ir llenando poco a poco, en la medida en que las referencias escritas o arqueológicas lo permitan».

Pero lo cierto es que la sociedad de entonces, con todas las dificultades que se quiera, experimentó una gran transformación con la llegada de los árabes, transformación que marcó el comienzo de una época histórica, que iba a durar más de 500 años, como muy bien dice el historiador antes citado, al hablar de estos tiempos: «En la primera mitad del siglo VIII, de nuestra Era, las tierras valencianas van a experimentar los comienzos de una profunda y duradera transformación acaecida en su historia, una transformación que va a marcarles durante casi un milenio: la islamización».

Hemos querido repetir estas afirmaciones de Llobregat Conesa, por ser un punto de referencia de capital importancia para poder comprender lo que ocurrió en todo el territorio valenciano, incluido el campo de Elche, a partir de la ocupación de las tropas árabes.

Vicente Gonzálvez Pérez, (« El Bajo Vinalopó, Geografía Agraria p. 47»), difiere, en parte, de estas apreciaciones, cuando dice: «La dominación musulmana en la comarca de Elche, no supuso, respecto a la época romana, ruptura o retroceso apreciables agrarios ni en la organización de los riegos vitales en esta zona para unos rendimientos adecuados». Esto es evidente, en lo que al campo de Elche se refiere.

Después de la muerte de Teodomiro, (que se supone que vivió en Elche, pues al casarse su hija con Abd Al-Yablar, musulmán influyente, le dio como dote la finca de Tarsa, cerca de Elche, y la de Tal Hattab, en la Vega Baja), y arraigada la cultura árabe, que llevaba implícita la completa islamización de la sociedad de entonces, cambiaron el emplazamiento de la población, abandonando la Alcudia. Seguramente, por motivos de defensa o por otras causas, lo cierto es que construyeron una nueva ciudad, que amurallaron, dos kilómetros más al norte, junto al Vinalopó, en su margen izquierda, tal como la encontró el Rey D. Jaime I, en el momento de la Reconquista, en el año 1.265. A partir de entonces, la antigua población entró en una época de acusada decadencia, hasta convertirse en un montón de ruinas, al paso de los años, tanto la propia población, como las murallas que la circundaban.

Los árabes, a partir de la completa islamización del territorio, organizaron y desarrollaron los regadíos primitivos, que ya se conocían desde la época romana, dando nombres árabes a muchos partidores y acequias, nombres que han llegado hasta nuestros días, como es el caso de Saoní, Hafís, Atufá, etc.

Lo que nos induce a pensar que estos riegos ya se conocían desde la época romana, se fundamenta en que muchos lindes de las centurias romanas son cauces de riego, que han llegado fosilizados hasta nuestros días. Otro dato que abona esta creencia, es que el nombre actual de algunos partidores, es de origen latino, como ya señalamos en el primer capítulo de este libro, que habla de los regadíos del campo de Elche.

Es de suponer que los árabes se servirían, de las estructuras agrarias heredadas de las centurias romanas y de las antiguas Villas, que pasarían a ser raales o alquerías, como hicieron en las huertas de Valencia y Murcia, durante su dominación.

Hay una evidencia, en la que están de acuerdo todos los historiadores, como es que los árabes fomentaron y desarrollaron la agricultura ilicitana, que alcanzó un gran esplendor, durante su dominio, a pesar de la escasez de agua de riego, que fue siempre la mayor dificultad que padeció el campo de Elche. No obstante, los escasos recursos hídricos, de que disponían, supieron aprovecharlos al máximo, hasta tal punto, que su administración y distribución

fue modélica. Por otra parte, fomentaron y desarrollaron enormemente, el cultivo de las palmeras datileras, de las cuales rodearon los entornos de la ciudad amurallada, palmeras que se ya se conocían desde la época de los fenicios, que según la creencia más generalizada, las trajeron desde sus puntos de origen. En cambio, ofrece muchas dudas de que fueran los árabes los que ordenaran los huertos de palmeras formando cuadrículas de líneas rectas, pues como es bien sabido, la cultura árabe, tiende siempre a las líneas curvas, en todas sus manifestaciones.

Por otra parte, en los oasis de palmeras que existen actualmente, en los países árabes, de África y Asia, más que huertos de palmeras, ordenadas en cuadrículas, tal como aquí los conocemos, son bosques de palmeras, sin ninguna ordenación regular. Sea como fuere, lo que no cabe ninguna duda, es que durante su dominación, los árabes fomentaron mucho el cultivo de las palmeras, por las que sentían una notable predilección. De ahí el que cuando el Rey Jaime I, llegó a Elche, quedara maravillado al contemplar el bosque de palmeras que circundaban la ciudad amurallada, excepto por la parte oeste que linda con el Vinalopó.

Los árabes fomentaron, igualmente, el cultivo del olivo y la fabricación de aceite, en las muchas almazaras que construyeron. Otro tanto hicieron con la cebada y con el trigo, más de la primera que del segundo, pues la cebada es más resistente a la sequía que el trigo, y además necesita menos riegos para su desarrollo vegetativo. También cultivaron el algodón y el lino, como plantas textiles, así como el azafrán y el al azor, como colorantes, aunque en pequeñas cantidades.

Según Alejandro Ramos Folqués («Historia de Elche, tomo 1 p. 91»), los árabes introdujeron en el campo de Elche, los limones, las limas, y las naranjas dulces, originarias del Extremo Oriente, aunque en estos campos, estos cultivos debieron ser minoritarios, dada la escasez de agua dulce para riego que hubo aquí siempre. Y más adelante añade: «en ganadería tenían una gran variedad, entre las que estaban las ovejas, las cabras, las palomas, los bueyes, las abejas, etc. En cuanto a las bestias de labor, generalmente, usaban muchas para los trabajos agrícolas y para el transporte».

De su preocupación por aprovechar al máximo las aguas dulces de aluvión, nos da idea el hecho de que en el momento de la Reconquista, había en el campo de Elche mas de 300 aljibes («Aljups»), generalmente, a la orilla de los caminos que tenían pronunciados desniveles, para recoger el agua de escorrentia, cuando lloviese copiosamente. Algunos de estos «aljups», han llegado hasta nuestros dias, tanto en el campo de Elche, como en el campo de Crevillente.

De estos datos, ya nos habla Cristóbal Sanz, en 1.621, y después de los reproducen todos los historiadores como Pedro Ibarra Ruiz, (« De Barreras a Romero, 1.926 p. 10»), añadiendo además que en el momento de la Reconquista «habían en Elche 113 almazaras y 10 molinos harineros», prueba evidente de los muchos olivos que había en aquellos tiempos para precisar tantas almazaras para molturar las aceitunas.

El mismo Pedro Ibarra, resaltando las cualidades de los moros, como agricultores, nos dice («Historia de Elche p.33 y ss.»). «Los moros eran muy dados a la agricultura, que después de la guerra, era su principal ocupación, y llegaron a tener el campo de Elche, sumamente enriquecido, que les permitía cosechar muchas aceitunas, con las cuales fabricaban riquísimo aceite, cebada en abundancia, y las cosechas de granadas y dátiles, almendras y el gusano de seda, que importaron, siendo éstas sus principales producciones. Cultivaban extensos algodonales en el interior de los huertos de palmeras, que les permitían tener fábricas de algodón y otras varias industrias».

Debió ser cierto tanto esmero en el cultivo de la tierra, por parte de los árabes, y tan abundante la riqueza producida por este trabajo y dedicación, porque los cronistas de Jaime I, en el momento de la Reconquista, dejaron escrito que «*Elx, cull mes pa que Murcia*». Esta afirmación nos demuestra una gran pujanza y desarrollo en la agricultura ilicitana de aquellos tiempos.

Esta aplicación y maestría de los moros en la agricultura, y sus muchos conocimientos en el cultivo de la tierra, quedó claramente de manifiesto, después de la Reconquista del territorio, por parte de las tropas del Rey Jaime I, pues el «Magram», fue siempre modélico, en cuanto a la forma del cultivar la tierra. Por eso no es de extrañar que se dejara sentir tanto su falta, cuando fueron expulsados en 1.609.

Pedro Ibarra, a través de sus escritos, no se cansa de valorar las cualidades y la profesionalidad de los moros como agricultores, tanto antes como después de la Reconquista: «Eran los moros del Arrabal, muy trabajadores y los había bastante ricos, pues de ellos existían que tenían caballos ricamente enjaezados y lujosas armas. Cosechaban gran cantidad de cereales, trigo especialmente. La mayor parte de la porción del término que tenían señalado, estaba muy bien cultivado y plantado de frondosos olivos, cuyas abundantes cosechas molturaban en sus propias almazaras. La mayoría de ellos comían pan de cebada, maíz y de centeno, lo que les permitía aumentar sus capitales y también tenían las tierras más francas de pechos que los nuevos pobladores».

No cabe duda de que la laboriosidad, y el buen hacer de los actuales agricultores ilicitanos, esas buenas cualidades que les honran y les distinguen, son heredadas de los árabes, que cultivaron estos campos de una manera modélica. Ellos fueron los que sentaron las bases de la actual agricultura ilicitana. Ellos fueron los que marcaron las pautas de comportamiento que siguieron después los agricultores del campo de Elche, con ese espíritu laborioso, recto y abnegado del que siempre hicieron gala, y que les caracterizó, como una de sus principales virtudes a lo largo de los siglos. Los árabes, denostados muchas veces, particularmente, por motivos religiosos, dieron sobradas muestras, en lo que a la agricultura se refiere, de su aplicación, de su bien hacer y de su profesionalidad, dejando sus huellas y su impronta en el campo de Elche, que han llegado hasta nuestros días, tanto en lo que se refiere al cultivo de la tierra, como a la correcta distribución de sus escasas aguas de riego, que supieron aprovecharlas al máximo de sus posibilidades.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

Capítulo V

La reconquista cristiana y el repartiment

Con la Reconquista de Elche, por parte de las tropas cristianas, mandadas por el Rey Jaime I, de Aragón, se terminaba con el dominio de los árabes que había durado más de seis siglos, aunque estos, en su inmensa mayoría, se quedaron viviendo aquí, pero bajo la férula de los cristianos, aunque separados entre sí, las dos colectividades. No obstante, las estructuras agrarias ilicitanas, que han llegado hasta nuestros días, tienen su origen y vienen determinadas, por el reparto que hizo de estas tierras el Infante D. Manuel, dos años después de la Reconquista, tanto en lo concerniente a la propiedad de la tierra, como a la distribución de las aguas de riego.

Cuando en el año 1.265, las tropas de Jaime I, reconquistaron Elche del dominio árabe, de una manera definitiva, quedó confirmado su yerno, el Infante D. Manuel, como Señor de Elche, Señorío que abarcaba toda la cuenca del Vinalopó, desde su desembocadura, hasta Villena. Dicho Infante, ya ostentó este Señorío, cuando las tropas de su padre, el Rey Fernando III, de Castilla, reconquistó Elche, por primera vez en 1.241. Este dominio, duró unos 20 años, hasta que los moros se sublevaron en 1.261, y se apoderaron de nuevo de Elche y de todo el Reino de Murcia. En vista de esto, el Rey Alfonso X, que había sustituido a su padre en el Trono de Castilla, pidió ayuda a su suegro, el Rey Jaime I, de Aragón, para poder

reconquistar los territorios perdidos, ayuda que le fue prestada con largueza, gracias a la cual, quedó Elche, definitivamente incorporada al dominio cristiano.

Y asentados de nuevo los cristianos en Elche, obligaron a los árabes a abandonar la ciudad amurallada, y a construirse su Aljama, a partir de donde cayó la bala lanzada por un arcabuz, desde la muralla sur de la población. Esta bala fue a parar en lo que es hoy la calle del Ángel, y desde ese punto hacia el sur, los moros construyeron su nueva población, en lo que siempre se llamó el Arrabal de la Morería.

En las capitulaciones concertadas entre Jaime I y los árabes, para la entrega pacífica de la población amurallada de Elche, el Rey conquistador les prometió que les respetaría sus viviendas y sus tierras (Pedro Ibarra Ruiz, «Historia de Elche, p. 39»), y que no se les haría ningún daño, antes bien contribuiría a que fueran perdonados por el Rey D. Alfonso y por el Infante D. Manuel, contra quien se revelara. Los de Elche, recibido el mensaje, comisionaron al moro Mahomet, que acompañado por Hagurisgatip y otro más, se presentaron en Alicante a presencia del Rey de Aragón. *«E quant forent denan nos* (dice el citado Rey en su crónica), *saludarenno, per los vells e per la Aljama de Elx. E nos los dixem, que deus los disve».* Por el contrario si se resistían, los conquistaría y pasaría a cuchillo. Que los que quisieran someterse, serían respetadas sus casas, posesiones y su Ley. Por último que haría saber al Rey D. Alfonso y al Infante D. Manuel, lo convenido, para que no les hiciera menoscabo alguno. Respondió el moro, que le agradecía a Dios y a él, tan buenas razones como les daba. Que bien había oído decir que aquellos que fiaban de su palabra, estaban seguros que no se quebrantaba por su parte y que les cumplía lo prometido». «Cuando las tropas de Jaime I, entraron, pacíficamente en Elche, era el día 20 de Noviembre de 1.264».

Después, estas promesas del Rey Jaime I, sólo se cumplieron en parte, ya que si bien pudieron conservar su religión y sus leyes, y construirse una Mezquita en su Aljama, en cambio, los desplazaron de la ciudad amurallada y de sus propiedades rústicas. Los cristianos, dueños por completo, de la situación, a partir de entonces, dictaron un nuevo ordenamiento legal, para ordenar la nueva sociedad mixta cristiano-árabe.

Consolidada la Reconquista, el Infante D. Manuel, en el año 1.267, nombró a Gonzalo Ibáñez, Martín Martínez y a Domingo Pérez, para que llevaran a cabo el reparto de todas las propiedades del término municipal, territorio que dividieron en dos porciones delimitadas por el cauce del Vinalopó. Así, la margen derecha se la cedieron a los moros, que se concentraron todos allí y la margen izquierda, a los personajes principales que acompañaron a Jaime 1, formando parte de su Ejército, que como recompensa a sus servicios se les daban propiedades en las zonas reconquistadas.

En la margen izquierda, al sur de la población, en lo que hoy es la pedanía de Daimés, el Infante D. Manuel se reservó, para si, 10.000 tahullas de tierra que se les llamó «El Donatiu», con su correspondiente dotación de agua. Al resto de la margen izquierda se le llamó «El Franch», por estar libre de impuestos, y a la margen derecha se le llamó «El Magram», (palabra árabe que significa cosa pechada, es decir cosa sujeta a impuesto). Aunque « El Franch estaba libre de pecho, los cristianos también estaban obligados a pagar otra clase de impuestos y diezmos.

«El Magram» se regaba con las aguas de la Marchena y «El Donatiu», y «El Franch», se regaban con las aguas de la Acequia Mayor del Pantano.

Así, pues, a partir de la Reconquista, los cristianos ocuparon la ciudad amurallada, que desde entonces se llamó «la Vila», y los moros vivieron en la nueva población que ellos mismos se construyeron, que se llamó la Aljama o Morería, y más tarde el Raval. En cuanto a las propiedades rústicas, el Franch fue repartido en grandes trozos, entre los cristianos más influyentes y destacados y el Magram que era una tercera parte del término municipal, se repartió en pequeñas porciones entre todos los árabes, que eran muchos más que los cristianos.

La propiedad del agua, estuvo siempre unida a la propiedad de la tierra, que tenía derecho a riego, por estar dentro de la zona regable. Cuando el Infante D. Manuel hizo el reparto de estas tierras y de estas aguas que discurrían por el Vinalopó, dispuso que la distribución y la administración de estas aguas, tenía que continuar haciéndose de la misma manera que se había hecho hasta entonces: «... que la hayan así como lo solían hacer los moros en el su tiempo» reconociéndose así, explícitamente, el bien hacer de los árabes, en estas cuestiones.

Como las aguas de la Marchena eran insuficientes para regar toda la margen derecha del Vinalopó (dos terceras partes eran de secano), limitándose la llamada Huerta de los Moros, a lo que hoy son las pedanías de Algorós y de la Algoda. Esta escasez de recursos hídricos para poder regar toda la margen derecha, dio origen a una gran fragmentación de la propiedad rústica en el Magram, ya que en una zona muy reducida, tenían que trabajar y alimentarse muchas familias de los árabes, todo lo contrario de lo que ocurría en el Franch, donde pocas personas poseían grandes cantidades de terreno.

En cuanto al Donatiu, en el año 1.276, mediante un Privilegio dado en Murcia el día 11 de Agosto (Alejandro Ramos, «Historia de Elche, tomo 1, p.125»), hace donación al Concejo de la Cuarta parte de las 10.000 tahullas, y del agua correspondiente, y las otras tres cuartas partes, se las da a los cristianos viejos, con la condición de que se avecindasen aquí. Estas donaciones se dividían en Alquerías, Caballerías y Peonías.

Así vemos, que por una parte, los moros muy versados y entendidos en el cultivo de la tierra y en la distribución de las aguas de riego, quedaron concentrados en una pequeña zona dividida en minifundios, sobre cargados de impuestos, que trabajaban sin descanso, para poder sobrevivir, y por otra, a los cristianos, pocos en número, dueños de grandes extensiones de tierra que apenas cultivaban, y que no mostraban ningún interés por avecindarse en sus nuevas propiedades, y mucho menos por la agricultura.

Esta nueva situación, le crea al Infante D. Manuel, muchas preocupaciones y quebraderos de cabeza, y trata por todos los medios a su alcance, el que aumente la población cristiana, pues al tratarse de una zona fronteriza, se necesita mayor protección. Por eso se les dan muchos incentivos a los nuevos pobladores que hagan vecindad aquí.

Pero, como a pesar de todo, los cristianos se muestran reacios a vivir en sus nuevas propiedades, que tienen prácticamente abandonadas, el Infante les amenaza diciéndoles que de seguir las cosas así, sus propiedades serán cedidas a otros nuevos pobladores que se comprometan a vivir en ellas, según se lee en el Privilegio dado en Burgos el día 5 de Abril de 1.268 (Pedro Ibarra, «Historia de Elche, p. 56»).



En otro Privilegio dado en Murcia el día 15 de Agosto de 1.276, el Infante confirma todas las donaciones hechas en el reparto de 1.267, pero a condición de que los nuevos propietarios vivan en sus haciendas. Como vemos, seguía latente el problema de la vecindad, el problema de la repoblación de las nuevas tierras reconquistadas unos años antes, repoblación que sería lenta y difícil a pesar de las continuas amenazas que pesaban sobre los nuevos pobladores cristianos de desposeerles de sus propiedades, si no se avecindaban en las mismas.

Muerto el Infante D. Manuel, la Condesa Dña. Beatriz, su viuda, Señora de Elche, hasta la mayoría de edad del Infante D. Juan Manuel, el día 18 de Octubre de 1.285, en una carta fechada en Villena, insistía de nuevo y les daba de plazo «... hasta el día de Sant Joan Batista primero que viene», para que hagan aquí su asentamiento definitivo, ante la necesidad de que la ciudad sea «mejor poblada et mejor guardada».

Otra de las preocupaciones del Infante D. Manuel, era la cuestión del agua. El fértil campo de Elche, necesitaba más agua para riego, por eso mandó traer de Villena «...todas las que pudiesen».

De esta misma cuestión, ya hablamos más extensamente, en el primer capítulo de este libro, dedicado al regadío, en las diferentes épocas históricas.

La cuestión de las aguas de riego, ocasionaba muchos enfrentamientos entre los moros y los cristianos. Para que estuviesen bien repartidas las particiones de agua de unos y de otros, la Condesa Dña. Beatriz, ordenó en 1.285, que hicieran fija la toma de agua de la Marchena, por donde tenían que salir las dos onceavas partes del total de las que discurrían por el Vinalopó, por medio de la Acequia Mayor del Pantano. También ordenó que se hiciera fija la toma de Albinella, partidor por el cual regaba el Concejo sus propiedades, con la talla de agua que se le asignó en el reparto. Este reparto, fue confirmado en todos sus extremos, por la Condesa Dña. Beatriz, en el año 1.285,18 años después de haberse llevado a cabo.

Las consecuencias de aquel reparto, en algunos aspectos, han llegado hasta nuestros días. Tal es el caso de determinadas características de las estructuras agrarias actuales, que tuvieron su origen en el Repartiment, como por ejemplo, en el que en la zona del antiguo Magram, ha estado siempre la propiedad rústica más repartida, pues

a partir de la expulsión de los moriscos, en 1.609, el Magram, se cedió, por el sistema de enfiteusis, en pequeñas porciones a las personas económicamente más débiles. Esas diferencias económicas entre los habitantes del Raval y de la Vila, y entre los propietarios de fincas rústicas de la margen izquierda y de la margen derecha del Vinalopó, ha sido palpable y notoria, hasta tiempos muy recientes.

Las principales familias de rancio abolengo, cuyos antepasados fueron los acompañantes del Rey Jaime I, cuando la Reconquista, los beneficiarios en el Repartiment de 1.267, conservaron en Elche, la margen izquierda del Vinalopó, parte de la propiedad primitiva, hasta hace poco tiempo. Estas propiedades, que en algunas de ellas aún se conservan sus grandes casonas señoriales, con sus escudos y distintivos familiares, que testifican a que familias pertenecían en épocas pasadas, de unos años a esta parte, se han vendido y parcelado, para edificar, y sólo queda de ellas, unos nombres que fueron importantes y representativos en la historia del campo de Elche, como son «La Casa Gran d'Esprella», por ejemplo, con su casona señorial, de grandes dimensiones.

Otra consecuencia del reparto, va asociada a los nombres de las partidas rurales, tanto en la margen izquierda, como en la margen derecha. Al darles el Franch, a los acompañantes del Rey Jaime I, cuando la Reconquista, casi todos ellos valenciano-parlantes, los nombres de los lugares de esta zona, son de origen valenciano, aunque algunos de ellos se hayan castellanizado, después de la Batalla de Almansa, cuando el Reino de Valencia perdió sus fueros y el valenciano dejó de ser lengua oficial en las tres provincias. Así vemos, como los nombres de las pedanías ubicadas en el Franch, empezaron a llamarse Vall Vert, Asprelles, Baies, Perleta, Salaes, etc. En cambio, el de las partidas que formaban la parte central del Magram, (Algoda y Algorós), tienen nombres de origen árabe. En cuanto al Llano de San José, Matola y Pusol, por ser zonas marginales de la Huerta de los Moros, debieron estar en aquellas épocas muy poco pobladas y escasamente cultivadas, ya que eran tierras de secano, y por lo tanto, los árabes dejaron allí menos huellas.

Otra cosa que llama mucho la atención, y que nos demuestra la gran dedicación que tuvieron los moros a la agricultura, y su cuidado por aprovechar el máximo las aguas de aluvión que discurrían por el Vinalopó, (llamado por ellos Wad Arrambla), es que los tres

azudes , que como cauces artificiales, hechos por la mano del hombre, (Azud de los Moros, Azud de Argamasa, y Azud de los Comunes), desembocan todos ellos en lo que fue el Magram, lo que nos da pie para creer que fueron construidos por los moros después del Repartiment. Esto nos demuestra también lo entendidos que fueron los árabes en cuestiones de riego, no solamente por lo realizado aquí, si no también, y sobre todo, por lo que hicieron en las huertas de Valencia y Murcia. Aquí en Elche, particularmente, tuvieron que esmerarse mucho más que en Valencia y Murcia, en el aprovechamiento y distribución de las escasas aguas de riego, de que disponían. A pesar de ello, tuvieron que aplicarse mucho en el cultivo de la tierra, ya que con una mínima extensión de terreno, dotadas con escasas aguas de mala calidad, tenían que trabajar y mantenerse una población bastante numerosa.

El sistema de riego y la distribución de las aguas saladas, cuyo ordenamiento y regulación, es perfecto, ha llegado a nuestros días, tal y como estaba en el momento del reparto llevado a cabo por el Infante D. Manuel, que en ese aspecto, se limitó a dar validez y continuidad a lo que los moros habían establecido, desde varios siglos antes de la Reconquista.

Lo del Repartiment, en la margen izquierda del Vinalopó y lo de la cesión, por el sistema de enfiteusis, en la margen derecha, a raíz de la expulsión de los moriscos, en 1.609, es el punto de partida, para conocer el origen de la propiedad en Elche, a partir de la Edad Media, regulada por normas legales, y no por derecho de conquista.

En cuanto a los Carrizales, que hasta mitad del siglo XVIII, eran terrenos comunales, que pertenecían a la Corona, a raíz de su colonización, por D. Francisco Ponce de León, Duque de Arcos, Señor de Elche, fueron cedidos también por el mismo sistema de enfiteusis, en porciones de 100 tahullas cada una. Pero esta enfiteusis, era diferente a la aplicada tras la expulsión de los moriscos, ya que los enfiteutas de los Carrizales, para compensar los costos de la colonización, pagaban en especies (la sexta parte de los productos cosechados), mientras los enfiteutas que adquirían las propiedades de los árabes, cuando fueron expulsados, pagaban en metálico, una cantidad determinada anualmente consistente en un determinado porcentaje del valor catastral de la propiedad adquirida.

Capítulo VI

Lo que se dice del campo de Elche en las actas del Concejo

La primera acta del Concejo, que se conserva en el Archivo Municipal de Elche, correspondiente a las sesiones ordinarias de los Cabildos, corresponde a la celebrada el día 2 de junio de 1.370. Estas actas, salvo algunos breves periodos de tiempo (del 23 de Mayo de 1.371, al mes de Junio de 1.379, las correspondientes a la época de las Germanías, y algunos otros lapsos de tiempo), están todas archivadas y resumidas, en tomos numerados en los llamados Libros de Cabildos.

Para los investigadores de la vida local, durante los siglos XIV al XX, estas actas tienen un valor testimonial incalculable, ya que en ellas, están reflejados el acontecer diario en sus más mínimos detalles, de la Comunidad Ilicitana, desde hace mas de 600 años. Estas actas, son la historia viva de Elche, reflejada día a día, a través de lo que se hablaba, se discutía, y se aprobaba en las reuniones del Concejo. Pero sería harto prolijo y fatigoso, el tener que ir desentrañando el contenido de estas actas, de lectura difícil, para recabar información sobre cualquier acontecimiento o hecho acaecido en Elche, durante todo este dilatado periodo de tiempo.

Pues bien. Esa labor investigadora, la facilitó enormemente, Pedro Ibarra Ruiz, ya que tuvo la paciencia de extractar todas estas

actas, desde la primera, hasta la correspondiente a la sesión celebrada el día 1 de Octubre de 1.923, pocos días después de la implantación de la Dictadura del General Primo de Rivera. Todo este trabajo, lo recopiló en 6 tomos, con un índice exhaustivo, por materias, que figura al final del tomo 6º y en el tomo 7º.

De esta forma, resulta muy fácil, encontrar cualquier dato que se busque, en el contenido de todas estas actas. Ciertamente, la labor que llevó a cabo Pedro Ibarra, al extractar todas estas actas y desglosarlas por materias, fue titánica, trabajo que no le agradecerán nunca lo suficiente, los investigadores y el conjunto del Pueblo de Elche, máxime sabiendo que todo ese material es de un valor incalculable, y que el Señor Ibarra, legó al pueblo de Elche, en general, y a los historiadores, en particular.

Todas las personas que han escrito sobre la historia de Elche, en los últimos tiempos, han bebido en estas fuentes, que les han sido muy valiosas, para recabar datos, fechas y referencias, sobre este particular. No solo en los extractos de todas estas actas del Concejo, si no también en otros muchos documentos que Pedro Ibarra, recopiló y archivó a lo largo de muchos años, que el fue Archivero y Bibliotecario Municipal, y que están a disposición de los historiadores y los curiosos que sientan interés por la historia de Elche, de los últimos siglos.

Por lo que a mi respecta, la utilización de los datos y de las reseñas recopiladas por Pedro Ibarra, me han servido de base para escribir, no solamente una parte importante de este libro, sino también para escribir otros, sobre diferentes aspectos de la agricultura ilicitana.

Como dijimos antes, la primera acta de las sesiones del Concejo, que se conserva en el Archivo Municipal, es la correspondiente a la reunión del 2 de Junio de 1.370, acta que empieza diciendo : «Fonsh ajustat Consell General en la Eglesia de Santa Maria de Elig, en lo dia damunt dit de Digmenge apres Pascua Cincuagésima, lo cual Conselí font cridat del vespre a demati...».

Como datos curiosos, aunque no de mucha trascendencia, queremos transcribir aquí, lo que en las primeras actas que se conservan, hacen alusión a cosas y hechos relacionados con el campo de Elche, y con su agricultura.

Así vemos como en la segunda acta, correspondiente al 9 de Junio de 1.370, se penaba a los que cogían caracoles, por que solía comerse la uva en agraz».

En el acta del día 15 de Septiembre del mismo año, se dice lo siguiente : ... se prohibe que entren los ganados en los cementerios de Santa María, el Salvador y San Jorge».

En el día 7 de Octubre siguiente, se especificaba que: se prohibe la exportación de trigo «y, también se prohibe a ninguna persona extraña el tener trigo o harina, bajo pena de 60 sueldos y la pérdida del género». «Así mismo se ordena que: el par de perdices valga 10 dineros».

Respecto a esta misma cuestión, el 8 de Agosto de 1.436, el Concejo pone precio de nuevo a las perdices : «un par de perdices viejas se venderán a 14 dineros; las jóvenes a 10 dineros hasta Todos los Santos; en adelante, todas al mismo precio». Además, dispone el Concejo, «que les perdius sien acotades», lo que nos da a entender que en aquellos tiempos habrían muchas perdices en nuestros montes, hasta tal punto que ocasionarían daños en la agricultura.

El día 10 de Febrero de 1.371, el Concejo acuerda, que «los jornales de cavadores y podadores, valgan dos sueldos y cuatro dineros, sense vi ni companage», y que los braceros, puedan cobrar su trabajo en trigo. Estos acuerdos nos dan a entender que el Concejo, regulaba las relaciones laborales entre los propietarios y los jornaleros.

En el acta del 12 de Abril de 1.371, se tomó el acuerdo de «prohibir coger grama sin estar asaonada».

Como dijimos más arriba, no existen referencias de los Cabildos celebrados entre Mayo de 1.371 y Junio de 1.379.

En el acta del 1 de Noviembre de 1.379, podemos leer: «...cuando el privilegio que tenía el Concejo este acuerda prohibir la entrada en Elche, de vino y vendimia forastera».

El 9 de Noviembre del mismo año, se acuerda «Hacer crida para La Feria de San Andrés, que empezaría el 16 de Noviembre y durará 15 días». (Esta crida a partir de entonces, se continuó haciendo todos los años, por estas mismas fechas)

El 7 de Noviembre de 1.379, se dan cuenta en el Concejo, de las cartas que se han cursado entre Elche, Orihuela y Alicante, «para defenderse de la introducción de ganados extraños».

El 7 de Diciembre de 1.379, con motivo de los festejos que se iban a celebrar esos días, se acordó «adquirir un toro bravo, que seria garrochat». Después ese toro, «Seia desfeit y venut a tall. El que aquell preu que exira sia acojat. E si no basta a lo que costa, que page la mitad la Almaja dels moros e jueus». El 26 de Enero de 1.439, «se prohibe hacer carbón de pino».

La misma prohibición se repite en 1.635 : «se prohibe cortar pinos de la Sierra del Puerto y de todo el término Municipal». A continuación se añadía que se penaría a los que no respetasen estas prohibiciones.

Estas referencias, nos llevan a dos consideraciones: primera, que en aquellos tiempos, había una gran abundancia de pinos en todo el término municipal de Elche, y segunda, que para convertirlos en carbón, se cortaban muchos de ellos, y para que no desaparecieran del todo, el Concejo prohibía, repetidamente su tala. Pero a pesar de estas prohibiciones, continuarian cortándose, indiscriminadamente, hasta el extremo de haber desaparecido por completo, posteriormente.

En las actas del Concejo de las reuniones posteriores a las de las fechas que hemos transcrito, existen muchas referencias relacionadas con el campo y la agricultura. Pero no hemos querido abundar mas en este tema, ya que entendemos que como muestra basta con las reseñas que hemos hecho, con la particularidad de que son las más antiguas que se conocen.

Capítulo VII

La expulsión de los moriscos y sus consecuencias negativas

No cabe ninguna duda, de que la expulsión de los moriscos, en 1.609, fue muy negativa para España, en esto están de acuerdo todos los historiadores que se han ocupado de este tema, aunque algunos tratan de justificarlo, aduciendo argumentos de diferente índole. Incluso, hay quien afirma que la expulsión de los árabes, significó el principio de la decadencia española, dentro del concierto de las naciones europeas. Demográficamente, tuvo un gran significado, si tenemos en cuenta que según los datos que se barajan como más fiables, tuvieron que salir de la España Peninsular, con motivo de la expulsión, alrededor de medio millón de personas, porcentaje muy elevado dado el número de habitantes que tenía España, en aquellos tiempos (unos seis millones, en total, es decir, que cada doce españoles, uno era morisco).

Por otra parte, no podemos olvidar que España estaba a la sazón volcada, en la colonización de América, y otros territorios de ultramar, cuyo descubrimiento había tenido lugar 117 años antes, y a donde se habían desplazado muchos españoles, que estaban encuadrados en la milicia y en otras actividades y funciones, y consecuentemente, lo que más se precisaba aquí en la Península, era gen-

te para trabajar y producir, que fue, precisamente, lo contrario de lo que ocurrió con la expulsión de los moriscos.

Las razones fundamentales que esgrimió el Rey Felipe III, para decretar la expulsión de los moriscos, fueron estrictamente religiosas, por encima de otras consideraciones, que no se tuvieron en cuenta para nada. En el bando de expulsión, esto quedó muy claro, cuando entre otras cosas, se decía: « ... para que todos estos Reinos, queden tan puros y limpios de estas gentes como conviene», en palabras del Duque de Lerma. (Joan Reglá «Estudios sobre los Moriscos p. 34»). Y continua mas adelante : « la decisión que ahora seria definitiva, de expulsar a los moriscos de todos los Reinos de España, fue tomada el dia 9 de Abril de 1.609, el mismo día en que se firmó la tregua de los Doce Años con Holanda».

Para Cristóbal Sanz («Excelencias de la Villa de Elche p. 88»), el motivo de la expulsión fue «...por no querer obedecer el mandamiento de S.M. y no querer ser cristianos».

En lo que concierne al Reino de Valencia, el 4 de Agosto del mismo año, el Rey dispuso «...he resuelto que saquen todos los moriscos dese Reino».

En su virtud, el 22 de Septiembre, Luis Carrillo, de Toledo, Marqués de Caracena y Virey de Valencia, publicó el famoso Bando, para cumplimentar la disposición Real, Bando que, entre otras cosas, decía: «Todos los moriscos valencianos, así hombres como mujeres, con sus hijos, dentro de tres días de como fuera publicado este bando, en los lugares donde cada uno viva y tiene su casa, salgan del y vayan a embarcar a la parte donde el Comisario que fuere a tratar desto les ordenare». Y añadía mas adelante: «...podrán llevar consigo, todos los bienes, muebles, que pudieren». «En las embarcaciones que les conducirán a Berberia, se les proveerá del vestimento que necesario fuere, para su sustento durante la embarcación y ellos de por sí llevaran también el que pudieren».

En dicho bando, se especificaba también una cuestión muy importante, relacionado con los bienes y propiedades de los moriscos expulsados, que no pudieran llevarse consigo, en el momento de embarcar : «...por cuanto S.M. ha tenido por bien de hazer mérito destas haziendas rayces y muebles que no puedan llevarse consigo a los Señores cuyos vasallos fueren».

Este bando, lo reproduce íntegro Boronat, en «Los Moriscos, Tomo 2 y pp. 190 y siguientes», y hace mención de ello Joan Reglá en «Estudios sobre los Moriscos pp. 57 y siguientes».

Como desde unos meses antes de la publicación de este bando, ya se rumoreaba por el Reino de Valencia, que había dispuesto el Rey la expulsión de los moriscos, estos empezaron a vender todos sus bienes y cosas que no podrían llevarse, cuando tuvieran que salir de aquí, por lo cual se produjo una depreciación manifiesta de toda clase de bienes y objetos por los que ofrecían solamente un 10% de su valor real. Esta tendencia, se acentuó mucho más, a partir de la publicación del Bando, el día 22 de Septiembre. Ante esta situación, el Virey de Valencia publicó otro Bando el día I de Octubre, para tratar de corregir, al menos en parte, estos abusos de los cristianos, que trataban de aprovecharse de la desesperación en que se encontraban los moriscos en aquellos momentos, Bando encaminado a que «los dits moriscos puguen vendre tots i qualsevol bens que aquells tinguen, exeptat que no puguen vendre ni en altra manera dispondre de les coses i bens següens : ço es de bestiars axí grossos com menuts, cavalgadures, forments ni altres grans alguns, oli, cases, terres, encara que sien franques i en realets, sensals, debitoris, ni denters, drets ni accions, sot decret de nulitat», «... declarant en pero, que les dits moriscos puguen vendre a sos Señors qualsevol de dites coses en just i competent preu a qualsevol altre acreedor de aquells, lo cred it del qual, constará al document public». (Asenjo Barbiere, «Revista de Archivos tomo 4° pp.149 y150»).

De todos estos Bandos, hace también unas breves referencias Cristóbal Sanz, en «Excelencias de la Villa de Elche, pp.88 y siguientes».

No obstante, el Bando del día I de Octubre, surtió muy poco efecto por falta material de tiempo, para ponerlo en práctica, ya que la expulsión empezó inmediatamente, sin tiempo para nada.

Como dijimos al principio, se expulsaron de la España Peninsular, alrededor de medio millón de moriscos. De todos estos, la mitad procedían de los territorios de la antigua Corona de Aragón (Aragón, Cataluña, Baleares y Valencia) y la otra mitad de los territorios de la Corona de Castilla, es decir, del resto de España. Los territorios de la Corona de Castilla, tenían a la sazón una población

de unos cinco millones de habitantes, por lo que los doscientos cincuenta mil moriscos expulsados, solamente suponían el 5 % de la población, en su conjunto. En cambio, para los territorios de la Corona de Aragón, que tenían una población de 1.200.000 habitantes solamente, los 250.000 moriscos expulsados, suponían el 20 % del total de la población. De estos datos se desprende que, demográficamente, para la Corona de Castilla, la expulsión de los moriscos, apenas tuvo una mínima incidencia, pero no así para la Corona de Aragón, donde tuvo una gran repercusión. De ahí el que diga Reglá, («Estudios sobre los Moriscos, p. 38»)» La gran crisis provocada en la Corona de Aragón, por la expulsión de los moriscos contribuiría a afirmar el papel hegemónico de Castilla, en el concierto de la Monarquía Hispánica».

Lo mismo se puede decir dentro de la Corona de Aragón, ya que de los 250.000 moriscos expulsados de este territorio, salieron 10.000 de Cataluña, 70.000 de Aragón y 170.000 del Reino de Valencia. Lógicamente, la expulsión repercutió mucho más allí donde más cantidad salieron, y por el contrario, tuvo menos incidencia donde salieron menos, y así lo hace notar Reglá en la página 39 de la obra antes citada, cuando dice: «con la expulsión de los moriscos que afectó muy débilmente, Cataluña, recupera la hegemonía en la Corona de Aragón, que había perdido en favor del Reino de Valencia, desde finales del siglo XIV». Para añadir más adelante, con el fin de demostrar el quebranto demográfico que la expulsión de los moriscos, significó para el Reino de Valencia, «...hasta el primer tercio del siglo XVIII, el Reino de Valencia, no volvió a contar con el número de habitantes que tenía en 1.609».

En el Reino de Valencia, los efectos negativos de la expulsión de los moriscos, se dejaron sentir inmediatamente. Tanto fue eso así, que el día 11 de Mayo de 1.610, la Real Audiencia de Valencia, mandó una comunicación al Rey referente a unos 700 moriscos que quedaban en el País «y la necesidad precisa que hay dellos assí, para el riego y partición de las aguas y acequias de los lugares donde ellos vivían, y para declarar los términos y límites dellos y dar luz de cosas de que no tienen notizia, los cristianos viejos, como para hazer el azucar, arros y seda y para aparejar el lino, coger las olivas, travajar el esparto y para ayudar a los trabajadores en todas

las demás haziendas y ministerios de la labor de que necesita tanto el Reino, por falta que ay en el de trabajadores causada por la expulsión de los moriscos, que lo eran por extremo y de día y de noche estaban sobre sus tierras y heredades, sustentándose con solo pan de cevada, miel, pasas o higos y no perdonando a trabajo alguno, por continuo que fuera» (Reglá, «Estudios sobre los Moriscos p.66»).

Esta petición del Virey, nos demuestra el vacío tan grande que se produjo en el Reino de Valencia, por la expulsión de los moriscos y la falta de brazos que se originó por esta causa, para llevar a cabo los distintos trabajos, con el consiguiente empobrecimiento, en toda la región. Esta falta de gente para trabajar, llegó al extremo de quedar semiparalizada la agricultura, y por consiguiente, hubo necesidad de importar trigo y otros productos de primera necesidad, ya que la tierra apenas se cultivaba, y por consiguiente las cosechas eran mínimas. Esto ocasionó un perjuicio enorme, hasta que con el paso de los años, las cosas se fueron normalizando. «Con la expulsión de los moriscos, la conmoción fue muy grande y sufrieron todos, desde el Rey hasta el último Vasallo». (Boronat, « Los Moriscos, tomo 2 p. 335»).

También Pedro Ibarra, recalca estas circunstancias cuando dice:» ¡Oh, infeliz España! Cuanto perdiste con arrojar de tu suelo a los moriscos! («Historia de Elche p.174»). Y esto fue así por que la agricultura en esa época, era una ocupación casi exclusiva de los árabes; por eso se resintió tanto con la expulsión, como muy bien dice Americo Castro, en «España en su Historia. Cristianos, moros y judíos p.157». «Los moros trabajaban y producían y los cristianos señoreaban en su éxtasis y magnificencia personal». No se puede decir más en menos palabras.

Hemos querido hacer estas breves referencias a lo que significó la expulsión de los moriscos del conjunto de los territorios españoles, en general, y del Reino de Valencia, en particular, antes de hablar de la gran incidencia que tuvo este hecho en la agricultura ilicitana. Si para el conjunto del Reino de Valencia, los moriscos expulsados, significaba el 20% de la población, y este hecho produjo un gran trastorno y decadencia en el tejido productivo del País, para Elche sería mucho peor, ya que los expulsados eran un porcentaje mucho mayor, al del conjunto de la región.

Como dicen las crónicas de la época, los árabes, salieron de Elche, el sábado día 3 de Octubre de 1.609. Pero en realidad ¿Cuantos árabes fueron expulsados ese día de Elche? Para Boronat (« Los Moriscos, tomo 1 pp .428 y 442»), en el momento de su expulsión había en Elche, 950 casas ocupadas por cristianos viejos, y 400 en la Morería. Si ponemos la misma media de habitantes por casa en los dos núcleos de población, los expulsados serían alrededor del 42% del total de la población. Cristóbal Sanz, nacido en Elche, 39 años antes de la expulsión, y que por consiguiente fue testigo de excepción de estos hechos, dijo en 1.621, «los moriscos de Elche, eran muchos y los más poderosos del Reino, que pasaban de quinientas y cincuenta casas «(Excelencias de la Villa de Elche p. 89»).

Los moriscos se opusieron, denodadamente, a ser expulsados, pero ante el aparato militar que se desplazó a Elche para llevar a cabo la expulsión, tuvieron que ceder y dejarse conducir hasta Santa Pola, donde fueron embarcados hacia Oran, acompañados por D. José Cárdenas, Señor de Elche. Pedro Ibarra, describe las escenas de dolor y desesperación de los moriscos, al verse forzados ha abandonar todas sus casas y marchar camino del exilio definitivo; al tener que dejar sus casas y sus tierras, donde habían vivido y trabajado desde hacia 896 años, a lo largo de muchas generaciones.

Consumada la expulsión de los moriscos de Elche, todas sus propiedades y pertenencias, con arreglo a lo que disponía la orden de expulsión, dictada por Felipe III, pasaron a ser propiedad de la familia Cárdenas. Estos bienes, tanto rústicos como urbanos, consistían en las tierras del Magram y algunas propiedades que habían adquirido del Franch y las casas del Raval o Morería. A partir de 1.611, todas estas propiedades, las dio el Señor de Elche, a los más necesitados, por el sistema de enfiteusis. De esta forma fueron habitando las casas abandonadas y cultivando de nuevo las tierras incultas. Esto dio origen a una nueva clase de pequeños propietarios, de escasos medios económicos, muy diferenciados de los grandes terratenientes que prevalecían en la margen izquierda del Vinalopó, y que vivían en la Vila. Estas diferencias económicas entre los habitantes de la Vila y del Raval, ha llegado hasta nuestros días. En cuanto a la propiedad de las tierras del antiguo Magram, después de la expulsión de los moriscos, siempre estuvo más fraccionada que en la margen izquierda del Vinalopó.

Como es lógico, las condiciones por las cuales se daban estas tierras a los nuevos enfítéutas, las dictaban la familia Cárdenas, que desde el momento de la expulsión, disponían de las mismas. Estas condiciones, fueron bastante benévolas y no incluían partición de frutos, como solía ser usual en circunstancias análogas, «... Reduciéndose todo a un censo anual en metálico, relativamente bajo, puesto que los ocho dineros por libra de moneda, del valor de las tierras, aguas y heredades, que es el censo que ha de pagar de los dichos bienes para "Siempre Jamás", entre tanto que no se redimiere, como abajo se dirá, equivalía a un 3, 30% del valor». (Vicente Gonzálvez Pérez, «El Bajo Vinalopó, Geografía Agraria, p.142»). Y añadía más adelante, «al adquirir los bienes se exigía una cantidad que equivalía a una quinceava parte de todo el valor de la tierra, olivares y agua, cantidad que formaba parte del total que el enfiteuta tenía que pagar para el rescate del Dominio Directo». En dichos contratos de enfiteusis, a pesar de la expresión antes mencionada de «para siempre jamás», el enfiteuta, podía redimir cuando quisiera con tal de que se pagase la totalidad de la cantidad convenida. «Se hace merced a dichos vasallos y sus sucesores de que pueden redimir el dicho censo cada y cuando les pareciera, pagando la propiedad de él, y pagando toda queda libre de responsión y de su sujeción de fadiga, loysme y de ser bienes enfitéuticos».

El número exacto de enfiteutas que adquirieron bienes de los moriscos expulsados en 1.609, no consta de momento, en los Archivos Municipales de Elche, aunque según nos manifestó el Archivero Municipal Rafael Navarro Mallebrera, existen documentos que reseñan estos contratos enfitéuticos, así como la cantidad de los mismos, en poder de personas particulares de Elche. Indudablemente, estos documentos, de un gran valor histórico, deberían de estar en el Archivo Municipal, para que todas las personas interesadas en conocerlos, tuvieran facilidades de acceder a los mismos.

Después de escribir estas líneas, tuvimos acceso a estos documentos y pudimos comprobar su contenido, que relataremos en detalle en otro capítulo posterior de este libro.

A pesar de no figurar estos contratos en el Archivo Municipal, Vicente Gonzálvez Pérez, ya nos habla de ellos en «El Vajo Vinalopó, Geografía Agraria, p.144», cuando nos dice: « ... En 1.739, los

enfiteutas de la Vila y el Raval, eran 1.270, de un total de 2.900 vecinos, es decir, más del 43%, y en 1.784, este número se incrementó hasta 2.362 «. Y más adelante añade: «...el pago de pechos, se hacia con carácter semestral: mitad en San Juan y mitad en Navidad».

Cuando las tierras establecidas con cargas enfitéuticas, quedaban vacantes, por abandono de sus dueños, revertían de nuevo en el patrimonio del Señor de Elche, que los volvía a dar de nuevo a los labradores, para que las cultivasen, pagando por este cultivo una cantidad que estaba siempre en función de la calidad de la tierra. Este pago, en concepto de arrendamiento, se conocía con el nombre de «terratge».

Esta manera de adquirir propiedades mediante enfiteusis, tuvo una gran incidencia en el campo de Elche, y mucho más aun en Crevillente, donde los árabes expulsados, poseían casi la totalidad de las tierras cultivables. Aquello fue una manera fácil, para que las personas económicamente más débiles, pudieran tener acceso a la propiedad de la tierra, que iban pagando poco a poco, con el producto que sacaban de ella. De aquella forma aumentaba el número de propietarios y el fraccionamiento de la propiedad rústica fue mayor, al mismo tiempo que el cultivo de los campos iba adquiriendo mayor intensidad, después de la época del abandono, a raíz de la expulsión de los moriscos.

El número de enfiteutas, se multiplicaría a finales del siglo XVIII, cuando la colonización de los Carrizales. Este fraccionamiento de la propiedad rústica y estos enfiteutas, fueron la base, los antepasados de estos miles de pequeños propietarios de fincas rústicas, que cultivaron el campo de Elche, directamente y que fueron, en los últimos siglos, la columna vertebral, de la agricultura ilicitana, que tuvo unas características propias y muy bien definidas.

Capítulo VIII

Contratos de enfiteusis en las propiedades abandonadas por los árabes*

Después de la Reconquista de Elche, por Jaime I, a finales de 1.264, el origen de la propiedad se basa, fundamental mente en el *Repartiment*, hecho por el infante D. Manuel, dos años después. Como es bien sabido en este Repartiment, las propiedades de la margen izquierda del Vinalopó, se las dieron a los personajes más destacados que acompañaban a Jaime I en la Reconquista, y que se regaban con las aguas de la Acequia Mayor del Pantano y que se llamó posteriormente el Franch, porque estaba libre de pecho, además de ocupar la ciudad amurallada. En cuanto a los árabes, les obligó a construirse la Aljama, llamada después el Arrabal de la Morería, y se les asigno, en pequeños trozos, las tierras de la margen derecha que se regaban con las aguas de la Marchena, y que después se conoció con el nombre de Magram (cosa pechada),o Huerta de los Moros.

Pero, a partir de su expulsión, en 1.609, todas estas propiedades, tanto rústicas como urbanas, pasaron a ser, jurídicamente, del

* Los datos que figuran en este capítulo, están extraídos de los Documentos que el Ayuntamiento de Elche, le compró a la familia de Gómez Brufal, y que en la actualidad, se encuentran depositados en el Archivo Municipal de Elche.

Señor de Elche. Esto ocurrió así, cumpliendo los preceptos establecidos en las cláusulas del Decreto o Bando de expulsión de los moriscos, dictado por el entonces Rey de España Felipe III, ya que estas decían explícitamente, que pasarían a los Señoríos de cada lugar, todas las» haziendas raíces y muebles que no puedan llevarse consigo los moros». Esto, en palabras de E. Ciscar Pallarés, « supuso unas modificaciones sensibles en el régimen jurídico y estructural de la propiedad de la tierra».

Como era norma y costumbre, por aquellos tiempos, las propiedades abandonadas por los moriscos, después de su expulsión, el Señor de Elche, las cedió a los nuevos pobladores por el sistema de enfiteusis, dando origen, de esa manera, a una nueva clase de propietarios, que accedían al Dominio Útil, de unas propiedades, tanto rústicas como urbanas, que se quedaban gravadas, con la servidumbre que establecía el Dominio Directo, sobre ellas, que quedaban en posesión del Duque de Maqueda y sus sucesores, y por el cual, cobraba determinadas cantidades en metálico, anualmente, que se estipulaban en los contratos correspondientes

Asi es que, primero por el Repartiment y después por estos contratos de enfiteusis, se configuró la estructura de la propiedad rústica del campo de Elche, a partir de la Edad Media, así como, las normas jurídicas de su posesión y disfrute, estructuras y normas que se completaron en lo que se refiere a los Carrizales, a mitad del siglo XVIII, cuando el Duque de Arcos, colonizó los almarjales de Elche, llamados Valsallarguera.

Estos terrenos colonizados, a imagen y semejanza de las Pías Fundaciones del Cardenal Belluga, en la Vega Baja del Segura, se cedieron igualmente en contratos de enfiteusis, aunque las condiciones eran diferentes a las establecidas en las cláusulas de los contratos de primeros del siglo XVII, para las propiedades abandonadas por los árabes, de las que nos vamos a ocupar a continuación, en este mismo capítulo.

La mayor diferencia que existe entre unos contratos y otros, es que en los del siglo XVII, los enfiteutas, pagaban al Dominio Directo, determinadas cantidades de dinero en metálico, por la posesión a perpetuidad del Dominio Útil de las propiedades adquiridas por este procedimiento. En cambio, en los de la colonización de los

Carrizales, los enfiteutas pagaban en especie (sólo pagaban en metálico, un real de vellón, por tahulla y año, para contribuir a la conservación y mantenimiento de los cauces de riego y de avenamiento principales, cuyos trabajos tenía que realizar el Dominio Directo), mediante un determinado porcentaje de los productos cosechados en las tierras colonizadas. Pero la colonización de los Carrizales, merece un capítulo aparte de este libro, donde se detallen todas las condiciones en que se llevó a cabo a partir de 1.748.

La expulsión de los moriscos, en 1.609, supuso un duro golpe para la agricultura del Reino de Valencia, en general, y en particular, para la ilicitana, como ya dijimos en otro capítulo anterior de este libro, así como las razones que concurrieron para que se produjera esta decadencia, no solamente en el Magram, que ellos poseían en propiedad, hasta entonces, si no también en el Franch, donde los cristianos, poseedores de grandes fincas, se valían también de los moros, para el cultivo de sus tierras.

Dos años después de la expulsión de los moriscos, el Duque de Maqueda, hizo un contrato-marco, mediante el cual, cedía en enfiteusis todas las propiedades abandonadas por los árabes, de las cuales disponían a su libre albedrío. Estos contratos, solo se diferenciaban unos de otros, en el nombre del enfiteuta y en el número de tahullas de tierra o de casas que adquiría cada uno de ellos, por este procedimiento.

Aunque en principio, lo que se pretendía con estas cesiones era que viniesen pobladores de otras partes, para llenar el vacío dejado por los moriscos, cuando fueron expulsados, lo cierto fue, que todos los contratos que se hicieron en 1.611, los suscribieron vecinos de Elche, como se señala en los mismos: generalmente gente de la clase media y baja.

Como dijimos antes, estos contratos eran todos iguales, y estaban encabezados por el nombre del Señor de Elche, con todos sus títulos de nobleza: «Jorge de Cárdenas Manrique, Duque de Maqueda, Marqués de Elche, Conde de Valencia y de Treviño...». A continuación se justificaba el por que se cedían estas propiedades, diciendo: «...por haberse quedado despobladas mis Villas de Azpe, Crevillente y la Universidad de San Juan».

Lo que se cedía en estos contratos era «...el Útil Dominio de las haziendas; tierras, casas de la Arrabal, agua etc».

Previamente, se fijaba el valor en metálico, de las fincas cedidas en estas condiciones, y sobre el valor establecido, el enfiteuta se obligaba a pagar, « para siempre jamás «, una cantidad anual que consistía en « Feis dineros por libra, en el valor asignado a las propiedades rústicas, y cuatro dineros por libra, en el valor de las casas «. Estos pagos se hacían en dos plazos, la mitad en San Juan y la otra mitad en Navidad».

La valoración de estas propiedades, se hacía por libras, sueldos y dineros, que eran las monedas corrientes en aquellos tiempos.

En el primer contrato, hecho a principios de 1.611, a nombre de Pedro Esteban Martines, correspondía a una casa en el Arrabal, valorada en 132 libras, una parcela de tierra, plantada de olivar, valorada a doce libras la tahulla, una parcela de tierra de «medianos», valorada a cinco libras la tahulla y medio hilo de agua de Marchena, valorado en ochenta y cinco libras. De estas valoraciones, se desprende un dato muy importante a tener en cuenta, como es el enorme valor que tenía entonces el agua de la Marchena, ya que por medio hilo de agua tenía un valor superior a siete tahullas de tierra plantadas de olivar.

En los contratos siguientes, estas valoraciones cambiaban en mas o menos, lo que nos da a entender, que se valoraba en función de la calidad de la tierra, a la clase de cultivo que tuviera, en lo que a las fincas rústicas se refiere, y en cuanto a las fincas urbanas, con arreglo a su estado de conservación, a su tamaño y a la ubicación de las mismas.

En los contratos del primer año, siempre se trataba de lotes de una o de dos casas, junto con una o varias parcelas de tierra, con diferentes valoraciones, se sumaba el valor total del lote, y sobre esta cantidad, se fijaba el importe que el enfiteuta tenía que pagar al Dominio Directo, anualmente, quedando fijada en el contrato correspondiente.

En estos documentos, no se especificaba la ubicación de las fincas, tanto rústicas como urbanas, objeto de cesión, aunque si que se señalaba el nombre de los linderos.

Los contratos especificaban también que las propiedades se cedían «con todas sus entradas, falidas, ufos y costumbres, derechos y fervidumbres quantos han».

Entre las muchas obligaciones que adquirían los enfiteutas, al firmar estos contratos, figuraban las de «que hayan de tener las cafas bien labradas y preparadas y las heredades cultivadas, y bien labradas a ufo y costumbre de buen labrador, de manera que siempre vayan en aumento y no vengan en disminución y fi no lo hicieren fiendo requeridos, por parte de su Excelencia, puede mandarles reparar y cobrar de fus bienes por via executiva, los gastos que en efto fe hicieren».

Si a pesar de estas advertencias, el enfiteuta, no cumplía con las obligaciones adquiridas, con arreglo a las cláusulas del contrato suscrito, las sanciones podían ser mayores, ya que el dueño del Dominio Directo, tenia potestad para «...tomarles de nuevo las mismas cafas y haziendas en que huviere el tal daño por comiffo».

En otra de las cláusulas, se decía también «...que fi el dicho poblador eftuviera quatro años sin pagar el dicho fenso, aunque no fuera requerido, por el mifmo hecho la tal hazienda que affi le da por efta escritura, caiga en comiffo y fu Excelencia y fus fuceffores, puedan tomar y ocupar por derecho de comiffo, los mejoramientos que tuviere».

Con estas condiciones tan rígidas, los enfiteutas, tenían que cumplir, forzosamente, con las obligaciones adquiridas, pues de lo contrario, se exponían a verse despose idos de las propiedades adquiridas, por el procedimiento de enfiteusis, sin posibles compensaciones.

En otras cláusulas se establecía que «las dichas caffas, heredamientos y agua no puedan fer vendidas, ni enajenadas a Iglesia, Hospital ni Monasterio, Concejo, Colegio, Universidad, ni Cavallero, ni a otra persona defendida por Derecho «. Y también que los dichos bienes, « no se puedan empeñar, ni hipotecar, aunque se diga que tal hipoteca es fobre los mejoramientos, fi no procediera licencia del Señor del Directo, y todo lo que fin ello fe hiziere, fea nulo y de ningún valor».

En los casos en que los enfiteutas trasmitian estas propiedades, por cualquier causa, se especificaba que habiéndose de dividir y partir dichos bienes entre herederos, o fueran dados o donados

por cualquier caufa, fea obligado el poffeedor, a manifestarlo de treynta dias, para que fe hayan de reconocer mutuamente, fo pena de comiffo».

Las circunstancias adversas, no eximían a los enfiteutas del pago de las cantidades estipuladas en los contratos, ni eran tampoco motivo para pedir una rebaja en las cantidades que se estipulaban en los mismos: «que de dicho Cenfo, que affi fe ha de pagar, en cada año no fe pueda pedir baxa ni desquento por efterilidad ni por falta de agua».

Otra de las condiciones impuestas en los casos de transmisiones de estas propiedades, era que las tierras y el agua que le correspondia, siempre iban unidos y eran inseparables: «que no fe puedan vender, enajenar por ningún cafo, la heredad fin el agua, ni el agua fin la heredad, fi no que lo uno y lo otro anden juntos».

El ser inseparables la tierra y el agua, ha sido una norma legal, que estuvo en vigor hasta épocas recientes, lo mismo que distribuir estas aguas, mediante tandas y no por venta directa.

Había una cláusula referida expresamente a los casos en que los enfiteutas se convirtieran en delincuentes: «que fi (lo que Dios no lo quiera), el dicho poblador cometiera crimen u otro delito por donde hubiese perdimiento de bienes, el Señor del Dominio Directo, le preua del Dominio Util de los dichos bienes, declarando.en haber caido en comiffo». Y también «que qualquier pleito que por efta razón, y lo anexo y dependiente fe moviere, hayan de juzgarlo los Oficiales y Juezes de su Excellencia, fin que pueda apelar, ni tener recurso ni fimple querella, ni otro remedio ante otros Juezes».

Como se observará, el Dominio Directo, dictaba sus propias normas, con plena potestad, sin estar sometido lo mas minimo, a otras jurisdicciones. Esto fue así, hasta que a partir de la Constitución de Cádiz, y la desamortización de los bienes y fueros de la Nobleza, desaparecieron todos estos privilegios que tanta relevancia tuvieron durante la Edad Media.

Con el paso de los años, surgieron muchas cuestiones y conflictos entre los nuevos propietarios, respecto a los lindes y obligaciones, ante el Dominio Directo, medidas exactas de las fincas, que se iban fraccionando por ventas o por herencias, etc. Para corregir

todos estos defectos, y saber, en realidad, lo que tenía cada uno de los nuevos propietarios, y por consiguiente, lo que tenía que pagar, en el siglo XVIII, de cuando en cuando, se realizaban lo que se llamaban» cabreves», que eran, en realidad, lo que hoy entendemos por revisiones catastrales. En estos «cabreves», se hacían los deslindes y comprobaciones pertinentes, sobre el terreno, y también quienes eran los verdaderos dueños de cada finca, y lo que tenían que pagar cada uno de ellos al Dominio Directo, en concepto de los impuestos llamados a la sazón censo, luismo y fadiga.

En el Siglo XVIII, cuando se llevaban a cabo estos «cabreves», en el antiguo Magram, ya especificaban mas datos, y además, de los nombres de los linderos de las distintas propiedades rústicas «cabrevadas», se reseñaban también la ubicación de las mismas: partida de Matola, partida del Pusol, partida de Algorós, etc. Nos llamó mucho la atención de que no apareciese en ningún caso la partida de Algoda, a pesar de formar parte de lo que fue la Huerta de los Moros. Esto nos da a entender que esta nomenclatura, es posterior a la primera mitad del siglo XVIII. En cambio, aparecen, repetidamente, como partidas los nombres de Camino de Catral, Camino de Orihuela, Camino del Box, Algibe, Alcabala, Garrofera, Casa Blanca, Boniol, etc.

A pesar de las condiciones en que se cedían estas propiedades, por el sistema de enfiteusis, decían que eran «para siempre jamás», a primeros del siglo XIX, se redimió esta servidumbre mediante el pago de determinadas cantidades, lo mismo que ocurrió con los enfiteutas de los Carrizales.

MUSEO ESCOLAR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

Capítulo IX
El campo de Elche que vio Viciana

El día 15 de Marzo de 1.562, llegó a Elche Rafael Martí Viciana, Historiador y Cronista de la ínclita y Coronada Ciudad de Valencia y de su Reino.

Viciana, venía a Elche a recabar datos de primera mano para escribir su Crónica, tal como había hecho en otros pueblos del Reino. La Crónica de Viciana, dividida en varias partes, constituye un documento muy valioso para conocer lo que era el Reino de Valencia en el siglo XVI. En esta labor, se adelantó a Cavanilles, en mas de dos siglos, aunque Cavanilles después fue mas exhaustivo y minucioso en su trabajo de historiador y cronista del conjunto del Reino de Valencia.

Era evidente que Viciana, vino a Elche, muy bien recomendado, ya que se le trató aquí con mucha consideración y se le dieron muchas facilidades, para que pudiera llevar a cabo su trabajo. Incluso, se le asignó una determinada cantidad en metálico, para que pudiera cubrir sus gastos, durante los días que permaneció en Elche.

En la reunión que celebró el Concejo ese mismo día 15 de Marzo, de 1.562, se trató de esta cuestión, y se tomaron algunos acuerdos sobre este particular: *«lo maginifich martí viciana, croniste es vengut en esta vila ableires del noble D. luis ferrer y deis magnifich*

jurats de la ciudat de Valencia ad les quals fan saber que lo dit viciana venia per les viles y loch del present regne per a saber les coses notables que en aquelis y ha per a posarles en cróniques en honra del present regne per haverne memoria en lo devinidor y pregant li feren al dit viciana tota la bona obra que pugueren en y com les dits jurats y le hem donat al dit viciana LXXVIII (setenta y ocho), reals castellans per ajuda a la despensa y gastos y comprera la despensa que ha fet de menjar per tot lo del consell que per be lo dit gasto y dels reals que li han donat, que per tant son dits setanta huit reals, e axi o tingué per be y dictat lo dit Señor Gobernador. E com los presents lo dit Gaspar Malla, sindich dix que no y consentia».

Referente a la agricultura, Viciana, entre otras cosas, dijo que había 22 oficinas donde se hacia jabón de tabla, con una venta anual por un valor de más de ochenta mil ducados; en una sola calle habia veinticinco almazaras, juntas a la acequia de riego. También observó que los olivos del campo de Elche, eran de poca altura, aunque daban abundante cosechas, la mayoría de los años, cosechas que se cifraban en setenta y cinco mil arrobas. Dijo también que la cebada, era el principal grano que se cosechaba y que habían catorce molinos harineros en la ciudad. En cuanto a los dátiles, dijo que su valor anual era superior a los tres mil ducados.

Estos fueron los datos más significativos que dejó escritos Viciana en su Crónica, referidos al campo de Elche, y a su agricultura, datos que son muy breves, pero al menos, nos dan una idea de lo que era la agricultura ilicitana en el siglo XVI.

Marti de Viciana lo describe así en las páginas dedicadas a Elche, en su Crónica publicada en Valencia, en 1564. «En Elig tienen veynte y dos officinas donde hazen xabón de tabla de que venden en cada un año por más de ochenta mil ducados. Otrosí tienen muchos molinos para el azeyte, tanto que en una sola calle ay veynte y ocho molinos. Los árboles de los olivos son pequeños y entresequidos, empero en dar fructo muy ciertos en los más años y en grande cantidad; tanto, que por los ramitos verdes más fruto que hojas demuestran, y no les han de quitar los secos de los ramos, porque los árboles rescibirían d'ello grande perjuhicio.

En Elig ay catorze piedras de molinos harineros y pagan de maquila doze dineros por un cahiz. Alderredor de la villa por los huertos y campos ay más palmas que en toda España, que allende de dar con su postura gracia y hermosura a la tierra, dan de los dátiles más de tres mil ducados en cada un año, porque son muchos y muy buenos. Pues de palmas curadas blancas provehen toda la tierra, especialmente vi una carta de conciertos hecho entre la yglesia de Toledo y un cavallero de Elig: en que la yglesia le da setenta ducados de salario ordinario porque les embie cada un año dos carros cargados de palmas para la dominica de Ramos- y esto ha que dura más de treynta y cinco años.

En el término de Elig se hallan trezientos y treynta y seys algibes para recoger agua porque es tierra de muy pocas aguas y aquellas salobres, excepto una fuente de agua dulce que la nombran la fuente de Benthari, que los Agarenos llaman la fuente sancta, porque lavándosse en ella sana enfermedades de dolores.

En el término ay un grande hedificio arruhinado que le llaman el Castellar de Morera. Y otro pueblo arruhinado que que llaman Alcudia. Y según los consmógrafos escriven, Elig es la antigua Elicis. Más abaxo se halla otra población arruhinada llamada el Patrón.

Por los campos de Elig cogen setenta y cinco mil arrovas de azeyte, cevada, sosa gruessa y prima, barrella, salicorn que es especie de barrella para hazer vidrio-. de todo mucho y muy bueno. Otrosí ay mucho salitre».

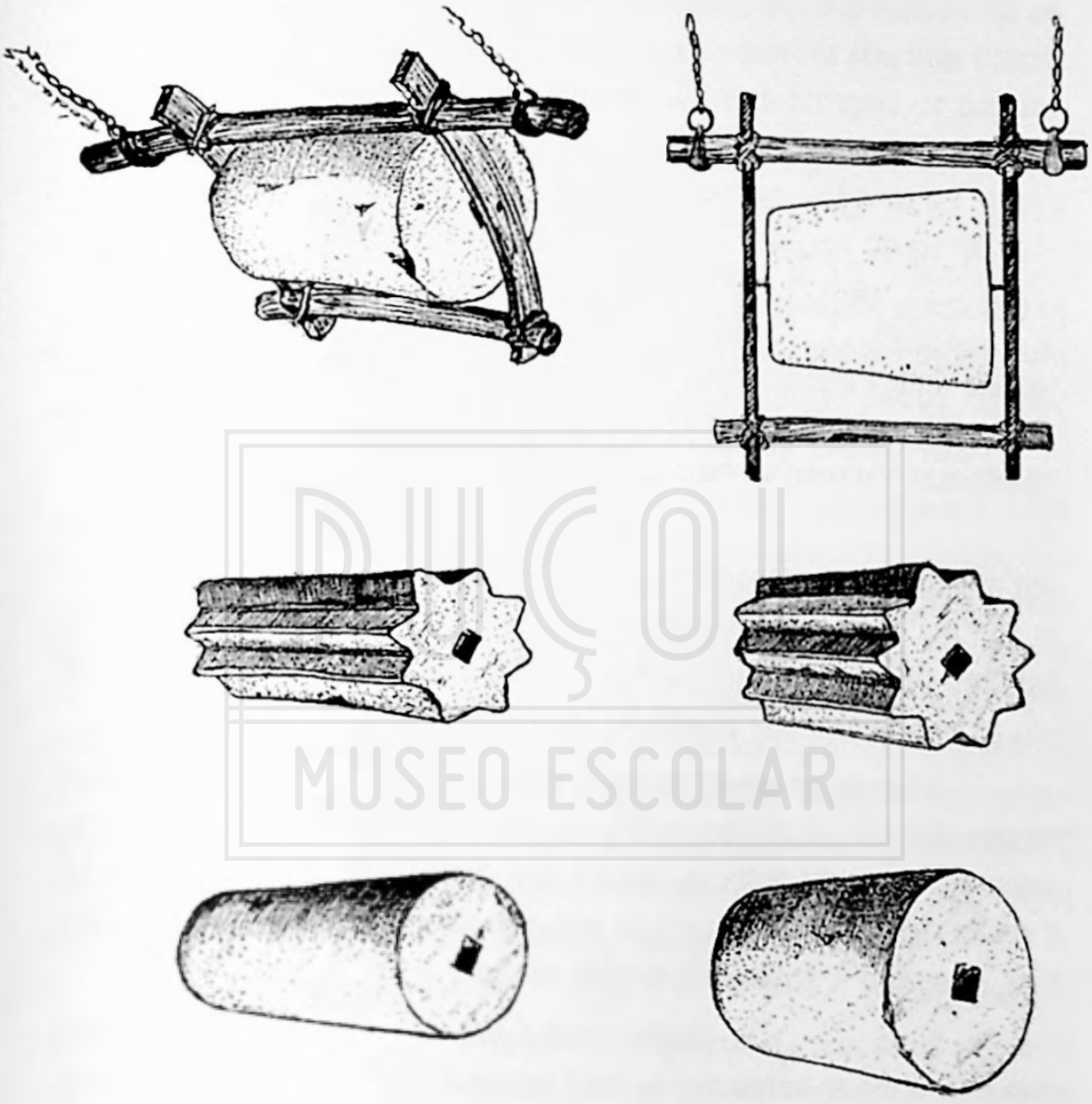
MUSEO ESCOLAR

Capítulo X
Los capítulos del Almustaçat

Para regular todas las actividades de Elche, el Almustaçat, publicó el día 25 de Octubre de 1.589, unos capítulos divididos en 175 epígrafes, donde se ordenaba, como tenían que comportarse los ilicitanos de todas las profesiones. En estos capítulos se detallaba que tenían que hacer los carpinteros, los sastres, lo herreros, los panaderos, etc. Estos capítulos, eran como unas normas de conducta a seguir por todos, para que la convivencia se desarrollase dentro de la más estricta justicia y corrección. Y no eran sólo recomendaciones, sino una serie de disposiciones legales de obligado cumplimiento, con los consiguientes castigos a los contraventores de las mismas.

De estos 175 epígrafes, hemos entresacado solamente unos cuantos que están más relacionados con el campo, la agricultura y la ganadería, referidos a «hortolans, almaseres y moliners».

Als «hortolans les estaba prohibido vender fruta verde, y los dátiles no debian venderse mezclados los negros con los amarillos. Los negros se venderían a seis dineros y los amarillos a cuatro, y todos los demás a dos. También se prohibía adobar dátiles para vender. En cuanto a la alfalfa, debía venderse, desde Octubre, hasta Marzo, a razón de tres libras y un dinero y desde Abril hasta Sep-



tiembre, se vendería a cuatro libras. Y en todos los casos, debería venderse atada.

En cuanto a las hortalizas, se tenían que vender bien lavadas y limpias, y nunca deberían mezclarse las frescas con las pasadas. Tampoco estaba permitido adelantar la maduración de los frutos.

A los molineros se les recomendaba que molerían los granos por tanda, y dentro de los cuatro primeros días. También se les decía que tenían que cobrar sólo un dinero por barchilla, de cualquier género de semilla, bajo severísima pena en metálico. No podían tener en el molino, animales sueltos de cualquier especie. Tenían que cobrar seis dineros, por moler una barchilla de sal, y tenían la obligación de pesar las repuntas, dando en harina lo que pesaba en grano. Debían tener depositado en el Almudín un cuarterón de harina. Todos los sacos de grano se pesaban en el Almudín, antes y después de ir al molino. También se prohibía a los molineros rociar el molino y mucho menos mojar el grano. Y también, bajo cualquier pretexto sacudir los sacos o limpiarlos. Tampoco debían comprar, vender o cambiar cualquier cereal. También debían tener recalcados y paletas para llenar los sacos.

En cuanto a los cultivadores de olivos y las almazaras, se hacían las siguientes recomendaciones: «no debían recoger las aceitunas en zarandas y barriéndolas».

Respecto «als almaserers y fiels del oli», se recomendaba lo siguiente: no debían tener en las almazaras, tinajas con aceite, para vender. Tampoco podían tenerlas en sus casas particulares. En cuanto a lo que tenían que cobrar por la molturación de las aceitunas, se establecía que cobrarían tres sueldos por cada molinada de nueve barchillas. También se decía que «el tinto de aceite, no podía ser desflorado ni removido, y que para que se hiciera entrega del aceite, deberían transcurrir dos horas en reposo. Al fiel y portadores del aceite, les estaba prohibido exigir aumento de sueldo por el trabajo y transportar aceite por la noche».

Otra curiosidad de estas recomendaciones, era que se multaba a los que vendían mezcladas las bellotas de encina, con las carrasqueñas, y también se multaba a los que vendieran mezcladas las almendras dulces con las amargas.

Por aquellos tiempos, la barrilla, tenía un gran valor comercial, porque sus cenizas, se empleaban, para la fabricación de jabón, antes de aparecer la sosa cáustica. De ahí, el que se recomendase a los «cremadors de soses y barelles», la prohibición de vender sosa por barrilla, y también el vender sosa fina por la gruesa. También se prohibía al quemador echar piedras o hierbas de las prohibidas, así como, aumentar el precio corriente de cinco sueldos cada hoyada.

Para terminar diremos, que el primer epígrafe, de estos capítulos, recomienda «que porten a refinar los pesos y medidas». El segundo «que gosen vendre sens refinar los pesos», y el tercero «que manifiesten aún de vender y que venen sense pesos del almustacaf».

Este era un código de sabias disposiciones legales, para mejor ordenamiento de la vida de los ilicitanos de aquellos tiempos, y que no tiene nada que envidiar a las normas y ordenanzas actuales por los que se rige la vida moderna.

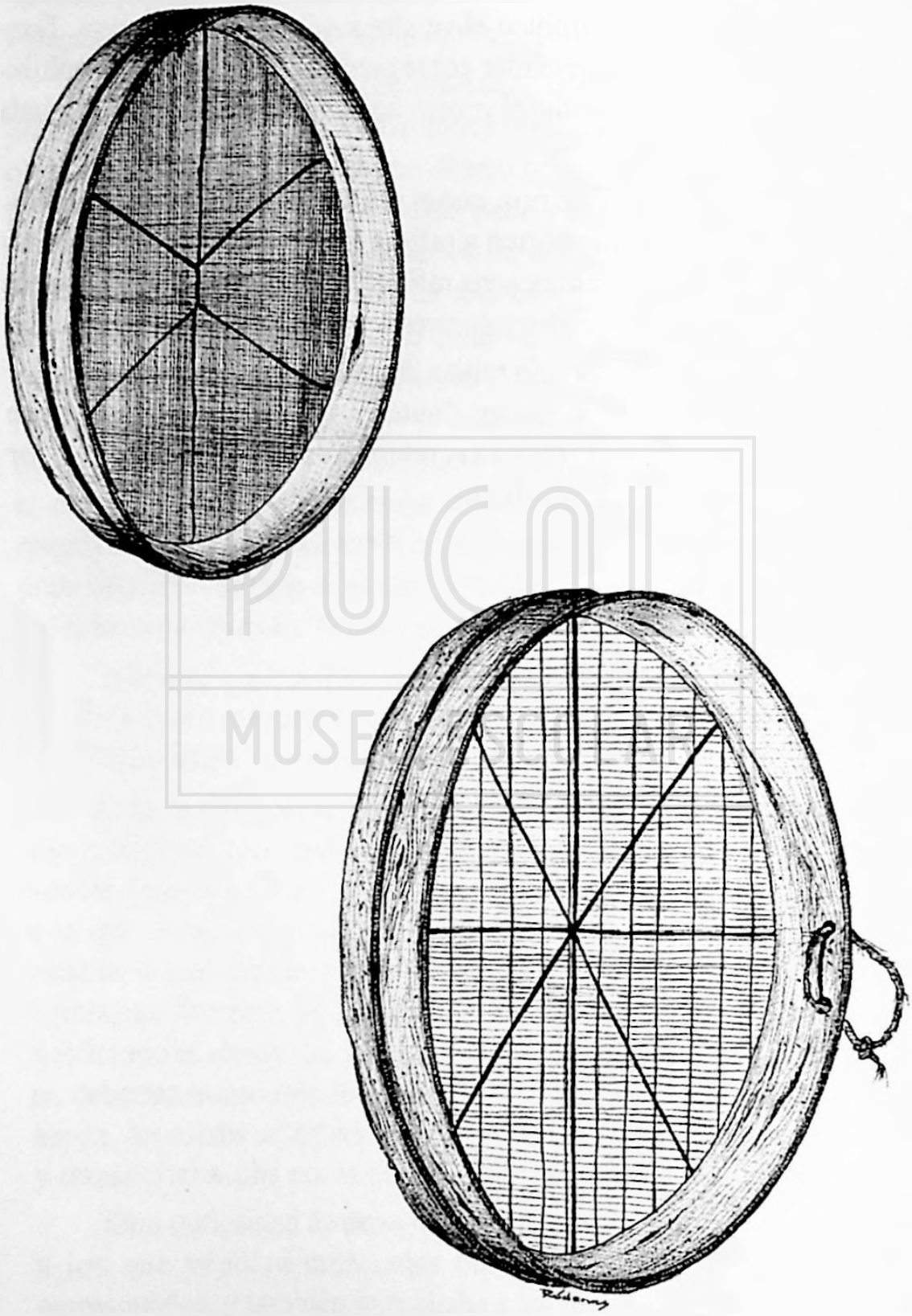
PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

Capítulo XI
La colonización de los Carrizales

Según Pedro M. Ruiz Torres, en su trabajo «Los Carrizales de Elx», «esta zona del sur del término municipal de Elche, en un principio, también se llamaba Balsa Llarguera, después de la Reconquista, fueron tierras comunales, pertenecientes al Señorío Real, tierras que estaban formadas por un erial freático y pantanoso lleno de malezas donde proliferaban las aves acuáticas, y los peces. Al ser comunales las tierras dels Carrizals, del aprovechamiento de sus productos de caza, de pesca, y de pastos, se beneficiaban todos, particularmente, los más pobres que encontraban en esta zona húmeda y desértica, el sustento para ellos y sus animales domésticos».

Favorecidos por las circunstancias políticas, después de la Guerra de Sucesión, el Duque de Arcos, que obstentaba también el Señorío de Elche, consiguió del Rey, la jurisdicción del Carrizals y la Albufera, que pertenecían al Patrimonio Real, jurisdicción que equivalía a un título de propiedad sobre los mismos. En virtud de esta jurisdicción, en 1.730, amojonó el perímetro de todo el territorio sobre el que había adquirido jurisdicción unos años antes».

En aquellos tiempos, la mayor riqueza producida en toda la zona sur del término municipal de Elche, consistía en la pesca de la Albufera, donde se criaba y producía gran cantidad de peces, par-



ticularmente, mujol y anguilas. Tanto era esto así, que un año después del amojonamiento, el Duque de Arcos, se vio precisado a construir una azarbe, para conducir agua dulce de los Carrizales a la Albufera, para que no disminuyera, la gran riqueza piscícula, que atesoraba esta laguna».

Posesionado jurisdiccionalmente, de estos territorios, y a imitación de lo conseguido por el Cardenal Belluga, unos años antes, para colonizar lo que se llamaron después las Pías Fundaciones, en los Almarjales de Oriola, lindantes con els Carrizals, el Duque de Arcos consiguió del Rey Fernando VI, que mediante real Cédula de fecha 4 de Abril de 1.748, estableciera las bases por las que se tenía que regir la colonización dels Carrizals d' Elx».

Dos años antes, es decir el 20 de Febrero de 1.746, el Rey concedió por Decreto, privilegio de exención y libertad de todo género de tributos, arbitrios, quarteles, donativos o cualquiera otra contribución que haya o pueda imponerse, por tiempo de veinte años a las personas que tomen en establecimiento aquellas tierras y pueblen de nuevo el Lugar de San Francisco de Asís, que se ha de formar, contiguo a ellas, en la sierra que llaman del Molar». Hasta aqui, el texto del Señor Ruiz Torres.

Como esta colonización presentó más dificultades de las previstas en un principio, esta prórroga de exención de impuestos, que se fijó en veinte años, se amplió por dos veces, la primera, por un plazo de 20 años, y la segunda por 10. Así es que fueron 50 años, los que estuvieron los enfiteutas libres de tributos y contribuciones.

También por Real Decreto del 29 de Septiembre de 1.746, el Rey reconoce «... lo conveniente que era a mi Real Erario, a vuestro Patrimonio, y a la utilidad de los vecinos de vuestra Villa de Elche, el desagüe de Balsa Llarguera, Carrizals, en aquel término, proporcionando a cultivo y producción de frutos, las tierras que incluye, fui servido de mandar, despachar Cédula de Diligencia para verificarlo, con el fin de resolver en la dificultad que solicitabais, para la imposición a censo de ocho a diez mil pesos de quince reales y dos maraverts de Vellón, sobre el Ducado de Maqueda (al qual corresponde la mendiconada Villa), con que costear, los edificios mayores, puentes, y demás conducentes a poner en uso las referidas tie-

rras, como con efecto, hechas las averiguaciones necesarias, obtenísteis mi Real Gracia, de esta concesión».

En esta transcripción parcial de la Real Cédula, están reflejadas las justificaciones y motivos que aduce el Rey, para concederle al Duque de Arcos, el privilegio de la Colonización de Balsa Llarguera o Carrizals.

La Real Cédula consta de 36 condiciones, en las que se detalla claramente, la forma en que el Duque de Arcos, cedía estas tierras en enfiteusis, a los futuros colonos, que han de tomar posesión de las mismas, señalando en el mismo preámbulo, «... sin variación sustancial a las de las Fundaciones Pías, del Cardenal Belluga, confinantes sus tierras con las de vuestro Carrizal o Balsa Llarguera».

En la condición primera se dice : «... os reserváis, y para vuestros sucesores, el Dominio Directo de todas las tierras de Balsa Llarguera, al presente almarjales, propias del Moyorazgo, agua que se le agregará, casas del nuevo Lugar de San Francisco de Asís, llegada su construcción y de todo el terreno que os corresponde como Señor Solariego o adquirieseis, por vía de compra, según y como está establecido, y de uso, y costumbre de Elche...». Más adelante en la misma condición, se dice: «...renunciando por vos y vuestros sucesores, todo lo que sea contrario a esto, pues sólo cederéis en los establecimientos que se otorgan, el Dominio Útil, aumentos de tierras, agua y casas a favor de las personas que se harán para sí, sus herederos o quien con causa o título debe gozarlo».

Al declarar el Rey, al Duque de Arcos, Señor Solariego, de este territorio, reforzaba sus derechos de propiedad, sobre las mismas, derechos que ya le había otorgado al concederle derechos de jurisdicción unos años antes.

En la condición segunda se dice: «... que os obligáis, con vuestro patrimonio, vos D. Francisco Ponce de León, a hacer a vuestras expensas, los azarbes principales, para las aguas vivas y muertas, con los puentes necesarios de piedra y ladrillo y cal, según como os pareciese...». Abundando en esta cuestión, añadía: «...que así mismo haréis y mantendréis, perpetuamente, con el referido vuestro patrimonio en las dichas azarbes principales, los partidores que se entiendan necesarios, al uso común de las aguas para el riego de

estas tierras, bien sea de piedra o ladrillo y cal, como os convenga, y que sólo la primera vez costearéis los pobladores, para dar y quitar las aguas en dichos partidores, quedando obligados a conservarlas de su cuenta el labrador o labradores de las tierras que comprendan el riego por aquellas partes».

Entre las obligaciones del dueño del Dominio Directo, figuraba también «... que ha expensas de vuestro patrimonio, se mondarán los referidos edificios mayores, una vez cada año, y lo repetirá alguna más si la necesidad lo pide» «quedando de la obligación de los labradores enfitéutas, construir, mantener, mondar y remondar los demás edificios menores, como son acequias, regaderas, landrones, brazales, hijuelas, escorredores, y azarbetas, que haya y debe haber en las tierras que se establezcan y sean particulares y comunes...».

Estas tierras colonizadas, se regarían «...con las aguas que se recogan por dichos azarbes principales, sobras de las Fundaciones Pias del Cardenal Belluga, contiguas a los referidos Al marjales, y si alguna mas pudiesen adquirirse del río Segura, a que tiene derecho el Marquesado de Elche, en la Presa de Rojales». (A pesar de este derecho reconocido que tenía el Marquesado de Elche, de aguas del río Segura, a través de la Presa de Rojales, los Carrizales, nunca se regaron con aguas del Segura, extraídas directamente del río, ya que las únicas aguas que se utilizaron para estos regadíos, fueron los sobrantes de las Pías Fundaciones del Cardenal Belluga).

En cuanto a la distribución de estas aguas, se decía: «...se repartirán con la posible equidad entre los poseedores de dichas tierras».

En la condición séptima, que hablaba de las condiciones en que se daban estas tierras a los enfitéutas, se decia: «... que por cada cien tahullas de tierra que se establezcan, ofrece y se obliga vuestro Patrimonio a dar tres tahullas señaladas en el sitio que elija la persona que establezca, para que en ellas pueda formar barraca y criar aquellas legumbres o alfalfa que necesite, al consumo de su casa y caballerías o para los fines que le parezca, siempre que los frutos de esas tres tahullas no sea sujeta a ninguna contribución al Patrimonio; pero si a las mondas de los edificios mayores...».

A los enfitéutas, se les permitía que pudieran hacer en sus tierras, «una o más aceñas o norias, para su beneficio, baxo la indis-

pensable condición de que no solo ha de usar a este efecto, las aguas de pozo o muertas, y por ningún caso, las vivas corrientes...».

La colonización de los Carrizales, llevaba aparejada la construcción de un caserío, en la Sierra del Molar, para mejor asentamiento posible de los enfitéutas. Las tierras para el emplazamiento del mencionado caserío, tenía que proporcionarlas el Duque de Arcos, como se dice «... será vuestra obligación, la compra de terreno, si os faltara propia de vuestro Mayorazgo, en que se dará el capaz a la fábrica de casa del labrador».

El interés en la pronta construcción del caserío en la Sierra del Molar, queda reflejado en la condición décima, cuando dice: «... que dado y hecho el establecimiento de sitio, para la referida casa, con el moderado «pecho», o censo anual, ha de ser obligación del labrador, edificar enteramente, en el plazo de tres años, lo más largo, con la precisa circunstancia de que en la misma casa ha de hacer pozo o aljibe de cal y canto, para recoger las aguas pluviales de los terrados o convertientes, si las pudiera proporcionar siendo parte expresa que si en tres años, no tuviera, concluida la casa, puede vuestro Patrimonio, establecer a otro, sin consideración a lo que tenga trabajado, pues debe entenderse de ningún valor, y que se considerase ha de quedar a favor de vuestro Patrimonio...».

A pesar de estas apremiantes consideraciones, las obligadas construcciones de viviendas en el nuevo caserío, por parte de los enfiteutas, se demoraron en su mayor parte, mas de lo previsto y estipulado en las normas que las regulaba, pues no debemos olvidar que la mayoría de los colonos, tenían vivienda propia en otras pedanías o en la población; de ahí, el poco interés que sentían de construir otra vivienda en San Francisco de Asís. Otro dato que nos ilustra respecto al desinterés en construir viviendas en el nuevo Lugar, nos lo da el hecho de que la Iglesia, del nuevo caserío, dedicado al Santo de su Nombre, no empezó a construirse hasta el año 1.791.

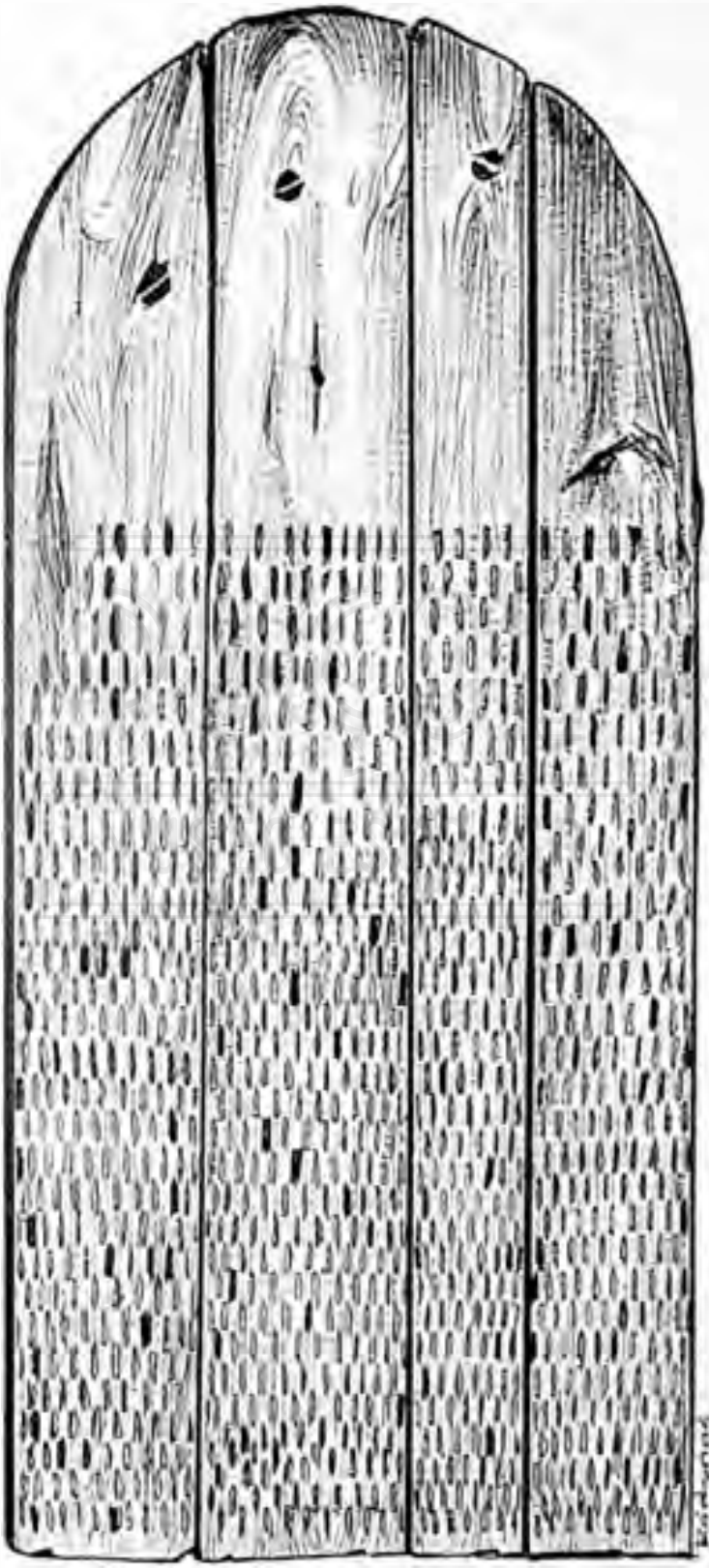
En la condición duodécima de la Real Cédula, se establecen la variedades de árboles que podían plantar los enfiteutas, en estas tierras colonizadas: «...ha de ser obligación del enfiteuta, hacerlo en la tercera parte de la tierra de su establecimiento, dentro de los cuatro años siguientes a dicha declaración, entendiéndose que los plantados, solo han de poder moverse, olivares y viñedos, juntas o

separadas y no de frutales ni árboles de otra especie, en tierra útil...». «...pero no se le prohíbe que en los márgenes de escorredores, landronas y regaderas, ponga aquellos árboles frutales que le parezcan de mas provecho, como también álamos blancos, mimbres, etc».

Como hemos dicho antes, hubo mucha resistencia por parte de la mayoría de los enfiteutas, a establecerse en el nuevo Lugar de San Francisco de Asís, no queriendo abandonar su residencia habitual, a pesar que en la condición trece se dice: «...que todas las personas que tomaran en establecimiento y censo perpetuo ineludible, las referidas tierras, agua que les correspondan y sitio para fábrica de casas, en el nuevo Lugar de San Francisco de Asís, han de someterse, con renunciación de su propio domicilio, y vecindad al Alcalde Mayor de la Villa de Elche, para que éste conozca las causas y cumplimiento de estas condiciones...

En la condición catorce, se expresa claramente, lo que los enfiteutas, tenían que pagar al Dominio Directo: «...que el labrador que tomara dichas tierras, por establecimiento, ha de quedar obligado a pagar perpetuamente al citado Patrimonio de vos, el Duque de Arcos, Maqueda, y Naxera, y a vuestros sucesores, la sexta parte de todos los granos, semillas y demás frutos, generalmente, que produzcan dichas tierras, a excepción de la barrilla, el salicor y el aguazul, en esta forma...». Para estas tres últimas plantas, se especifica: «...que no ha de poder sembrar el labrador en dichas tierras, salicor, aguazul, ni barrilla, sin vuestra expresa licencia» «...y en caso de conceder dicha licencia, os ha de pagar y a vuestros sucesores, la cuarta parte de todos estos tres géneros, después de hechos piedra, con la precisa condición de que el labrador ha de sacar la yerba, de las tierras en que se crian, inmediatamente de que las arranque, pasándolas a la Sierra del Molar u a otro paraje de acuerdo y consentimiento de los administradores de vuestro patrimonio...».

Como ya venimos diciendo los enfiteutas, pagaban al Dominio Directo la sexta parte de todos los productos que cosechaban en las tierras colonizadas, excepto en el salicor, el aguazul, y la barrilla, que pagaban la cuarta parte, lo que nos demuestra, el valor y la importancia que tenían en aquellos tiempos, las plantas productoras de sosa, para la fabricación del jabón.



Además de la sexta parte de los productos cosechados, los enfiteutas, tenían que pagar también un real por tahulla para sufragar los gastos de mondas, como se dice en la condición veintiuna: «...que a más de la sexta y cuarta parte que debe contribuir el labrador al referido Patrimonio, de todos los granos y frutas que produzcan dichas tierras, según y como queda expresado, a de pagar, asi mismo, anual y perpetuamente, diecisiete dineros de la misma moneda, que valen un real de vellón, por cada tahulla de tierra de las que se establezcan, o justifique, que posean, para ayudar a las mondas de edificios mayores, conservación de puentes, partidores y canales...» «...debiendo hacer el pago por entero de los referidos diecisiete dineros por tahulla, el día de San Juan de Junio, segundo siguiente al de la fecha del establecimiento, y así, en todos los sucesivos...».

La sexta parte de los productos, una vez recogidos, los enfiteutas tenían que depositarlos en los almacenes que el Dominio Directo, tenía en el Lugar, «...siendo también condición, que la sexta parte de dichos granos, semillas, y demás frutos, lo han de poner los labradores de dichas tierras a sus expensas, en vuestros graneros del referido Lugar de San Francisco de Asís, inmediatamente que se separe, entendiéndose las condiciones y pactos de este capítulo para los demás frutos...».

Otra de las condiciones que proponía el Dominio Directo a los enfiteutas, era «...que las referidas tierras, aguas y casas del Lugar de San Francisco de Asís, no puedan venderse, enajenarse, donarse ni cederse, directa o indirectamente, a la Religión, Comunidad, Obra Pía, como tampoco fundar en ellas, capellanías, mayorazgos ni otras disposiciones perpetuas, por que siempre deben parar en personas legas que tengan libertad de transferir sus derechos a quienes les parezca, prohibiéndose también que se hipotequen las referidas tierras, agua y casas para seguridad de censo...».

Para vender o enajenar las propiedades adquiridas en enfiteusis, se precisaba autorización y en caso de venta, se pagaba al Dominio Directo, el equivalente al actual de derechos reales, llamado el luismo» se ha de pagar al citado vuestro Patrimonio el luismo, que es la décima parte del valor de la alhaja que se vende...».

Cuando las propiedades se transferían por herencia, no pagaban este impuesto, «que llegado el caso de heredar los hijos y pa-

rientes, todo lo que sea legado con señalamiento de lindes fixos, por el padre o pariente, no debería pagar luismo alguno, pero de lo que quedare proindeviso, se ha de contribuir al vuestro Patrimonio, medio luismo o veintena, que es cinco por ciento de aquel valor que se da a las propiedades, para la partición...».

Las hierbas y rastrojeras de cualquier clase se las reserva el Dominio Directo, que disponía de las mismas a su antojo. Generalmente, las vendía a los ganaderos, para su aprovechamiento, como pastos, para los rebaños de pastoreo.

En la última época del Dominio Directo, después de la desaparición del caserío del Molar, la sexta parte de los productos cosechados, se entregaban en las mismas parcelas de tierra, donde se producían. Como casi todo, lo que se cosechaban eran cereales, esta sexta parte se entregaba en garbas por los enfiteutas, garbas que recogían los encargados del Dominio Directo. De esta manera, los labradores, hacían « els cavallons «, de doce garbas, diez para ellos y dos para el Dominio Directo.

Otra de las condiciones que les imponían a los enfiteutas, era «...que el estiércol y la basura que se hiciera en las casas del nuevo Lugar de San Francisco de Asís, y tierras de los referidos almarjales, se ha de consumir en éstas, bien sean las propias de cada enfiteuta o en las de los demás hacendados de aquel sitio, sin que por ningún caso puedan sacarse de él a otros parajes...».

Entre las restricciones que se les imponían a los enfiteutas, figuraban que «...ningún enfiteuta ni otro particular pueda fabricar almazara, molino harinero, tahona, mesón, horno de pan, cocer ni usar su casa para taberna, carnicería, tienda de especería u otros géneros comestibles, pues todo lo que sea para uso y consumo público, se lo reserva en sí vuestro Patrimonio, para proveer de cuanto necesite el abasto de San Francisco de Asís, como regalía propia...» «... sin que ningún enfiteuta pueda vender en su casa o barraca, ni otra parte alguna, vino, aceyte, vinagre ni otro género...».

La colonización de los Carrizales, fue más difícil, costosa y problemática, de lo que se creyó en un principio. La construcción de todos los cauces precisos para el riego y el drenaje, ocupó mucho tiempo. No obstante, a los pocos años de empezar la colonización,

estaban distribuidas todas las tierras colonizadas. Según Vicente Pérez Gonzálvez («Geografía Agraria p. 59»), en 1.783, habían colonizado 9.566 tahullas, distribuidas en 82 parcelas, lo que nos da una media de 116'65 tahullas por parcela. Esta extensión de terreno, estaba distribuida en 8 cuadras, cuyo nombre y superficies son las siguientes: Vistabella 2.896 tahullas, Costera Barracas 1.280 tahullas, Checa 1.083 tahullas, Punta Barracas 1.053 tahullas, Razo de la Mata 857 tahullas, Maestre 808 tahullas, Orilla del Molar 799 tahullas y Enmedio 340 tahullas.

(En el desglose de las tahullas de cada cuadra, en la reseña anterior, debe existir algún error de transcripción, ya que sumando las cantidades parciales, nos dan un total de 9.116 tahullas, lo que no se ajusta a la cantidad total reseñada).

La administración del Dominio Directo, la percepción de la sexta parte de los frutos cosechados y el cobro de un real de vellón, por tahulla, para contribuir a las mondas de los edificios mayores, resultó más conflictivo y problemático de lo que se pensó en un principio, hasta el extremo de que Martín Cortés, descendiente del contador del Duque, junto con otros enfiteutas, pleitearon con el Señor de Elche, para no pagar los impuestos correspondientes a sus tierras, pero los Tribunales fallaron a favor del Dominio Directo en el año 1.794, (datos sacados de los Archivos Municipales de Elche)). De ahí el que los descendientes del Duque de Arcos, perdieran interés en la conservación de este Dominio Directo, hasta tal punto, de que lo vendieron a D. Manuel García de la Prada, el día 20 de Febrero de 1.808. El último dueño de este privilegio, fue D. Carlos Amorós Gonzálvez, que lo ostentó hasta 1.942, en que los enfiteutas, a través del Grupo de Colonización número 15, de reciente creación, redimieron esta anacrónica servidumbre, que pesaba sobre sus tierras, desde hacia 2 siglos, mediante el pago de 18 pesetas por tahulla. Desde que adquirieron estas tierras en enfiteusis, hasta que las redimieron en 1.942, sus propietarios sólo eran dueños del Dominio Útil de las mismas y con la redención del Dominio Directo, pasaron a ser dueños absolutos de estas propiedades, con todos sus derechos y obligaciones, y a todos sus efectos.

El Lugar de San Francisco de Asís, no tuvo el desarrollo de se creyó que podría alcanzar, cuando se proyectó su construcción. Los

enfiteutas se mostraron siempre reticentes y poco dispuestos a construirse allí, sus viviendas. A primeros del siglo XIX, fue cuando alcanzó mayor esplendor y tenía alrededor de 70 casas, según datos del Archivo Municipal de Elche. Como simple curiosidad diremos que en 1.813, pidieron la independencia jurisdiccional del Ayuntamiento de Elche. A este respecto en la reseña del Cabildo ordinario de fecha 20 de Enero de 1.813, se dice textualmente: «se ha visto el expediente de las varias representaciones hechas por varios moradores del caserío y partido de San Francisco de Asís, dirigidas a la Diputación Provincial del Reino, relativas a los deseos de que se forme pueblo separado de la jurisdicción de esta Villa, fundadas las solicitudes en lo prescrito en los artículos de la Constitución Española, y en su inteligencia, acuerda el Cabildo, que este expediente pase para evacuar informe que pide su Excelencia a los Señores Alcalde D. José María Perpiñán, Procurador Síndico D. Carlos Brú y dicho lo de vuelva al Cabildo, para conocimiento del mismo».

De lo que fue el Lugar de San Francisco de Asís, hoy sólo quedan en pie, las paredes principales de la Iglesia y adosada a las mismas un vetusto caserón de dos plantas, en estado ruinoso. Este caserón era donde el Dominio Directo almacenaba la sexta parte de los productos que cosechaban los enfiteutas en las tierras colonizadas.

El caserío de San Francisco de Asís, se despobló del todo en el año 1.884, cuando se inundaron los Carrizales, durante varios meses, produciéndose, una epidemia de fiebres palúdicas, que ocasionaron varios muertos. En vista de lo cual, los pocos enfiteutas que quedaban se trasladaron a vivir a la pedanía colindante de la Marina, llevándose hasta la imagen del Santo a una Ermita nueva que construyeron allí.

PUÇOL

MUSEO ESCOLAR

Capítulo XII
El campo de Elche que vio Cavanilles

Cuando en la Primavera de 1.791, recibió Antonio José Cavanilles, botánico valenciano, nacido en la Capital del Turia en 1.745, el encargo del Rey de España, Carlos IV, de recorrer todo el territorio nacional, «para examinar los vegetales que en ella crecen, empezó su labor investigadora por su propio País, el Reino de Valencia». Pero este trabajo científico que se le encargó, en un principio, tenía que estar limitado al estudio de los vegetales, quiso ampliarlo a otros aspectos, como son los datos geográficos, producciones agrarias, población, etc, de todos aquellos lugares que recorría. Así, empezando por el Norte y terminando en las zonas que limitan con la provincia de Murcia, recorrió, pueblo a pueblo, todo el Reino de Valencia, reseñando todos los datos que pudieran tener algún interés científico o estadístico. Fruto de esta concienzuda labor, que le llevó más de dos años de exhaustivo trabajo, surgió su famosa obra titulada «Observaciones Sobre la Historia Natural, Agricultura, Población y Frutos del Reino de Valencia», publicada en 1.795. Esta obra tiene aún plena vigencia, y cuando alguien quiere estudiar cualquier aspecto de un lugar determinado de cualquiera de las tres provincias valencianas, no puede prescindir de las referencias del «Cavanilles», que es como se conoce esta obra.

Cuando medio siglo después, publicó Pascual Madóz, su famoso «Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de Alicante, Castellón y Valencia», se basó, fundamentalmente en los datos aportados por Cavanilles. Incluso, algunos relatos los transcribe literalmente.

Para la confección de este Diccionario, Madóz, se valió de corresponsales, y éstos, en cada población, basaron sus referencias en los datos aportados por Cavanilles, que había conseguido, recorriendo palmo a palmo, el territorio visitado.

Cavanilles, estuvo en Elche en el Verano de 1.793. Procedía de Aspe, entró por el Norte, y al llegar a Carrús dice: «notase aquí pinos robustos y elevados», lo que nos demuestra que nuestras montañas del Norte, tuvieron en otras épocas, una gran riqueza forestal, que hoy ha desaparecido por completo.

Cuando divisó Elche, quedó maravillado y exclamo: «cuando se perciben las inmediaciones de Elche, y en ellas aquel bosque dilatado de olivos, precedido de tanto campo cultivado; cuando en el centro de los olivos se ve aquella multitud de empinadas palmas que ocultan los edificios y parte de las torres y cúpulas de la Villa más populosa del Reino, es tanta la sorpresa, tan dulce la sensación, que el espectador desea llegar a aquel nuevo país, para conocer a fondo su valor, su hermosura, sus producciones y habitantes, digno todo de ser escrito con exactitud». La primera impresión que tuvo Cavanilles de nuestro campo no pudo ser mas halagüeña. De ahí el que lo describiera con tanta minuciosidad y con tanta profusión de detalles.

Según Cavanilles, «80.000 tahullas se riegan con las aguas del Pantano; son éstas salobres, como igualmente las que sacan de los pozos; pero nada perjudica a los vegetales, aunque los continuados riegos hayan comunicado partículas salinas a los campos, donde se coge con abundancia aceite, vino, trigo, alfalfa, palmas, dátiles, algodón y cuanto se desea; en los que no tienen más riego que las lluvias, hay almendros, higueras y gran cantidad de viñas; pero mayor comparación de sembrados, que por lo común son cebada; necesitan para fructificar lluvias oportunas, que siendo por desgracia escasas y muy inciertas, en aquel reino, lo son también sus frutos.»

Siempre ha salido a relucir este eterno problema que ha padecido la agricultura ilicitana en todos los tiempos: la escasez de agua

y la inseguridad de los agricultores de poderle sacar a la tierra y a su trabajo, una mediana y segura rentabilidad por falta de lluvias. Y la pérdida de muchas cosechas por este motivo, con todo lo trauma-tizante, que esto resulta para los que viven todo el tiempo pegados al «terruño», al dedicar todos sus afanes, con generosa entrega y sacrificada humildad. Y continua Cavanilles más adelante: «de ahí el quedar, al parecer yermos repetidos años aquellas llanuras y lo más preparadas y sembradas por sus dueños; de ahí también la desgraciada suerte de muchos vecinos, que esperando siempre años favorables, sudan y trabajan sin recompensa, sienten los contratiempos, mas no se desalientan porque conocen la bondad del suelo que cultivan, y saben que acudiendo las aguas, les faltaran graneros para guardar el fruto».

Éste es un hermoso canto al tesón y a la constancia del agricultor ilicitano de todos los tiempos, que contra viento y marea; contra el infortunio y la adversidad, trabajan sin cesar con una admirable profesionalidad, en completa simbiosis con la tierra que mima y que cultiva, porque sabe que es fértil, agradecida y generosa, pero que no siempre recibe el agua que precisa, para poder rendir a plena producción y al máximo de sus posibilidades.

Y Cavanilles tiene elogios para la destreza y el bien hacer de los agricultores ilicitanos, cuando dice: «...pero hacen cosechas importantes y cultivan estos vegetales con conocimiento y esmero, solamente lo han conseguido los de Elche».

En cuanto a la distribución de los distintos cultivos en el campo de Elche, nos dice Cavanilles: «Destinaron a palmas 1.000 tahullas contiguas a los edificios de la Villa, que reducidas a huertos cercados de paredes, forman un bosque circular de 70.000 palmas».

(Las 70 palmeras por tahulla, nos parece un número exagerado, pues lo corriente y normal, ha sido siempre, alrededor de 40 palmeras por tahulla, en huertos regulares). «Sigue a esta faxa circular de huertos, otra más ancha, donde se cultivan trigos, barillas, alfalfa, y otras plantas útiles; y últimamente vienen los olivos, que ocupan 30.000 tahullas, y sirven de corona o cerco al resto de los huertos».

El número de tahullas de olivos que señala Cavanilles, es muy superior a todos los datos, que procedentes de otras fuentes, se po-

seen sobre este particular, que generalmente, lo sitúan en poco mas de la mitad.

Este mosaico de cultivos, mirado desde lo alto, formaban un conjunto admirable, que cautivaba al contemplarlo. Cavanilles, lo hizo y describe asi sus impresiones: «mirando este recinto desde la torre o campanario de la Iglesia de Santa María, ofrece una vista agradable».

Según Cavanilles, Elche tenía entonces 20.000 habitantes, «que se han doblado en los últimos 40 años». Estos habitantes los distribuía así:

«Parroquia de Santa María 7.100; el Salvador 7.900; San Juan 5.080; Santa Pola 870 y el Molar 350». Lo que hacen un total de 21.300, incluyendo los de Santa Pola y la Parroquia de San Francisco de Asís, del Molar. En cuanto a sus ocupaciones dice: «a excepción de algunos empleados en el trajino y corretería y otros en manufacturar el esparto, todos los demás son labradores».

Más adelante ratifica que «los árboles se quedaban reducidos a las higueras, algarrobos y tal cual almendros». En cuanto a la forma de cultivar, notó «aplicación suma e inteligencia en los agricultores en la labranza; si bien notó descuido en los olivares que por el mes de Julio estaban cubiertos de cardohuso, los árboles mal podados y con las ramas principales poco abiertas. De este descuido procede tal vez, lo poco que rinden las tahullas de olivares, valiendo cada una de arriendo 4 pesos, quando las viñas valen ocho, tres las de alfalfa, catorce las de palmas, y hasta 20 las de algodón».

Seguramente, esta enfermedad del olivo, de que nos habla Cavanilles, sería la causa principal para su decadencia, ya que a partir de esos años, la superficie de tierra dedicada a su cultivo, en el campo de Elche, fue disminuyendo paulatinamente, perdiendo la preponderancia y el protagonismo que había tenido hasta entonces.

Cavanilles también nos habla de los cultivos complementarios que se plantaban en los huertos de palmeras, y dice: «suelen plantarse de algodón espaciosas áreas horizontales que dexan entre filas de palmas».

Nos habla también extensamente, de las características de las palmeras y de la forma de reproducirse, enumerando las distintas

variedades de dátiles, con sus nombres y calidades; de los marcos a que se plantan las palmeras, en los huertos, «...están plantadas a seis pies unas de otras, en filas paralelas a lo largo de los canales de riego: éstos suelen tener pie y medio de profundidad, seis de ancho y como trescientos de largo y sirven de linderos en los campos que se aprovechan en alfalfa, algodón y otras producciones».

Después explica como suben a las palmeras para realizar los trabajos de escamonda, encaperuzado, recogida de los dátiles etc., y la facilidad con que lo hacen, resaltando la habilidad que se requiere para ello y el enorme riesgo que entraña esta clase de trabajos: «diestros y atrevidos los de Elche, suben con una celeridad increíble, sin más auxilios que una fuerte soga con que ciñen, floxamente sus cuerpos al astil sobre el que apoyan, alternativamente sus pies desnudos, mientras que con las manos van elevando la soga hasta llegar a la corona...», «Mayor parece el riesgo a que se exponen cuando suben el cono de todas las frondes de la palma...» «...rehusan los ojos mirar a aquellos hombres, al parecer en tanto riesgo, mientras ellos se ocupan con serenidad en completar su obra».

Todo lo relacionado con la palmera, esta tratado por Cavanilles, con profusión de detalles y observaciones, con minuciosa exactitud, lo que demuestra la profunda atención que le prestó al Palmeral de Elche, desde todas las facetas, enumerando todos esos cultivos, su encaperuzado, para producir la palma blanca, su historia, reproducción y desarrollo vegetativo, a través de los tiempos, sus experiencias con esta vegetación, sus orígenes etc. Habla también de todos los productos de la palmera y dice que «el número de conos anuos suele ser de ocho mil y sus productos otros tantos mil pesos, pues cada uno diez frondes útiles, que ordinariamente, se venden a real y medio. Sobre los dátiles dice haber una producción anual de 140.000 arobas, que a diez reales, producen 1.400.000 reales».

A las palmeras hembras, les asignan una producción media de cuatro arobas de dátiles a cada una de ellas.

En cuanto a los demás productos agrícolas que produce el campo de Elche, anualmente, la enumera de la siguiente manera: « 5.000 barchillas, 6.000 cahices de trigo, 30.000 de cebada, 85.000 arobas de aceite, 60.000 de algarrobas, 8.000 de barrilla, sin contar otras especies de inferior mérito, llamadas allí sosa y salicor. El vino les

rinde medio millón de reales y mucho más la alfalfa, frutas, hortalizas, algodón y otros varios artículos».

Como se podrá observar por esta relación, los productos agrícolas más abundantes de la época eran la cebada y la algarroba en las tierras de secano y el aceite y los dátiles en los regadíos.

Nos llama mucho la atención que Cavanilles no hable para nada del cultivo de los granados. Creemos que esto no obedecerá a olvido u omisión, pues aunque granados habían también en el campo de Elche a finales del siglo XVI II, serían tan minoritarios, que tendrían escasa relevancia.

En cuanto a las perspectivas y posibilidades de producción que tenia el campo de Elche, si hubiera tenido mas agua, dice lo siguiente: «crecerían sobre manera los frutos y el vecindario de Elche si alcanzasen agua los campos su fértil secano, pero no hay más riego que el que proporciona el Pantano, distante como una legua al norte de la Villa».

Así era, a grandes rasgos, el campo de Elche, que vio Cavanilles, a finales del siglo XVIII. Aunque algunos datos que aporta, difiere algo de los textos de otros autores que tratan del mismo tema, no cabe la menor duda de que constituyen referencias muy valiosas que reflejan con bastante exactitud la realidad de lo que era la agricultura ilicitana hace 200 años.

Capítulo XIII
El campo de Elche que vio Madóz

A diferencia de Viciana y da Cavanilles, Pascual Madóz, no estuvo en Elche para documentarse, ni tampoco estuvo en los demás pueblos que describe en su «Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico». Para recabar los datos que precisaba para escribir su famoso Diccionario, se valió de más de mil corresponsales y colaboradores repartidos por toda España. Este Diccionario, referido a las Provincias de Alicante, Valencia y Castellón, se publicó en 1.845. En lo que a Elche se refiere, los informadores de Madóz, fueron José María Ruiz, Cronista y Archivero Municipal, y José Brú y Piqueras, Alcalde de Elche, y Miembro de la Sociedad Económica de Amigos del País.

En lo referente al pueblo de Elche, muchos de los datos que figuran en el Diccionario de Madóz, están calcados de los datos que aportó Cavanilles, 48 años antes, en su famosa obra.

Madóz, al describir Elche y su Término Municipal, dice lo siguiente: «las afueras de la población son bastante deliciosas: en primer lugar, se encuentra rodeado de un bosque extenso de palmeras, que se elevan a una altura sorprendente, las cuales impiden que se vean el caserío hasta casi estar dentro de él; desde lejos hace esta faja una vista hermosa, pues se destaca como un punto obscuro a manera de un grande desierto. Sucesivamente van extendiéndose

fajas circulares de huertos seguidos de sembrados sin riego. Los árboles de secano reducidos a higueras, algarrobos y tal qual almendros; la blancura y aridez aparente de los campos, hacen un contraste admirable con el bosque de olivos, y éste con el de palmeras, por mediar entre ellos multitud de huertos con multitud de producciones. Los canales de riego serpentean por todas partes; las muchas casas de campo que pueblan todo aquel territorio, la animación continua que se nota en los caminos y veredas; aquel sol hermoso que ostenta siempre un dorado resplandor; todo causa sorpresa y admiración; sin embargo, aquellos habitantes que debieran nadar en la abundancia y ser felices, porque estas causas conspiran a dicho fin se ven en la dura necesidad de abandonar su patria para encontrar un pedazo de pan en las costas africanas. La sequía, que tantos años está experimentando la provincia de Alicante, digna de mejor suerte, se ha hecho sentir de una manera muy lamentable, en la Villa que describimos; y como consecuencia de ello, la despoblación ha sido muy notable, al mismo tiempo que sensible».

Al referirse a la configuración territorial del término municipal de Elche, dice lo siguiente: «que esta dividido en 33 partidas rurales, con su nombre especial en cada una de ellas hay un diputado de justicia, (Alcaldes Pedaneos, instituidos 23 años antes), que nombra el Ayuntamiento para atender el buen orden y seguridad de los moradores que habitan en más de 1.525 casas de campo, que hay esparramadas por todo aquel territorio; algunas de ellas forman caserío, siendo los principales el llamado Molar o San Francisco de Asís, situado a una y media leguas, y se compone de 20 y 25 casas, con su Ermita, y su Alcalde Pedaneo; el denominado Casas - Juntas y las Torres de Gaitana».

Más adelante habla de las características y calidades de la tierra y las describe diciendo: «que hay dilatadas llanuras, multitud de lomas o cerritos de tierra, por lo común banquecina, de mucho fondo y árida, que se regula en 800.000 tahullas, de las cuales, la décima parte se riegan con las aguas del Pantano».

Al referirse a los muchos cultivos y productos que se cosechan en el campo de Elche, los describe de la siguiente forma: «... el principal es la cebada, trigo muy poco, maíz, vino, bastante aceite, algarrobas, dátiles, algodón, alfalfa, almendras, higos, barrilla, le-

gumbres, frutales de muchas clases y hortalizas; no hay ganado lanar de cria, si no que lo suficiente para el abasto de carnes, un poco de cabrío, para leche, caza de liebres y conejos, en los saladares, aunque en pequeña cantidad, bastantes aves acuáticas en la Albufera, y pesca de mújoles y anguilas en la misma y toda clase de peces de mar». No especifica las cantidades que se cosechan de cada uno de estos productos, como hizo Cavanilles, medio siglo antes, aunque se supone que estas cantidades serían mínimas, dado la gran sequía que se padecía por aquellos años.

Según los datos que aporta Madóz, Elche tenía entonces 4.025 vecinos y 18.064 habitantes, 3.123 menos de los que reseña Cavanilles, medio siglo antes. En cuanto a los Presupuestos Ordinarios del Ayuntamiento de Elche, ascendía a 99.588 reales.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

Capítulo XIV

La sequía, un mal endémico en Elche

Hasta principios del presente siglo, las tierras del campo de Elche, en su inmensa mayoría, eran secanos, y como tales, las cosechas que aquí se producían, en mayor o menor medida, estaban siempre supeditadas a que lloviese en el momento oportuno y en la cantidad apropiada.

Si tenemos en cuenta que los índices pluviométricos en esta comarca, se han movido siempre alrededor de los 280 litros de agua por metro cuadrado y año, de media, con la particularidad de que la mayor parte de estas lluvias proceden de fuertes tormentas, que generan aluviones y torrenteras, llegaremos a la conclusión de que los agricultores ilicitanos estuvieran siempre condicionados en su trabajo diario, por una meteorología, que en la mayoría de los casos, se mostraba poco propicia a sus intereses, e incluso, muy adversa.

Y esto fue así, por que además de darse aquí, esas medias de lluvias tan bajas, que apenas llegan al 50 % de la media nacional, convirtiendo al Sur de la provincia de Alicante en una zona de las mas secas y áridas de la España Peninsular, se produjeron con mucha frecuencia largos períodos de sequía, en que las lluvias brillaron por su ausencia.

En estas cuestiones, como en otras muchas cosas, relacionadas con el desarrollo histórico del pueblo de Elche, a lo largo de los

siglos, las únicas referencias escritas fiables de que disponemos, las encontramos en las actas de las reuniones plenarias del Ayuntamiento, a partir de finales del siglo XIV, ya que de antes de estas fechas, no se conserva ninguna en el Archivo Municipal.

Por orden cronológico, las primeras referencias en estas actas, relacionadas con la sequía, datan de 1.401, ya que en la del 14 de Junio de dicho año, el Ayuntamiento tomó el acuerdo de hacer procesiones tres días seguidos, como rogativas para que lloviese.

Aquellos primeros años del siglo XV, debieron ser muy secos puesto que el 27 de Mayo de 1.420, el Ayuntamiento de Elche, tomó el acuerdo de mandar un escrito a los Ayuntamientos de Aspe, Novelda, Villena y Sax, solicitando ayuda y colaboración, con el fin de iniciar los trámites pertinentes encaminado a trasvasar aguas del Xúquer al Vinalopó , para poder regar los resecas tierras del campo de Elche. Este fue el primer intento que se llevó a cabo de trasvasar aguas del Júcar al Vinalopó, intento que se repitió posteriormente en varias ocasiones, a lo largo de los siglos, y siempre con el mismo resultado negativo, ya que los valencianos se opusieron siempre frontalmente, a estos intentos de trasvases, alegando que el «Xúquer no t'aigües de sobra».

Fue aquella una larga serie de intentos fallidos, tendentes a poner remedio a una situación angustiosa, que se agudizaba aún mucho más, en estos largos períodos de sequía, que como una maldición bíblica, se sufrieron en esta zona de cuando en cuando, y que tantos estragos y quebrantos ocasionaba a la agricultura ilicitana.

Trece meses después de este primer intento, de trasvasar aguas del Júcar al Vinalopó, como el tiempo continuaba sin llover, el Ayuntamiento acordó hacer rogativas de nuevo, sacando a la Virgen de la Asunción a las calles en procesión, implorando su intercesión, para que lloviera lo antes posible y pudiera remediarse la angustiosa situación por la que estaba atravesando el campo de Elche, a causa de la sequía.

Fracasados todos los intentos de conseguir trasvasar aguas del Júcar al Vinalopó, aunque fuera en los meses invernales, cuando sus caudales eran mayores y los sobrantes iban a parar al mar, cuando los ilicitanos veían peligrar sus cosechas, por falta de agua, no

les quedaba otra alternativa que sacar los Santos a la calle en rogativas, para que lloviera, después que el Ayuntamiento, como representante de todos los ilicitanos tomase un acuerdo en ese sentido, en sintonía con las Autoridades Eclesiásticas. Esta fue una constante invariable a lo largo de los siglos, cuando la sequía hacia su aparición. La Corporación Municipal, haciéndose eco del sentir general de la colectividad, impregnada de una profunda religiosidad y ante la miseria y la carestía en que se desarrollaba por falta de lluvias, hacia lo único que estaba a su alcance: acordar que se sacaran los Santos a la calle en rogativas.

El segundo tercio del siglo XV, fue también muy seco, como lo demuestra el hecho de que en el espacio de 18 años que van de 1.448 a 1.466, se sacaran los Santos en rogativas en 10 ocasiones.

En 1.457, la situación alcanzó tal gravedad, que «por falta de lluvias no se disponía de la harina necesaria para que pudiera comer la población».

En 1.459, los tres días seguidos de rogativas que se acordó llevar a cabo, se hicieron para que lloviese y se acabara la langosta que azotaba los campos durante el Verano».

Las plagas de langosta, que fueron muy frecuentes en el campo de Elche, en los pasados siglos, siempre se producían en las épocas de mayor sequía, y causaba grandes estragos en la agricultura, al no existir en aquellos tiempos, métodos adecuados para combatirla y erradicarla. De esta manera, las plagas de langosta, constituían un quebranto añadido a los daños que ocasionaban la sequía, y que siempre se encontraban íntimamente relacionadas entre sí.

En el siglo XVI, debió llover mucho más que el anterior, ya que durante el transcurso del mismo, en las actas del Concejo no existe ninguna referencia a la sequía. Lo mismo ocurrió en el siglo XVII, pues sólo hay una referencia en el acta del 24 de Julio de 1.689, que debió ser muy seco, en que se acordó «hacer un funeral para acudir en auxilio de los vecinos que sentían extrema necesidad, por carecer de cosechas, debido a la esterilidad reinante».

En cambio el siglo XVIII, fue tan seco o más que el siglo XV, ya que desde 1.701, hasta 1.804, existen en las actas de los Cabildos, cuarenta referencias a la sequía, correspondientes a otros tantos años.

En todos estos Cabildos, se tomaron acuerdos de hacer rogativas, sacando a los Santos a las calles en procesión para que lloviera.

Durante el siglo XVIII, hubo períodos muy largos de sequía, que por orden cronológico, fueron los siguientes: uno que duró 14 años, entre 1.727 y 1.741. Otro de 20 años, comprendidos entre 1.763 y 1.783. Un tercero de 4 años, entre 1.786 y 1.789. Y por último, un cuarto período comprendido entre. 1.797 y 1.804, es decir, 8 años seguidos.

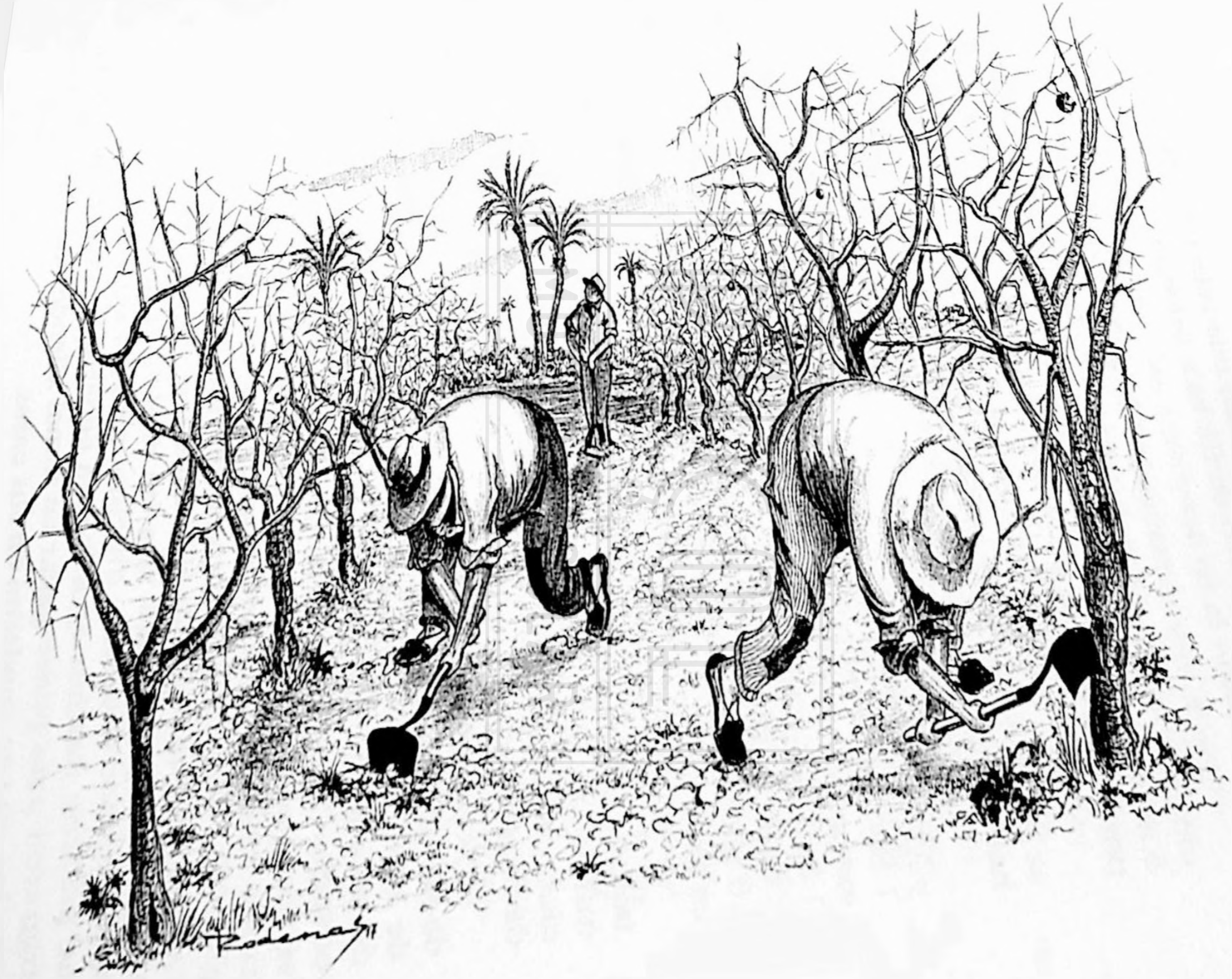
Algunos de estos largos períodos de sequía, debieron ser sumamente calamitosos, particularmente a finales de siglo, puesto que el 6 de Mayo de 1.791, se dice: «por la pertinaz sequía, principia la migración de gente jornalera y algunos hacendados».

Entrelazados, entre estos largos períodos de sequía, se produjeron algunas lluvias torrenciales que ocasionaron cuantiosos daños e inundaciones, como las que tuvieron lugar el día 31 de Octubre de 1.751, que ocasionó grandes desperfectos en el Puente de la Virgen, y la producida el 8 de Septiembre de 1.793, que se llevó la Presa del Pantano de Elche, y que estuvo a punto de derrumbar por completo el Puente de la Virgen.

Por su proximidad en el tiempo, en el siglo XIX, que fue también muy seco, es cuando se tienen más referencias escritas sobre la sequía y sus calamitosas consecuencias. Ya los primeros 4 años del siglo, fueron muy secos, como hemos expuesto en páginas anteriores, hasta el extremo de que los agricultores se les condonó el pago del impuesto de la contribución rústica, por este motivo, lo mismo ocurrió en 1.811, que también fue excesivamente seco, como lo fueron igualmente 1.821, 22, 25 y 27, seis años seguidos muy calamitosos por la escasez de lluvias, con una tendencia creciente, a medida que avanzaba el siglo, que iba empeorando la situación, que alcanzó su máximo exponente en los años 1.846, 47, 48, 49, y 50.

En estos últimos 5 años, la sequía fue tan acuciante, que obligó a emigrar a una gran cantidad de ilicitanos, ya que aquí no había ni cosechas, ni trabajo, ni comida, que había que importar de otras comarcas.

En las actas del Concejo de estos años, hay muchas referencias que hablan de esta cuestión. Así, en la del día 5 de Octubre de



1.842,» se pedía confeccionar una relación completa de familias que habían emigrado de Elche a causa de la sequía, desde el año anterior hasta la fecha».

De la misma manera, el 20 de Mayo de 1.847, se relataba que «la emigración que se ha observado en el transcurso de los últimos 5 años, a la cual se han visto obligados los habitantes de este país, por la miseria que les afligía, ha sido muy grande».

Y en la del 13 de Septiembre de 1.849, se podía leer que «...no se pueden reparar los caminos por falta de jornaleros, en razón de haber emigrado la mayor parte de ellos por la sequía».

(También Alejandro Ramos en su «Historia de Elche, pp. 232 y 233»), dice a este respecto que «sólo desde Mayo de 1.849 a Julio 1.850, se expedieron 2.839 pasaportes para el interior, y 143 para el extranjero, pidiéndose exenciones de contribuciones rústicas». «En 1.850, se eleva una súplica a S.M. la Reina pintándole el deplorable Estado de Elche, a causa de la atroz sequía, que persiste ya más de 10 años. Se ha perdido el arbolado y el viñedo. El hambre es atroz, en todos los habitantes, los que se ven obligados a emigrar en masa».

El tener que emigrar, para poder subsistir, en unas circunstancias tan lamentables, traumatizaba mucho a todas aquellas familias que se veían obligadas a abandonar su casa y sus pertenencias, puesto que aquí ni había trabajo, ni medios de vida, a causa de la pertinaz sequía.

A principios del presente siglo, hubo también una prolongada sequía en esta zona, que duró 7 años seguidos, concretamente, de 1.907 a 1.914. Durante estos 7 larguísimos años, en la tierras de secano del Campo de Elche, que eran su inmensa mayoría las cosechas fueron prácticamente nulas, hasta tal punto, que apenas se recogía paja y grano para alimentar a las caballerías de labor. Y como había ocurrido en las anteriores sequías, a mediados del siglo XIX, tuvieron que emigrar, preferentemente al Norte de África, una gran cantidad de ilicitanos, que vivían directa o indirectamente de la agricultura, que era el 90% de la población. Fueron aquellos unos años muy difíciles, para los agricultores ilicitanos, que pasaron muchos apuros para poder sobrevivir, tanto los que emigraron para poder ganar un jornal allende nuestras fronteras, como los que se quedaron en sus casas.

Y para finalizar, queremos hablar de la última gran sequía, que tuvo lugar recientemente entre los años 1.990 y 1.995, aunque esta sequía no fue tan dramática como las anteriores, pues con muchas restricciones y escaseces, hubo algunas aguas para regar. Pero estas aguas fueron tan escasas y de tan mala calidad, que se perdieron alrededor del 50% de las 12.000 hectáreas de arbolados de diferentes especies, que había en el campo de Elche, en la década de los años ochenta, a causa de la sequía. Todas las variedades de árboles que se cultivan en el campo de Elche, sufrieron mermas y deterioros por falta de agua, pero los árboles más afectados fueron los almendros, ya que se perdieron dos terceras partes de las seis mil hectáreas que habían en los años anteriores a la sequía. Esta última sequía, acentuó, sobremanera, la acusada decadencia que venía arrastrando la agricultura ilicitana, en los últimos tiempos.

Y se volvieron a ver los Santos por las calles, haciendo rogativas, para que lloviera, una estampa desconocida en Elche desde hacía casi un siglo. En este caso concreto, el Domingo 2 de Febrero de 1.995, sacaron en procesión a San Isidro Labrador, desde la Ermita de Saladas, hasta el Estadio de Fútbol Martínez Valero, donde le oficiaron una Misa de Campaña concelebrada entre Obispo de la Diócesis de Orihuela y varios sacerdotes más que celebraban oficios religiosos en las Ermitas de las diferentes partidas rurales.

En el recorrido procesional de la Imagen de San Isidro, entre la Ermita de Saladas y el Campo de Fútbol, hubo mucha participación de gente, mayoritariamente, de agricultores ilicitanos.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

Capítulo XV

La noche en que en Elche llovió a cántaros

A lo largo de los siglos, y desde que se tienen referencias escritas, se han producido en la comarca de Elche, muchas lluvias torrenciales, en las que han caído una gran cantidad de agua, en un corto espacio de tiempo. Pero cuando se habla de tempestades, siempre se hace referencia a la que se desencadenó la noche del 6 al 7 de Diciembre de 1.853. Durante todo el día 6, estuvo lloviendo, bonancibleмente, con gran contento de los agricultores, que veían como la tierra, agradecida, se exponjaba gozo-samente, al contacto con el agua benefactora, que propiciaba la germinación de la semillas cerealísticas que se habían sembrado unos días antes. Pero, a medida que se acercaba la noche, la lluvia se iba intensificando más y más, hasta alcanzar extremos preocupantes.

Emigdio Augusto Santamaria, que fue testigo presencial de aquellos acontecimientos, escribió después un libro titulado «Elche y la Tempestad», relatando todo lo acaecido en nuestra ciudad aquella noche, de tan triste memoria: «son las diez y sigue lloviendo de un modo horroroso, cuando de repente, viene a aumentar la consternación un agudo trueno, es la señal del reto que lanza la tempestad... El cielo está tan obscuro como el porvenir. La cercana noche, con su sorda voz, parece aullar al profundo...» «a los pocos instantes, principia el fuego de la escaramuza de la tormenta. Las débiles

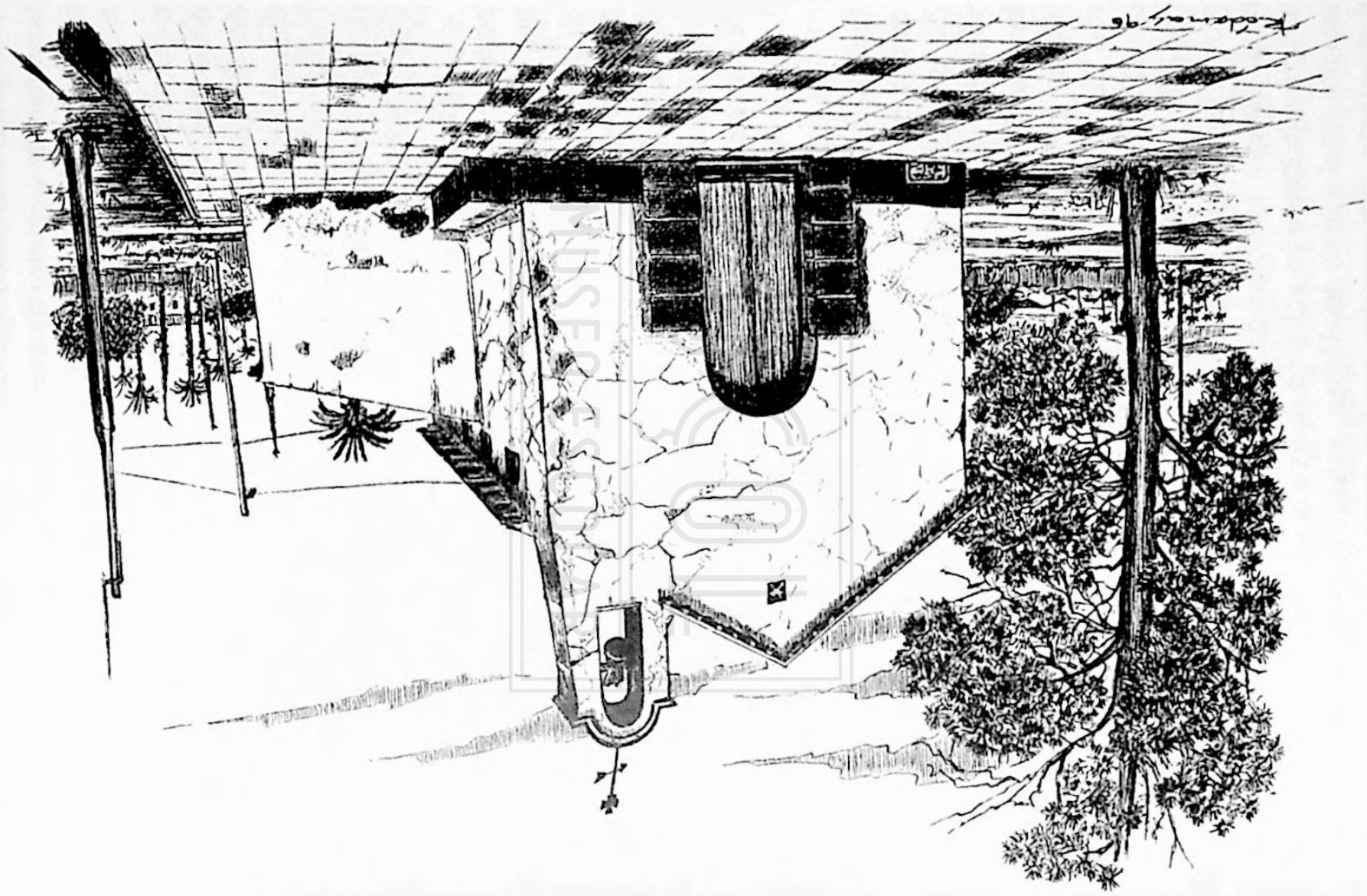
mujeres, llenas de religiosa fé, invocan a todos los Santos, encienden velas, y agitan la campanilla de Loreto, para ver de conjugar la tempestad, pero, ya es tarde: ésta se ve suspendida, precisamente, encima de la infeliz población, sobre ella ha extendido sus negras alas, aparentando quererlas cobijar, para luego, a su sabor, hincarle sus garras... Ha llegado el momento de la desolación... la rojiza luz del relámpago ilumina el firmamento, mil detonaciones, se suceden con horrorosa precipitación; el mar de agua y las gruesas piedras y granizo que arrojan las nubes, azotan las puertas y las paredes y asuela los terrados... A las cimas y elevados picos de los edificios, les acomete el rayo. ¡Aciaga noche...! La tormenta sigue horas y horas».

Y continua el relato de lo ocurrido: «cada calle es un río de agua cenagosa, que invade las casas más de un metro de elevación ¡Cuanto horror...! Los habitantes de estas casas, al verse así inundadas, suben azarosos, a los pisos altos, abren sus balcones y angustiados gritan: ¡socorro..!»

Hasta aquí, la transcripción literal de un breve resumen del relato de Emigdio Santamaria.

¿Cuantos litros de agua por metro cuadrado, caerían esa noche, sobre Elche? ¿500, 600, 800 ? Nunca se sabrá, ya que entonces no habian aún pluviómetros instalados en Elche. Esos recipientes para medir la lluvia caída en un momento determinado, se instalaron en Elche, un año después, según nos informó el meteorólogo ilicitano Francisco Agulló Marco. De todas formas, lo cierto es que aquello fue un auténtico diluvio, que causó en la población y en el campo, cuantiosos daños y destrozos.

Continuemos con la narración de Emigdio Santamaria: «¡cesó la tempestad! El resplandor del sol empieza a disipar las sombras de la noche..., el cielo ostenta el manto azul, pero manchado de algunas blancas nubes, que lentamente pasan y repasan, sin alejarse jamás, cual si fueran fantasmas que sellan una tumba». «Sobre aquel Elche, que ayer se mostraba radiante de alegría, y sobre sus campos cubiertos de verdor, ahora se extiende un sudario...; una noche le ha bastado para cambiar de aspecto, con sólo algunas horas ha pasado del ser a la nada». «Elche se despide del mundo y se engalana con una blanca mortaja... Efectivamente, una capa de hielo se extiende



sobre la población: patios, terrados, calles, plazas, todo está cubierto de granizo; las masas que de él se han formado, en algunos sitios, tiene más de un metro de espesor, por lo que muchas calles se encuentran totalmente obstruidas».

Si cuantiosos fueron los daños en la población, donde se derrumbaron infinidad de viviendas, no lo fueron menos en el campo donde todos los barrancos y torrenteras, llevaban grandes cantidades de aguas desbordadas, que arrastraban todas las cosas que encontraban a su paso, derrumbado las casas menos resistentes... aquello fue un auténtico desastre, de tal magnitud, que no tenía precedentes. Desaparecieron márgenes, caminos y cauces de riego quedaron obstruidos por el ímpetu de las aguas desbordadas.

Después del desastre, tuvieron que pasar muchos meses para poder reconstruir todas las infraestructuras agrícolas destrozadas por las aguas torrenciales caídas aquella noche de triste recuerdo.

Lógicamente, los Carrizales quedaron inundados y algunas personas se quedaron aisladas en los tejados de las casas, hasta que fueron rescatadas mediante pequeñas barcas de remo.

Uno de los hombres que más se distinguieron en estas labores de rescate, fue el cura de San Francisco de Asís, según nos relata Emigdio Santamaria.

Desde el día siguiente de esta tragedia, y a petición del Ayuntamiento de Elche y del Gobernador Civil de Alicante, se volcó en una campaña de ayuda a la población, tan duramente castigada, empezando con el envío de grandes cantidades de harina, para que pudieran comer los afligidos ilicitanos. También encabezó una suscripción popular con mil pesetas, para recoger fondos en metálico. Esta suscripción, publicada en el Boletín Oficial del Estado, alcanzó la cantidad de 10.853 reales, y a ella contribuyeron tanto personas particulares, como personalidades públicas y entidades y organismos oficiales. Hubo otras aportaciones posteriores, que se contabilizaron después y que no figuraban en esta suscripción inicial. El Ayuntamiento, también se dirigió a la Reina en petición de ayuda y protección, en un largo escrito, en el que se detallaban, exhaustivamente los cuantiosos desperfectos ocasionados por las aguas.

Esta catástrofe natural que sufrió Elche, tuvo una gran resonancia en toda España, ya que de ella se hicieron eco, todos los medios de comunicación de ámbito nacional.

Dos semanas después de esta noche infausta, se reanudaron las lluvias en Elche, durante varios días, pero ya no fueron tan intensas ni devastadoras, como las de la noche del 6 al 7 de Diciembre.

Y a todas estas calamidades, hubo que añadir otra más, dos meses después, concretamente, el día 6 de Febrero, a las ocho y media de la mañana, cuando se produjo un fuerte terremoto, que hizo temblar todos los edificios que quedaron en pie, después de la lluvia. Este temblor de tierra, causó mucho temor en la población, particularmente, entre las personas mayores, que aún recordaban aquel otro gran terremoto que se produjo en 1.829, y que derrumbó por completo, varios pueblos de la Vega Baja, particularmente, Torrevieja y Almoradi.

¡Cuantos trabajos y cuantos esfuerzos colectivos tuvieron que hacer los ilicitanos, para recomponer el deteriorado casco urbano de la población y las estructuras agrarias arruinadas por el temporal...!

Y para más escarnio, esta tempestad tuvo lugar después de varios años de pertinaz sequía, de la que hablamos en otros capítulos de este libro, y que también ocasionó muchos quebrantos en la agricultura ilicitana.

Los Anales de la Historia de Elche, también hacen referencia a otras lluvias torrenciales que tuvieron lugar en Elche, en diferentes épocas históricas y de las que hablamos en otros capítulos de este libro, y de los daños que ocasionaron. No obstante, ninguna de estas lluvias torrenciales, alcanzaron la importancia y la magnitud de la tempestad de la noche del 6 al 7 de Diciembre de 1.853.

Las lluvias más persistentes y continuadas de las que se tienen referencias escritas, fueron las que se produjeron a principios del año 1.671, ya que estuvo lloviendo todos los días desde Enero hasta Mayo del mismo año. A causa de tanta cantidad de agua caída, se derrumbó la techumbre de la Iglesia de Santa María, hasta tal punto que tuvo que derruirse todo el edificio y reconstruirlo de nuevo, ampliando su estructura, reconstrucción que duró 111 años Precisamente, en el año 1.984, se celebraron varios actos, en conmemoración del bicentenario de la inauguración de esta Iglesia, después de haber sido reconstruida en su totalidad.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

Capítulo XVI

Pujanza de la agricultura ilicitana en el siglo XVIII

Como hemos dicho en capítulos anteriores, la expulsión de los moriscos en 1.609, fue funesta para la agricultura del Reino de Valencia en general, y en particular, para la ilicitana. Durante todo el siglo XVII, se dejaron sentir en el campo la falta de brazos para cultivar la tierra, y en consecuencia, el desarrollo agrícola sufrió un fuerte retroceso. Pero superada esa crisis y restablecido el equilibrio demográfico, la agricultura ilicitana inició una época de pujanza que duró muchas décadas del siglo XVIII. Durante todo ese tiempo, algunos cultivos alcanzaron una gran expansión, particularmente los olivos, de los que había, según Cavanilles, 30.000 tahullas, aunque algunos autores consideran estas cifras un tanto exageradas.

De todas formas, muy abundantes debieron ser los olivares en aquellos tiempos, para que se necesitaran 210 almazaras y 20 fábricas de jabón, que son las que había en Elche a finales del siglo XVI II.

Otro dato que nos habla también de la pujanza de la agricultura ilicitana de esta época, es el gran incremento de la población ilicitana, población que según Cavanilles, «...se ha doblado en los últimos 40 años».

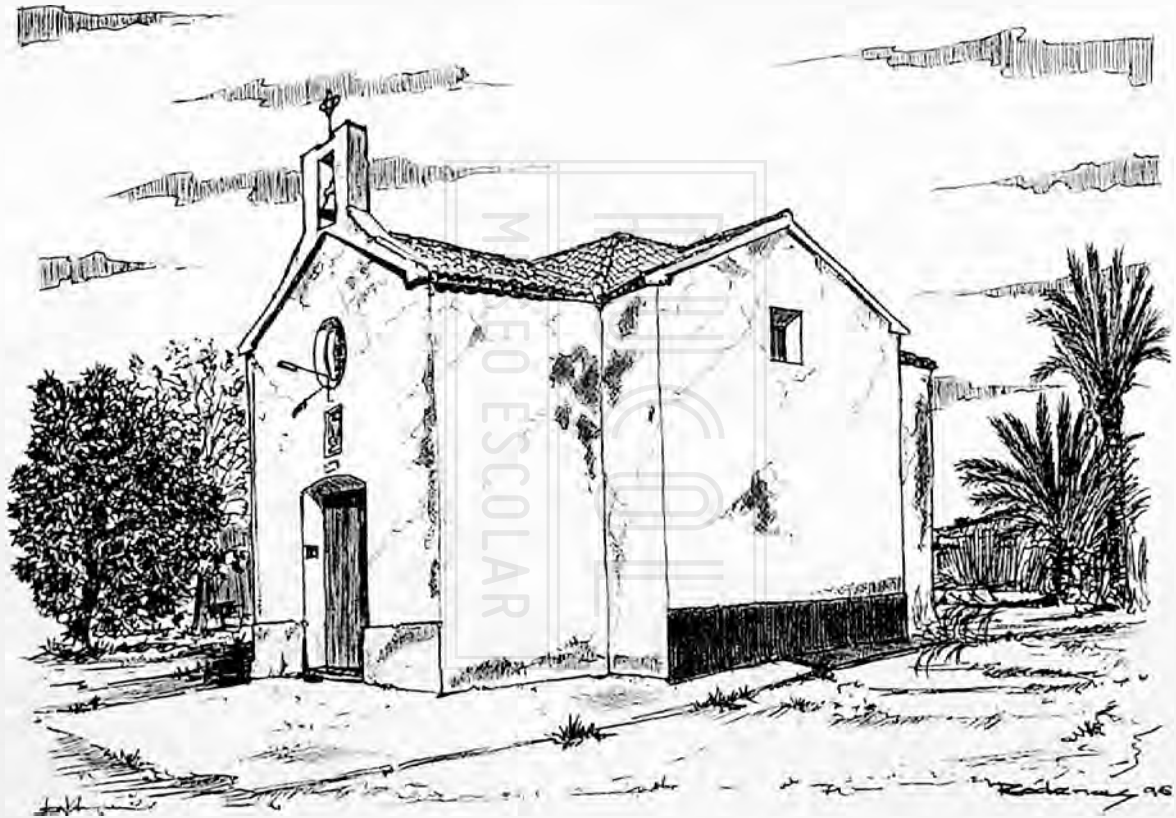
Las aguas salobres que discurrían por el Vinalopó, debieron ser muy abundantes en esta época, pues por aquellos tiempos, ochenta mil tahullas de tierras se consideraban de regadío. Esta zona regable fue disminuyendo con el paso de los años, a pesar de la red de cauces que existía para distribuir estas aguas por una amplia zona del Campo de Elche. Pero al disminuir los caudales de dichas aguas, sólo se regaban en las zonas más cercanas a los partidores, donde el aprovechamiento era mayor.

La disminución de la zona regable, fue progresiva, hasta tal punto, de que en 1.910, el Ingeniero D. Próspero Lafarga, en su obra «Los Riegos de Elche», nos dice que la superficie del campo de Elche que actualmente tiene acequias para la distribución del agua, y por consiguiente, la susceptible de ser regada, es de 7.000 hectáreas; pero debemos hacer observar que esta zona no se riega toda, ni mucho menos, lo cual prueba que los riegos alcanzaron en algún tiempo en Elche, una extensión mucho mayor que en la actualidad.»

Esta expansión de la agricultura ilicitana durante el siglo XVIII, queda reflejada, como dijimos más arriba, en el notable incremento demográfico experimentado por la población ilicitana. Así vemos que de los 11.600 habitantes que tenía Elche en 1.739, se pasó a los 20.080 en 1.814, con un incremento del 73%, en un plazo de 55 años. Este incremento de población, dio pie a Cavanilles para decir que Elche era «la Villa más populosa del Reino».

Este auge y prosperidad de la agricultura ilicitana, se reflejaba también en la Feria de San Andrés, que por aquellos años alcanzó una gran expansión, hasta el extremo de que en 1.772, acudieron más de 100 feriantes, lo que demuestra que había un gran movimiento comercial, producto de una prosperidad manifiesta. Esta pujanza comercial, motivó que el Rey Carlos III, decidiera instituir en Elche, el 20 de Abril de 1.767, un mercado semanal, que se celebraría todos los sábados.

A mediados del siglo XVIII, tuvo lugar en Elche, un acontecimiento que incidió, sobremanera, en la agricultura ilicitana: nos estamos refiriendo a la Colonización de los Carrizales, por parte del Señor de Elche, el Duque de Arcos, y de la que ya hablamos, detalladamente en otro capítulo de este libro. Este hecho puso en cultivo mas de 10.000 tahullas de tierras de almarjales, que hasta enton-



ces habían tenido un aprovechamiento nulo en agricultura. Dado el carácter de secanos que tenían la mayor parte de las tierras del término municipal, al poner en regadío mas de 1.000 hectáreas de terreno, fue un acontecimiento muy positivo, desde el punto de vista agrícola, aunque estos regadíos, se abastecían de aguas de sobrantes de las Pías Fundaciones del Cardenal Belluga. Tanto fue esto así que en los años de sequía, los Carrizales se convertían en el granero de Elche, donde se cosechaba la paja y el pienso que necesitaban las caballerías de labor, y gran parte del trigo que precisaban los ilicitanos para su alimentación. En estos años de sequía, tener tierras en Carrizales, era un privilegio para los agricultores, ya que al menos tenían asegurado el sustento de ellos y de sus animales domésticos.

En el mapa de cultivos de 1.783, que se conserva en el Archivo Municipal, y al que hemos tenido acceso, están desglosados por pedanías, toda la variedad de cultivos que había en cada una de ellas. Lo que más abunda, por supuesto, es la llamada «tierra campa», es decir, la que no tiene ninguna clase de arbolados, con 77.588 tahullas, el 75,80% del total.

En este mapa figuran 224.626 tahullas de tierras cultivadas en aquellas fechas, cuya distribución por cultivos, es la siguiente:

Tierra campa	177.588 tahullas	75,80%
Olivar	15.845 tahullas	6,80%
Viña	7.713tahullas	3,30%
Saladares	6.537 tahullas	2,80%
Medianos	4.541 tahullas	1,90%
Tierra de huerta	3.199 tahullas	1,40%
Higueras	2.929 tahullas	1,30%
Algarrobos	2.901 tahullas	1,20%
Plantados	2.058 tahullas	0,90%
Palmeras	1.101 tahullas	0,50%
Almendros	214 tahullas	0,10%

Como hemos visto, el cultivo arbóreo, que mas abunda, después de la «tierra campa», es el olivo.

Aunque este censo se confeccionó once años antes de estar Cavanilles en Elche, es muy dudoso que en tan poco tiempo se duplicara las tahullas de olivar, aunque por aquellas fechas, fuera este cultivo en auge, alcanzando una gran expansión.


Rondeñas 96
AÑO 1784
Torre y Her
mita del Señ
D. Benito Ruiz de Sax
Cavallº Maestt. de Ronda

La viña que sigue en extensión a los olivos, con 7.713 tahullas.

Respecto a la viña nos llama mucho la atención, que no figure en Carrizales cantidad alguna, ni tampoco los olivos, treinta años después de empezar su colonización. Esto nos induce a pensar que en aquellas fechas, las tierras colonizadas apenas se empezarían a cultivar y aún no se habían plantado las tres variedades de árboles que figuraban en las cláusulas que regulaban la Colonización.

En cambio, figuraban nueve tahullas de palmeras, cuyo cultivo no se contemplaba en las normas que regulaban la Colonización, ni las ha habido tampoco después, en ningún tiempo.

En este mapa de cultivos, no figuran tampoco los granados, lo que nos da a entender que serían muy escasos por aquellas fechas. Los pocos que habrían entonces, estarían encuadrados en las 2.058 tahullas de plantados.

Al margen de los cereales, el incremento de los cultivos arbóreos y hortícolas, fue notable en el siglo XVIII. Esto le dio a la agricultura ilicitana más riqueza y variedad en sus producciones.

También resultan un poco confusas las denominaciones de tierras de huertas y tierras de medianos. ¿Tenían arbolados estas tierras? Y si las tenían ¿De que variedad eran? Más bien creemos que serían tierras ubicadas dentro de la zona regable, sin arbolados, dedicadas a los cultivos herbáceos, que no fueran cereales, ya que los cereales se sembraban en las tierras de secano.

Las higueras y los algarrobos, ocupaban casi el mismo espacio, con una superficie aproximada de 3.000 tahullas cada uno.

En cuanto a las palmeras, las 1.101 tahullas que figuran en este censo, suponemos que se refieren solamente a los huertos del casco urbano. Unos años después, Cavanilles habla de un cinturón de palmeras alrededor de la población de 1.000 tahullas, con 70.000 árboles.

En todos los censos antiguos de palmeras sólo figuran los huertos que podemos considerar urbanos, es decir los que están ubicados en la periferia de la población, no haciendo ninguna referencia sobre las palmeras rurales, tanto diseminadas como agrupadas en huertos regulares.

Otra cosa que nos llama mucho la atención, en relación a las palmeras, es los elevados impuestos que pagaban en el siglo XVIII, lo que nos demuestra el alto índice de rentabilidad que tenían entonces estos árboles. Estos impuestos, en algunos casos, llegaban a ser 25 veces superiores a los que pagaba la «tierra campa». Los olivos ocupaban el segundo lugar en cuanto a la cuantía del impuesto municipal que se pagaba por aquellos años, lo que demuestra así mismo, que también eran entonces un cultivo muy rentable.

El comercio de los sobrantes del aceite y del jabón, que se exportaba a diferentes puntos de España, suponían para Elche un importante capítulo de ingresos. Según Cavanilles, se producían 58.500 arrobas de aceite al año, aunque es de suponer que esta producción variaría mucho de un año a otro, en función de determinadas circunstancias. También detalla Cavanilles, los demás productos agrarios cosechados, entre los que se destacan las 60.000 arrobas de garrofas y los 30.000 cahíces de cebada.

Diremos como resumen, que el siglo XVIII, fue para la agricultura ilicitana, una época de gran prosperidad y desarrollo, dentro de las dificultades y limitaciones que siempre tuvo, particularmente, por la falta de lluvias, y la consiguiente escasez de recursos hídricos, para poder regar estos campos con una cierta regularidad y a su debido tiempo.

PUIG SOLER
MUSEO ESCOLAR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

Capítulo XVII

Decadencia de la agricultura ilicitana en el siglo XIX

A principios del siglo XIX, la agricultura ilicitana experimentó una fuerte decadencia, por distintos motivos; esta decadencia, duró bastante tiempo y se acentuó mucho más aún a mediados del siglo a causa de la sequía que se padeció en la década de los años cuarenta.

Las convulsiones políticas nacidas de la Guerra de la Independencia, contribuyeron también, en gran medida, al creciente deterioro que padeció la agricultura ilicitana, lo mismo que ocurrió con las demás actividades de la población.

Ya hemos visto en el capítulo anterior, el rápido crecimiento de los habitantes de Elche en el siglo anterior, prueba evidente de la prosperidad de la agricultura de aquella época, que constituía el 90% de la actividad de la población ilicitana. Pues bien. Esta curva ascendente de los habitantes de Elche, disminuye notablemente en el siglo XIX, ya que de los 20.080 habitantes que había en 1.794, se pasa a 25.880 en 1.900, con lo que el incremento en 106 años, es solamente del 28,8%. Este dato es muy elocuente y revelador de la marcha social y económica de Elche, durante el siglo XIX.

Aunque la población de entonces era bastante sedentaria y se conservaba prácticamente inamovible en su lugar de residencia, pese a las convulsiones y avatares políticos de aquella época, no cabe ninguna duda de que la prosperidad o decadencia de la agricultura, quedaba reflejada en el crecimiento más o menos acelerado de la población ilicitana, tal como ocurre hoy con la industria.

La Guerra de la Independencia, con sus sacudidas políticas y sociales y los largos periodos de sequía que azotaron esta comarca en las décadas de los años 40 y 70, fueron la principales causas que motivaron esta larga decadencia agrícola. Hubo otros factores que influyeron también en este deterioro, aunque con menos incidencia que los reseñados, tales como el hundimiento del mercado de la barrilla, que hasta entonces proporcionaba saneados ingresos con su explotación. Pero lo cierto es que por una u otra causa, el campo de Elche perdió una gran parte de la prosperidad y la pujanza agrícola que tuvo a finales del siglo XVIII. Los libros de Cabildos de estos años, contienen muchas referencias que nos manifiestan claramente el deterioro de la agricultura ilicitana.

Desde las 224.626 tahullas que figuraban en el mapa de cultivos en 1.783, como terrenos con algún aprovechamiento agrícola, en la totalidad del término municipal en el amillaramiento de 1.855 (recién terminada una prolongada sequía) solamente figuraban 196.813 válidas agrícolamente.

En el avance catastral de 1.923, (año en que se empezó a regar, en casi la totalidad del término municipal de Elche, con las aguas dulces elevadas de los sobrantes de la Vega Baja del Segura), ya figuraban cultivadas 280.000 tahullas de tierra, entre secanos y regadíos, 59.374 más que en 1.783 y 87.187 más que en 1.855. La agricultura ilicitana estaba de nuevo en un período de gran expansión y crecimiento, que con algunos altibajos, le ha llevado a lo que fue a mediados del presente siglo, en que alcanzó las más altas cotas de su historia.

Dentro del deterioro general que padeció la agricultura ilicitana en el siglo XIX, donde más se notó esta decadencia fue en los olivos. Unos simples datos nos revelarán la profundidad de esta decadencia: de las 210 almazaras y 20 fábricas de jabón que había en Elche en 1.783, en el año 1.802 sólo quedaban 142 de las primeras y 9 de las segundas.



El 5 de Abril de 1.815, en la reunión del Cabildo se dice: que de 4 fábricas de jabón que quedaban en la Villa, sólo trabajaban dos. Si tenemos en cuenta que 32 años antes había en Elche 20 fábricas de jabón y en esas fechas sólo quedaban dos, tendremos una idea aproximada de la magnitud de la decadencia del olivar en el campo de Elche, principal cultivo arbóreo de aquella época. Otro tanto ocurrió con las almazaras, ya que en los libros de Cabildos del año 1.822, se dice: que no se cosechaba aceite desde hacía 24 años.

En 1.850, para efectos de impuestos, estaba aún en vigor el amillaramiento de 1.783, en plena época de prosperidad. Esto, suponía para los agricultores, unas cargas tributarias muy superiores a sus posibilidades económicas, notablemente esquilmadas, dada la difícil situación por las que estaba atravesando en aquellos difíciles momentos.

El 8 de Septiembre de 1.850, el Cabildo reconoce que «la riqueza rústica en esta fecha era de 4.244.408 reales, con arreglo al padrón de 1.773. Pero por causa de la sequía, esta riqueza ha bajado el 23%, es decir, 990.254 reales y se ha quedado en 3.254.047».

En el Cabildo del 30 de Octubre de 1.845, el Secretario del Ayuntamiento Pedro Miralles Imperial y Gómez, luce un informe en el que detalla la difícil situación por las que está atravesando el campo de Elche, por causa de la sequía. 4 meses antes, el 20 de Junio , ya se decía de «pedir a la Administración de Contribuciones del lastimoso estado productivo del término, ocasionado por la sequía, para pedir la baja en la contribución». En un escrito posterior, los propietarios de fincas rústicas, ofrecían sus animales y sus propiedades a la Administración de Contribuciones, pues no podían pagar sus impuestos por falta de cosechas.

Madoz, en 1.847, describe también la catastrófica situación por la que estaba atravesando la agricultura ilicitana a causa de la sequía.

De las 210 almazaras que había en 1.783, sólo quedaban 54 en 1.845, y 41 en 1.862. Las fábricas de jabón habían quedado reducidas a tres en esta última fecha.

Del abandono del olivar era patente y su decadencia iba en aumento, hasta perder la preponderancia que tuvo durante muchas décadas, como el cultivo arbóreo más importante del campo de Elche.

A finales del siglo XIX, muchos de estos olivares, fueron sustituidos por huertos de granados y por viñedos.

De exportar grandes cantidades de aceite, se había pasado a tener que importar parte del que precisaban la población para cubrir sus necesidades de consumo, dados los arranques masivos de olivares que se llevaron a cabo en el último tercio del siglo XIX. En esa misma época, los viñedos adquirieron una cierta importancia, por su cuantía y la cantidad de sus viñas, hasta que sobrevino la invasión de la plaga de la filoxera, en los primeros años del presente siglo. Esta importancia quedó manifiesta en la exportación de 150.000 arrobas de vino y 2.500 de aguardiente, llevadas a cabo en 1.864, según calculaba el Ayuntamiento cuando emitió un informe sobre las exportaciones e importaciones, para justificar la conveniencia de que se construyera el ferrocarril que a la sazón estaba en proyecto. En este mismo informe se decía también que Elche, exportaba 280.000 fanegas de cebada, 200.000 arrobas de dátiles, 20.000 de palma blanca, 60.000 de higos, 4.000 de macocas, 80.000 de salicor y barrilla, 4.000 de frutas, 3.000 de aceite, 1.500 de cominos, 8.000 de granadas, y 3.000 de corteza de granados. En cuanto a las importaciones, las cifraba en 25.000 fanegas de trigo, 4.000 de almendras, 10.000 arrobas de aceite, 20.000 de arroz y legumbres, y 58.000 de verduras.

Como observamos por estos datos, las mayores producciones de esta época eran la cebada, en cuanto a los cereales, particularmente, en los años en que las lluvias eran abundantes; en frutas los dátiles y los higos, además del vino y la barrilla que también constituían un capítulo importante en las exportaciones. En almendras, aceite, legumbres y verduras, éramos también deficitarios.

Esta decadencia de la agricultura ilicitana, adquirió tintes dramáticos entre los años 1.907 y 1.914, a causa de la sequía. Superada esta en 1.915, año en que amplió sus regadíos Nuevos Riegos el Progreso, el campo de Elche, mejoró su aspecto y su rendimiento, mejoría que se incrementó, sobremanera, 8 años después, cuando empezó a distribuir aguas dulces la Real Compañia de Riegos de Levante, aguas que procedían de los sobrantes de la Vega Baja del Segura.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

Capítulo XVIII

Porcentajes de población rural a partir de 1854

Hasta principios del presente siglo, el campo de Elche, superaba a la propia población, tanto en el aspecto económico, como demográfico. Hasta entonces, la ocupación mayoritaria de los ilicitanos había sido la agricultura, y por consiguiente, en el campo vivía tanta gente como en el caso urbano.

Además, algunos agricultores, aunque no de los mayores propietarios, vivían en la población, y trabajaban en la agricultura, tanto por cuenta propia, como por cuenta ajena.

Elche, en este sentido, ha sido siempre diferente a los pueblos limítrofes, ya que en Aspe, Crevillente y Dolores, los agricultores vivían casi todos en sus poblaciones respectivas, y muy pocos en viviendas rurales. En cambio, en Elche, los agricultores, en su inmensa mayoría, vivieron siempre en casas de campo, al pie de sus explotaciones agrarias. La gran extensión del término municipal, ha sido determinante en esta tendencia, tendencia que arranca desde la época romana, y que de una manera ininterrumpida, ha llegado hasta nuestros días. De ahí el que la población rural, hasta épocas recientes, haya sido superior a la del casco urbano, lo mismo que el del número de viviendas. Un dato significativo de lo que decimos, lo aporta Pedro Ibarra («Historia de Elche p. 288) cuando dice: en 1.887, había en el casco urbano 1.256 edificios, y en el

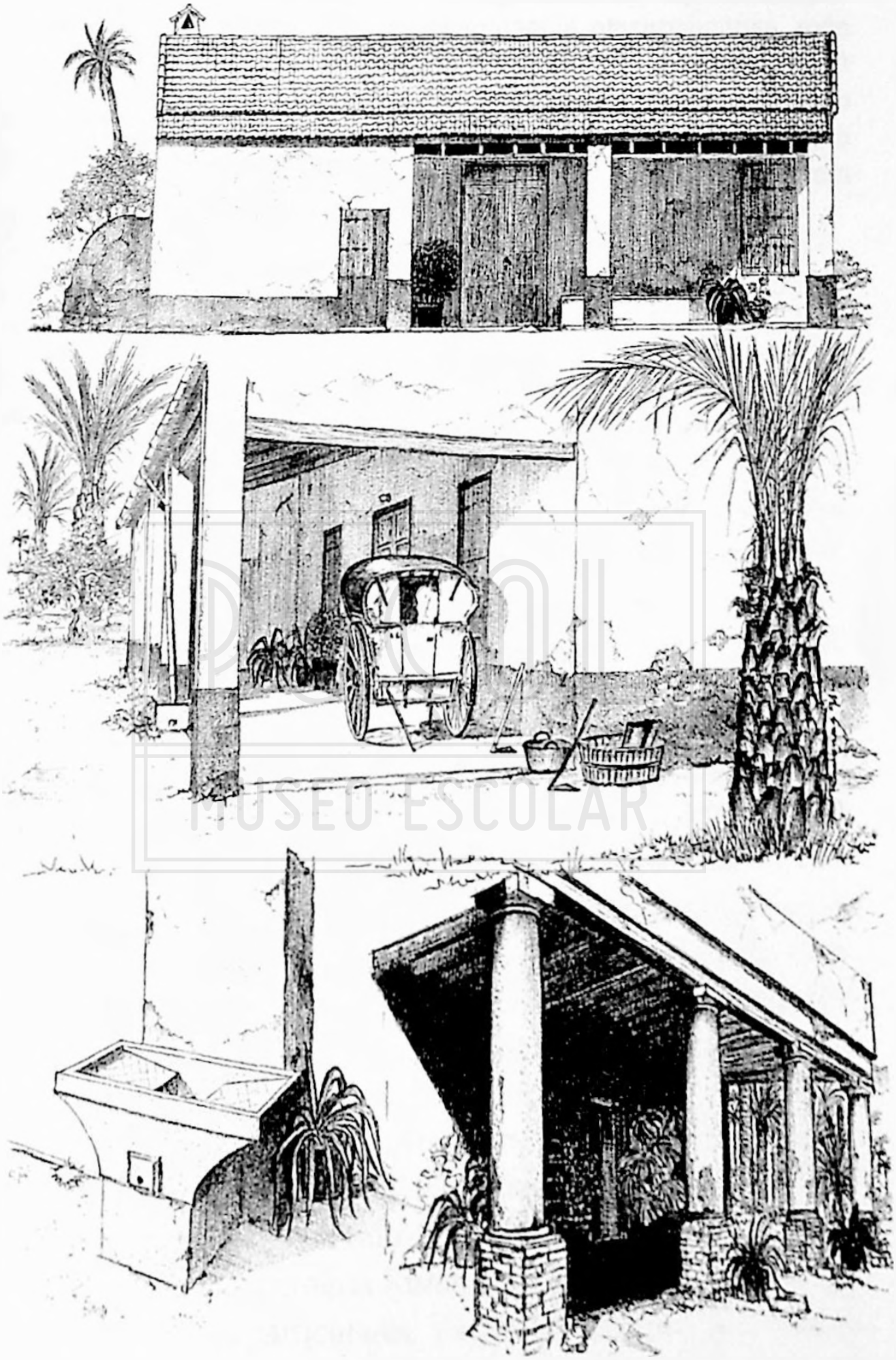
campo 3.731 Estas cifras nos parecen un tanto exageradas, pues en el campo, por estas fechas, los habitantes eran alrededor del 46% del conjunto de la población. De ser ciertos estos datos, muchas de estas viviendas rurales estarían deshabitadas, o la media de habitantes por vivienda sería bastante inferior a la media del casco urbano.

Según los censos elaborados por el Ayuntamiento, a partir de 1.854, hasta 1.983, los porcentajes de los habitantes del campo de Elche, respecto al conjunto de la población ilicitana, son los siguientes:

AÑO	HAB.CAMPO	HAB.PUEBLO	%
1.854	6.732	9.719	40,9
1.857	9.880	10.353	47
1.887	10.228	12.919	45,9
1.900	13.064	14.244	47,8
1.910	14.472	16.034	47,4
1.920	13.945	19.222	42
1.930	14.854	23.259	39,1
1.940	15.321	31.275	32,9
1.950	21.860	34.717	37,1
1.960	22.321	50.999	30,5
1.970	21.392	101.271	17,4
1.980	20.106	145.314	12,14
1.983	20.170	152.647	11,67

Como observamos por estas cifras, de 1.854 a 1.900, la población del casco urbano se incrementó en el 46,55% y en el campo, el aumento fue del 48,60, lo que nos demuestra la pujanza de la agricultura ilicitana, a pesar de las dificultades que siempre ha sufrido, por la escasez de agua de riego y los bajos índices pluviométricos. Lo mismo ocurrió de 1.940 a 1.950. Durante esta década la población del casco urbano se incrementó en el 9,9%, mientras en las pedanías el incremento fue del 31 %.

A partir de los años 50 del presente siglo, se invierten las tendencias y los habitantes de la población aumentan a un ritmo acelerado, mientras que en el campo se estabiliza, hasta el extremo de que en los últimos 25 años, la población rural apenas ha variado, alcanzando su máxima cota en 1.960, con 22.321 habitantes.



Estos porcentajes de habitantes entre el casco urbano en cada época, nos demuestra, claramente, la importancia económica y social, que tuvo la agricultura ilicitana, en el conjunto de la población, importancia que fue disminuyendo, paulatinamente, al paso de los años, particularmente, al incremento que fue adquiriendo la industria, el comercio y los servicios, como sectores productivos dentro de la sociedad ilicitana, mientras la agricultura iba perdiendo preponderancia y parte del protagonismo que había tenido hasta esos momentos.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

Capítulo XIX

Seguridad en el campo y guardería rural

Los robos y hurtos en el campo, han sido frecuentes en todos los tiempos, aunque últimamente, se han incrementado de una manera alarmante.

Al vivir las gentes en casas aisladas unas de otras, es más fácil poder cometer actos delictivos de esta naturaleza, no sólo en las viviendas, sino también en los frutos y cosechas. Esta falta de seguridad en las gentes, siempre ha sido un problema entre los agricultores que habitan en las viviendas rurales, ya que en todo momento se han sentido desprotegidos en sus personas y en sus propiedades.

Aunque el cuerpo de la Guardia Civil tiene, desde su creación, en el siglo pasado, un carácter eminentemente rural, la poca dotación existente en Elche, en un principio, estaba ubicado en la población y apenas atendía las necesidades de vigilancia y protección que necesitaba el campo, salvo que se le requiriese para determinados casos concretos, cuando ocurría algún hecho delictivo trascendental. En vista de esta situación, los agricultores ilicitanos, en varias ocasiones, durante el pasado siglo solicitaron de las autoridades competentes una Guardería Rural que protegiera mejor sus haciendas y sus intereses particulares. Y además de esto, pidieron también en repetidas ocasiones, que se nombrasen unos delegados del Ayuntamiento en las partidas rurales, que canalizasen sus peticio-

nes, sus quejas, y sus inquietudes, para hacerlas llegar a la Corporación Municipal, para que de esta manera, el Ayuntamiento tuviera cabal conocimiento de todo lo que ocurría en el campo.

Este sentir general del campesinado, fue asumido por el Ayuntamiento, y como consecuencia, la Corporación Municipal, en sesión celebrada en día 26 de Febrero de de 1.822, tomó el acuerdo de crear los Alcaldes Pedáneos, para las partidas rurales del campo de Elche. El Acta donde quedó reflejado este acuerdo, entre otras cosas, dice: «para cortar el malestar reinante en el campo, al parecer, por falta de respeto, se nombran Alcaldes Pedáneos en cada partida rural, para ejercer su ministerio, con las mismas obligaciones y facultades que los de la población».

Además de los hurtos, se cometían también en el campo muchos abusos por parte de los ganaderos, que en repetidas ocasiones, cometían sus rebaños en los bancales de sembrados y en el arbolado, ocasionando daños en cultivos y cosechas. Por tal motivo, la creación de una Guardería Rural, era de imperiosa necesidad, para tratar de evitar estos desmanes.

El primer intento de que se tiene noticias, para crear esta Guardería Rural, fue en 1.838, según nos dice Ramos Folqués (Historia de Elche, tomo I, p. 297), cuando apunta: «para asegurar el campo contra los malhechores y evitar hurtos y que los ganados utilicen como pastos las cosechas existentes en el campo o huertas, se formó en Elche una Junta de Labradores, que en el año 1.838, presentó a la Autoridad Competente un Reglamento para la Institución de Guardas Celadores del campo y huerta de esta Villa. Celebrada Junta para tratar de este asunto, se acordó que se establecieran 20 Guardas Celadores, que se sirvieran de custodia al arbolado, frutos, mieses y demás intereses existentes en el término de Elche. Se les asignó a estos Guardas cuatro reales de vellón diarios, y para atender a este pago, quedaron obligados los labradores a satisfacer anualmente, por cada par de mulas que poseyesen, 40 reales y 20 por cada par de caballerías menores y 40 reales por cada tahulla de tierra».

Como parecía excesivo este impuesto, a algunos labradores, se acordó reducir el número de Guardas a cuatro, según referencias



del Cabildo del día 1 de Junio de 1.838, como consta en las referencias del Acta correspondiente. Pero debieron surgir muchos inconvenientes a la hora de armar estos Guardas, pues en el Acta del Cabildo celebrado el día 20 de Agosto del mismo año, se puede leer: «no autorizó el Jefe Político el armar a los veinte guardas del término... Pero el Cabildo dispuso de las que las tenían favorecidas o pagadas, las licencias de uso de escopetas para dárselas». Estos guardas siguieron prestando servicios, pero de una manera precaria. Y en el Cabildo del día 22 de Enero de 1.839, se acordó formar una Comisión de estos guardas rurales para arreglar caminos.

Aquellos años, en el aspecto político, fueron convulsos y muy revoltosos. De ahí que en el Cabildo del día 8 de Junio de 1.843, al referirse a los Guardas Celadores, se hiciese saber que «el Jefe Político suprime los Guardas Celadores de este término», a lo que replicaba: «...se observará, suspendiendo su cumplimiento, hasta ser oídos, en atenta exposición, el Jefe Político». Esta suspensión coincidió con el pronunciamiento de Alicante. Y el recurso contra la misma surtió efecto, ya que por orden de la Diputación, se dejó sin efecto la suspensión de los Guardas Rurales, de cuya decisión se dio cuenta en la reunión del Cabildo del día 16 del mismo mes.

En la reunión de la Corporación Municipal del día 31 de Octubre de 1.844, se tomó el acuerdo de «habilitar 4.000 reales, para reparar la Iglesia de San Juan y para los Guardas Celadores del campo y de la huerta».

Todos estos datos y referencias, nos dan a entender, que aquellos Guardas Celadores, dependían del Ayuntamiento y no de una Comunidad de Labradores, pues el Ayuntamiento les pagaba y disponía de ellos, ya que sus movimientos y actividades, quedaban reflejadas de las actas de los Cabildos.

A pesar de los servicios prestados por esta esporádica Guardería Rural, en las épocas posteriores, la necesidad de vigilancia y protección en las partidas rurales se fue incrementando, y en función de esa necesidad y al amparo de la Ley del 8 de Julio de 1.898, se creó la Comunidad de Labradores de Elche, cuya principal misión era el instituir una Guardería Rural, dotada con todos los medios necesarios para poder cumplir con eficacia, sus funciones específicas. Tan pronto se publicó esta Ley, que propiciaba la crea-

ción de esta clase de entidades, los agricultores ilicitanos, asesorados y promovidos por los más grandes terratenientes del campo de Elche, se aprestaron a constituir su propia Comunidad que se legalizó el día 24 de Junio de 1.900 y que dejó de existir, legalmente, el día 16 de Diciembre de 1.945.» Durante casi medio siglo, de existencia, La Comunidad de Labradores de Elche, pasó por muy variados avatares, y su creación tuvo como precedentes, la de Crevillente y la de Orihuela, que se crearon unos meses antes». (Baltasar Brotóns, «El Campo, Entre La Marginación y la Esperanza p.187»). Y añade más adelante: «la razón principal que tuvieron sus promotores para crear esta Comunidad fue para constituir una Policía Rural, que vigilara el campo de Elche, que estaba por aquellas fechas, expuesto a un sin fin de hurtos y atropellos, tanto en las cosechas como en las propiedades».

Los principales promotores de esta Comunidad, fueron los grandes terratenientes D. Manuel Campello Antón, D. Luis Cruz Pascual de Bonanza y D. Joaquín Santo Boix, que fue Presidente de la misma en los primeros años de su funcionamiento.

Desde un principio, los ganaderos, se opusieron tenazmente a la constitución de la Comunidad de Labradores, pues al ponerse en funcionamiento la Guardería Rural, veían recortadas las excesivas libertades de que venían gozando desde tiempos antiguos, para el pastoreo de sus rebaños, que campaban por sus respetos, sin demasiados miramientos en cuanto a respetar las propiedades ajenas. Estos ganaderos, trataron de obstaculizar, por todos los medios a su alcance, la legalización de la Comunidad y de su Guardería Rural, hasta el extremo de que consiguieron del Gobernador Civil de Alicante que el día 4 de Octubre, es decir, tres meses después de su legalización, suspendieran cautelarmente en sus funciones, a la Comunidad y a su Guardería Rural. Como sus promotores no cejaron en su empeño, de que la Comunidad de Labradores de Elche, continuara en pleno funcionamiento, recurrieron contra la suspensión cautelar, y después de muchos trámites y gestiones, salvaron todos los obstáculos y dificultades, hasta conseguir que las Autoridades Gubernativas anularan la suspensión. Así, pues, vencidos todos los escollos legales, los Guardas Rurales salieron de nuevo a prestar servicios de vigilancia el día 1 de Enero de 1.901 (es decir,

el primer día del siglo XX). De todas las peripecias y vicisitudes que pasó la Comunidad, hasta que se quedó definitivamente legalizada, nos da amplias referencias Juan Vives García, en su libro «Orígenes de la Comunidad de Labradores de Elche», publicado por el Instituto de Estudios Alicantinos en 1.973.

Para prestar estos servicios de vigilancia, se nombraron 20 Guardas Jurados y un Cabo. El Cabo era Plaza Montada y los Guardas prestaban servicio a pie.

Como datos curiosos referidos a esta Guardería Rural, diremos que el Cabo ganaba 2,50 pesetas diarias, y los Guardas 2 pesetas, con la particularidad de que sólo cobraban sueldo el día que prestaban servicio. Por lo tanto, si un mes determinado prestaban servicio 27 días, cobraban solamente 54 pesetas.

Para sufragar los gastos de mantenimiento de la Comunidad, se estableció una cuota anual, consistente en el 18,75% del importe de la Contribución Rústica de todas las propiedades del término municipal de Elche y de Santa Pola, (esta Guardería Rural, en un principio, vigilaba los términos municipales de ambas poblaciones).

El total de contribuyentes que había en el campo de Elche, en el año 1.900, era de 5.115 y 181 en el término de Santa Pola.

En el año 1.900, el mayor contribuyente del campo de Elche, era D. Luis Cruz Pascual de Bonanza, (uno de los tres principales promotores de la Comunidad), que contribuía al mantenimiento de la misma, con la cantidad de 1.134,48 pesetas, y el menor contribuyente D. Francisco Segarra Candela, que contribuyó con 0,09 pesetas.

Como hemos dicho antes, en Diciembre de 1.945, la Comunidad de Labradores de Elche, dejó de existir legalmente, y sus funciones y competencias, pasaron a depender de la Hermandad Sindical de Agricultores y Ganaderos, que creó el Nuevo Régimen Político, nacido de la Guerra Civil Española, y que era el Organismo que tenía que gestionar y defender los intereses específicos del sector agropecuario.

Y los Guardas Rurales, por supuesto, pasaron a depender también de la recién creada Hermandad. Esta Hermandad, estuvo también en funcionamiento, hasta 1.976, cuando se inició la transición política, y que a su vez, dio paso a la Cámara Agraria Local, que se creó en 1.977.

Esta Cámara Agraria Local, dejó de existir, legalmente, en 1.991, pasando los Guardas Rurales y su propio patrimonio a depender del Ayuntamiento de Elche. Entre este patrimonio figuran unos locales en la calle Puente Ortices nº 13, de Elche, que el Ayuntamiento los ha puesto a disposición de las Organizaciones Agrarias, que han fijado allí sus sedes sociales. También esta allí en estos momentos la sede del Consejo Agrario Local y las oficinas del Patronato de los Palmerales de Elche.

De los 20 guardas y 1 cabo que hubo en un principio, ahora solo quedan 4 guardas y 1 cabo, ya que de un tiempo a esta parte, no se han ido reponiendo las bajas producidas por jubilación u otras causas. Estos guardas actuales, mas que vigilantes son repartidores de citaciones judiciales o de otros documentos oficiales del Ayuntamiento.

En cuanto a la vigilancia del campo de Elche, en estos momentos, está encomendada, preferentemente, a la Policía Nacional y a los Guardas Municipales que patrullan en motocicletas o en coches todoterreno por todos los caminos rurales del término Municipal de Elche.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

Capítulo XX

La barrilla, el salicor y el aguazul

Hubo un tiempo en que la barrilla, planta salsoláceo, tuvo mucha importancia en la agricultura ilicitana. En sus mejores tiempos, su exportación, constituyó un capítulo importante de ingresos para los agricultores del campo de Elche. Y no solamente la barrilla, sino también el salicor y el aguazul, plantas de las mismas características, que tenían la misma utilidad y aprovechamiento. De las tres plantas, la más importante, por su cuantía, era la barrilla, pero las tres se utilizaban para los mismos fines.

La barrilla, no solamente se recolectaba en los terrenos baldíos, como los saladares, por ejemplo, ya que en sus mejores tiempos, se dedicaban también a este cultivo muchas tierras de buena calidad, y se le dedicaban estas plantas muchos cuidados y atenciones, ya que llegó a tener una gran rentabilidad. La siembra de la barrilla se efectuaba a finales del mes de Diciembre y se cosechaba a últimos del mes de Agosto.

Una vez recogidas y amontonadas estas plantas, se quemaban y sus cenizas, que llamaban " piedra", tenía también otras aplicaciones, pero la más importante de todas era la antes reseñada, es decir, la fabricación del jabón.

La barrilla solía quemarse una vez se tenía asegurada su venta, ya que una vez convertida en «piedra», era dificultosa su conservación en perfecto estado, por lo mucho que le perjudicaba la humedad.

Después de varios siglos de esplendor, la barrilla, el salicor, y el aguazul, fueron perdiendo valor comercial, hasta desaparecer por completo del mapa de los cultivos característicos del campo de Elche. Esto ocurrió cuando empezó a fabricarse la sosa por procedimientos industriales, hasta que contribuyó, decisivamente, a que estas tres plantas perdieran todo el valor de mercado que habían tenido hasta entonces.

Para que nos hagamos una idea de la importancia que tuvieron estas tres plantas, desde el punto de vista agrícola, en los tiempos pasados, diremos que en la Real Cédula del Rey Fernando VI, del año 1.748, donde se especificaban las condiciones en que el Duque de Arcos, Señor de Elche, podía colonizar los Carrizales, los enfiteutas tenían que pagar al Dominio Directo la cuarta parte de la barrilla, el salicor y el aguazul, que cosechaban en las tierras colonizadas, mientras que de los demás productos pagaban la sexta parte. Esto nos da idea de la gran importancia económica que tenían estas tres plantas en aquellos tiempos.

Estas plantas salsoláceas se cultivaban en el campo de Elche, desde tiempos muy antiguos. Tanto fue así que Viciana, en el siglo XVI, cuando estuvo en Elche, ya nos habla de ellas, lo mismo que lo hacen Cavanilles y Madóz, particularmente en los siglos XVIII y XIX.

Cavanilles, por su parte, al hablar de lo que se cosechaba en el campo de Elche, hace referencia a una producción de 8.000 arrobas anuales de barrilla, «sin contar otras especies de menor mérito llamadas allí sosa y salicor».

En los libros de Cabildos y otros documentos del Archivo Municipal de Elche, se hacen muchas referencias a la barrilla y al salicor. Refiriéndose a la cosecha en los saladares, existen relaciones detalladas de la cosecha de muchos años, según el" alfarras", de los labradores expertos.

Los saladares, que eran a la sazón terrenos de propios, estaban divididos en 36 «roals» (lotes), para efectos de venta de la barrilla. Por supuesto no todos los «roals», cosechaban la misma cantidad ni

se vendían al mismo precio, este precio siempre estaba en función del «alfarrás». Previo al cálculo de la cantidad de barrilla que tenían cada uno de estos lotes, a juicio de los labradores expertos en estas cuestiones, que designaba el Ayuntamiento de la Vila, todos los años el día de San Juan (24 de Junio) a las 4 de la tarde, después de ser anunciado por el pregonero a toda la población, se subastaban los 36 «roals», en la Plaza Mayor, junto a la Troneta. Estas subastas anuales estaban presididas por el Alcalde Mayor y el Presidente y Vocales de la Junta de Propios y Arbitrios y el Contador Fiscal de la misma. El importe de estas subastas se repartían entre Raval y la Vila: una tercera parte para el primero y las otras dos terceras partes para el segundo. Este dinero se dedicaba a sufragar los gastos de consumos de la población.

Si estas subastas no se terminaban por falta de tiempo el día 24 de Junio, se continuaba el día siguiente. Pero si al día siguiente no había postores, estas subastas se repetían con intervalos de varios días, hasta que se adjudicaban todos los lotes subastados. El remate de dichas subastas se pagaba el día de San Miguel, una vez recogida y vendida la cosecha, dándose una fianza dentro del plazo de 3 días, a partir de la subasta. Otra de las condiciones de estas subastas, era el pago de 30 reales de vellón en concepto de derechos de «correduría y remate».

En caso de contratiempo meteorológico o incendio después de efectuada la subasta, no podía el comprador reclamar indemnización alguna por tales causas y tenían que pagar la totalidad convenida en su momento.

Como dijimos anteriormente, durante mucho tiempo, se exportaron al extranjero grandes cantidades de «piedra», lo que proporcionaba al campo de Elche un saneado capítulo de ingresos. En algunas ocasiones, los importadores formulaban quejas y reclamaciones por las adulteraciones y mezcladuras que se observaban en la «piedra», con la pérdida consiguiente en su pureza y calidad. Ante estos casos, se estableció una estrecha vigilancia para tratar de evitar estas adulteraciones, que en caso de comprobarse se penalizaba con la incautación de la «piedra» adulterada.

Una vez que se generalizó por todas partes el consumo de la sosa industrial, la barrilla, el salicor y el aguazul, dejaron de apro-

vecharse y perdieron todo el valor comercial que habían tenido hasta entonces. Esto ocurrió a mediados del siglo XIX. A estas plantas les pasó lo mismo que le ocurrió al cáñamo 100 años después: un producto industrial echó por tierra un producto agrícola. Primero fue la sosa cáustica y después el plástico. En ambos casos, la industria le ganó la partida a la agricultura.

El precio de la «piedra», variaba de un año a otro y siempre estaba en función de la demanda. En los años de mayor prosperidad llegó a pagarse hasta 80 reales de vellón el quintal. Al acentuarse la decadencia, se fue depreciando poco a poco, y en 1.848 el precio que se pagaba oscilaba entre 20 y 25 reales, hasta que dejó de comprarse.

Quintales de" piedra" aforados en los saladares de Elche.

Año	1.738	4.026	Quintales.
"	1.741	3.195	"
"	1.780	2.156	"
"	1.781	3.065	"
"	1.786	2.119	"
"	1.787	1.705	"
"	1.791	2.014	"
"	1.796	1.810	"
"	1.828	1.027	"

El año que más dinero se obtuvo de estas subastas, fue 1.781, que importaron 4.088 libras y 3 sueldos y el que menos, 1.828, con 378 libras y 12 sueldos. La media de todos estos años oscila alrededor de 2.500 libras, una cantidad ciertamente importante, para aquellos tiempos, y que pasaba a engrosar el capítulo de ingresos del Ayuntamiento de Elche, y que constituía un valioso complemento a lo que se ingresaba por el cobro de impuestos municipales.

Capítulo XXI

Plagas y calamidades

El campo de Elche, ha sufrido a lo largo de los siglos muchas plagas y calamidades, que ocasionaron cuantiosos daños a la agricultura. Entre estas plagas y calamidades habría que destacar la langosta y el pedrisco. Como en todas las demás cuestiones, los libros de Cabildos están llenos de referencias que nos hablan de estas cosas.

También Llobregat Conesa se ocupa de este tema (Nuestra Historia tomo 2, p.188), cuando dice: «la crónica plaga de langosta que azotaba a la Cartaginense todos los años (Siglo VII), y que obligó hasta modificar el calendario de los Tribunales en aquella región, por la asidua devastación de la langosta: según menciona la Ley correspondiente». Otros muchos autores hablan también en sus escritos de los devastadores estragos que causaron las plagas de langosta en esta zona, durante los siglos XV, XVI, XVII y XVIII, y que constituían una verdadera calamidad para la agricultura.

La primera referencia que se hace en los libros de Cabildos, sobre la langosta, corresponde al 31 de Diciembre de 1.458. Dos meses después, concretamente, el 4 de Marzo de 1.459, en virtud de la persistencia de la plaga de langosta que no cesa, el Cabildo acuerda «hacer tres días de rogativas para que llueva y se acabe la langosta».

Poco después, el 2 de Abril de 1.464, el Cabildo se ocupa de nuevo de la langosta, y se toman algunas medidas para combatirla: «en lo terme de la dita Vila ha molta langosta i per a combatirla se formaran cuadrelles de moros i cristians. Cascuna haja deu peons los quals vajen de una mig jorn on menester sera».

Estas cuadrillas de moros y cristianos, no debieron ser muy eficaces en la labor de exterminio de la langosta, pues en el Cabildo del 17 de Febrero de 1.465, se tomó el acuerdo de llamar al saludador Alfonso de la Virtud, para que intente acabar con ella, con su poder extraordinario.

En los libros de Cabildos correspondientes al siglo XVI, también constan algunas referencias sobre las plagas de la langosta. Así vemos como se dice el 18 de Octubre de 1.564, que se ha detectado langosta en la Sierra del Molar; el 4 de Mayo de 1.591, se ordena que para combatir la langosta «sia la Vila aquadrellada, per anar a combatir aquella». Y ante la gravedad de la plaga, poco después, en vista de los muchos gastos que ocasionaba el combatirla, en el Cabildo del día 17 de Abril de 1.592, se ordena que «para combatirla se pondría un reparto por igual entre todos los terratenientes de este término, cuya tercera parte lo pagaría el Raval. También contribuiría la Iglesia y los clérigos con una parte de sus diezmos».

El 26 de Abril de 1.688, se detecta una gran cantidad de langosta en el Molar y en varios Cabildos de 1.756 se habla de la plaga de langosta, lo que nos da a entender que durante ese año hubo mucha.

El día 31 de Enero de 1.793, se hace mención de una plaga de langosta cerca del Castillo de Santa Pola, por lo que se alerta al vecindario para que se apreste a combatirla.

Ante la gravedad de las plagas de langosta que se han sufrido en esta zona en distintas épocas, los pueblos más afectados pedían ayuda a sus vecinos para combatirla. Tal fue el caso de Albatera, que en 1.825, pidió ayuda a Elche, mediante un oficio de su Alcalde. El Cabildo acordó enviar 30 hombres por espacio de 4 días.

La última referencia que se hace sobre la langosta en los libros de Cabildos, corresponde al 13 de Marzo de 1.845, cuando se dice que «es tan remota la fecha de su última aparición, que el Cabildo no pudo informar a la superioridad, sobre su extinción». Por lo que

se deduce de este dato, para los componentes de la Corporación Municipal de entonces, 20 años ya suponían una fecha remota de difícil identificación.

De un siglo a esta parte, las plagas de langosta, tan perniciosas en otros tiempos, han desaparecido del campo de Elche. Hoy, es impensable que puedan ocurrir estas cosas, pues con los insecticidas y productos químicos de distintas variedades que están al alcance de la mano de los agricultores, en pocas horas desaparecería una plaga de langosta. Aunque también hay que decir que se está comprobando que cada día que pasa, las distintas plagas que padece la agricultura, se inmunizan y endurecen más contra los frecuentes tratamientos que hacen los agricultores, en toda clase de cultivos, y arbolados. Ante la mayor resistencia de los insectos y gusanos, los insecticidas y pesticidas, aumentan su toxicidad de día en día, en una lucha constante entre el exterminio y la supervivencia de las plagas.

Y ahora hablemos del pedrisco, que tan nocivo es también para la agricultura. Aunque no con tanta frecuencia que se produce en otras comarcas, el pedrisco también ha ocasionado muchos daños en el campo de Elche, en repetidas ocasiones. La última vez que esto ocurrió fue el día 22 de Junio de 1.983, cuando una fuerte granizada afectó a una franja de unos tres kilómetros de ancha, en las partidas de Llano de San José, Algoda y Algorós, con unas pérdidas valoradas en cerca de cien millones de pesetas. El cultivo que más daño sufrió fueron los parrales de uva de mesa.

En los libros de Cabildos, también existen referencias a fuertes granizadas. Hablaremos solamente de los dos casos en que los daños fueron muy importantes y cuantiosos en el campo de Elche, aunque seguramente habrán ocurrido otros casos igualmente desastrosos, de los cuales no se tienen referencias escritas.

En el libro número 34 y en el Acta correspondiente al Cabildo del día 11 de Marzo de 1.609, se hace referencia a una fuerte granizada que ocasionó muchos desperfectos en el campo de Elche, y en su agricultura: «caigué molta pedra en lo terme de la present Vila, de tal manera que durá molts anys que los abres y pins no pugueren tornar a cobrar lo que habien perdut y sen secaren molts».

En el mes de Junio de 1.893, cayó sobre el campo de Elche «molta pedra», que ocasionó cuantiosos daños en la agricultura.

Grandes debieron ser estos destrozos, para que el Cabildo, en la sesión celebrada el día 5 de Octubre del mismo año acordara «hacer un donativo de 2.500 pesetas para repartir entre los perjudicados por el pedrisco del mes de Junio».

Ha habido ocasiones en que a causa de las tormentas y lluvias torrenciales, se han originado en el campo de Elche, muchos daños por las inundaciones y desperfectos en las estructuras agrarias. La más significativa de todas las conocidas, fue cuando el Abril de 1.884, a causa de las fuertes lluvias y aluviones, por el Segura y el Vinalopó, que se desbordaron, se inundó la pedanía de los Carrizales durante varios meses, por cuyo motivo se perdió todo el arbolado que había y estuvo la tierra improductiva durante un año. Esta inundación originó una gran plaga de mosquitos, por la excesiva humedad y la gran cantidad de materia orgánica en descomposición que se produjo, por cuya causa apareció una epidemia de paludismo que obligó a los habitantes del caserío de San Francisco de Asís, ha abandonar el lugar y trasladarse a la Marina.

Aunque no tan dañino como la langosta y el pedrisco, la superabundancia de pájaros, también se consideró como una plaga, en los pasados tiempos, por que ocasionaban daños en los frutos y los sembrados. En el año 1.537, eran tantos los gorriones que había en el campo de Elche, que el Concejo en el mes de Noviembre, dispuso que se dieran diez sueldos a cada persona que trajera mil pares de pies de» pardals de teulada».

También en 1.568, el Concejo pagó a Pascual Pomares y a otro 5 sueldos por 500 pares de gorriones que mataron y trajeron.

En 1.734, el Concejo vuelve a tener noticias de que en el Molar había «una gran cantidad de pajaricos como gorriones, y se acuerda combatirlos y destruir los nidos para que no se reproduzcan, pues se comían los higos y la cebada del Molar. Se acuerda también pasar aviso al Raval, para que envie hombres para combatirlos. Los gastos que esto ocasionara se pagarían por la Vila y el Raval».

Capítulo XXII

La agricultura ilicitana a principios del siglo XX

En los primeros años del presente siglo, los viñedos del campo de Elche, sufrieron un fuerte ataque de filoxera, que les produjo muchos desperfectos. Esta enfermedad del viñedo, se inició en Francia en los últimos años del siglo XIX, pasando desde allí a Cataluña y poco a poco se fue expandiendo por todo el territorio nacional. Aunque la filoxera llegó al campo de Elche, ya algo debilitada en su inicial virulencia, también produjo muchos daños entre los viñedos ilicitanos.

Como ya hemos hablado en capítulos anteriores, una de las mayores preocupaciones de los agricultores ilicitanos de aquellos tiempos, era la inseguridad en el campo, tanto en sus propiedades como en sus cosechas. Pero esa inseguridad y falta de vigilancia, se pudo subsanar, en parte, con la creación de la Comunidad de Labradores de Elche, en el año 1.900, y la consiguiente Guardería Rural, que salía todos los días a vigilar la totalidad del término municipal de Elche, evitando muchos hurtos en las casas de campo y en las cosechas y también muchos desmanes de los ganaderos, que con sus rebaños, invadían las propiedades ajenas originando desperfectos en los sembrados. Estos Guardas Rurales, en un principio, además de vigilar el campo, tenían también la misión de reparar los caminos. Por eso, además de su arma reglamentaria llevaban tam-

bién un pequeño legón para poder realizar los trabajos de reparación de caminos. La cuestión fue que con la puesta en funcionamiento de esta Guardería Rural, los agricultores ilicitanos, ya se sentían más seguros y protegidos en sus cosechas y propiedades, cumpliéndose una aspiración que venían reivindicando desde hacía mucho tiempo, como ya hemos dicho en capítulos anteriores.

Otra preocupación que también les atosigaba a los agricultores ilicitanos de aquella época, eran los abusos que cometían determinadas personas que prestaban dinero a unos intereses muy elevados, ya que con demasiada frecuencia, tenían que recurrir a ellas para poder cubrir perentorias necesidades económicas, para sacar adelante sus cosechas o para solventar alguna emergencia familiar, ya que en aquellos tiempos, los Bancos y las Cajas de Ahorros, no se habían establecido aún. Y para poder atender estas necesidades, sin caer en las garras de los usureros, crearon, ellos mismos, en el año 1.903, la Caja Rural de Préstamos y Ahorros del Campo de Elche, que domiciliaron en la pedanía de Daimés, bajo su propia gestión, y administración. Y a partir de entonces, en esta Caja depositaban sus ahorros los que tenían algún dinero disponible o a ella acudían los que necesitaban un préstamo para cubrir sus necesidades de fondos. Estos préstamos se les concedían en mejores condiciones que lo hacían las entidades financieras, y por consiguiente mucho mejor que los préstamos que hacían los prestamistas desaprensivos.

A principios de siglo, hubo también una época muy calamitosa para el campo de Elche. Nos estamos refiriendo a la larga sequía que se padeció en esta zona, y que se prolongó por espacio de 7 años (1.907-1.914) y que traumatizó a dos generaciones de agricultores por las graves consecuencias que trajo consigo.

Durante estos años calamitosos, muchos agricultores del campo de Elche, tuvieron que emigrar al extranjero, preferentemente, al norte de África, para poder sobrevivir, ya que al no llover, no se cosechaba nada, y por consiguiente, no había trabajo ni medios de vida para nadie. Fueron aquellos unos años muy difíciles y complicados, pues en las tierras de secano, que eran la inmensa mayoría de las tierras del campo de Elche, no se producía prácticamente nada, y por lo tanto, la agricultura ilicitana estaba atravesando por una decadencia angustiosa.



Y los que no se decidieron a emigrar por que no quisieron abandonar sus casas y a sus familiares, tenían que ocuparse en trabajos marginales, con una escasa remuneración, como era la recogida de junco en los saladares, durante los meses de verano, a desplazarse a los pueblos de la Vega Baja, a varios kilómetros de distancia, a pie, en los meses invernales, para realizar trabajos complementarios en la agricultura, ya que en estos lugares, al haber agua para riego, si que habían cosechas y solían ocupar a algunas personas forráneas, para que les ayudasen en las labores agrícolas. En estos largos años de sequía, se produjo en el campo de Elche, la misma situación de angustia y de pesar, que ya se habían vivido en épocas pasadas, en las mismas penosas circunstancias, y que ya hemos relatado en capítulos anteriores de este libro.

Y, precisamente, en esta precaria situación, les favoreció mucho los servicios que prestaba la recién creada Caja Rural de Préstamos y Ahorros del Campo de Elche, para atender las muchas necesidades de ayuda que padecía el campesinado ilicitano, en aquellos tiempos aciagos.

En 1.906, se produjo en el campo de Elche, otro acontecimiento que tuvo una gran transcendencia en la agricultura ilicitana. Nos estamos refiriendo a la creación de la Sociedad Mercantil Nuevos Riegos el Progreso, del que ya hemos hablado en el primer capítulo de esta historia, dedicado a los regadíos y cuyo promotor y *Alma Mater* de esta magnífica iniciativa, fue Ernesto Martínez Riviere, Ingeniero Técnico Industrial ilicitano y que tanto se preocupó por los problemas del campo de Elche, y el desarrollo agrario ilicitano.

Esta meritoria labor de el Progreso, fue ampliamente complementada, unos años después, por la Real Compañía de Riegos de Levante, ampliando mucho la zona regable de El Progreso, hasta alcanzar mas del 80% de todas las tierras cultivables del campo de Elche.

Las primeras aguas de el Progreso, empezaron a distribuirse en la Marina y en el Molar, en Enero de 1.910, en su primera fase, y en su segunda fase, entre 1.913 y 1.915, hasta alcanzar una zona regable de unas 10.000 hectáreas del sur del término municipal de Elche.

En cuanto a Riegos de Levante, que puso en regadío unas 40.000 hectáreas de tierra de 10 términos municipales del sur de la provincia de Alicante (de las que el 50% eran tierras del campo de Elche), empezó a distribuir aguas de riego, el 31 de Enero de 1.923, y cuyas obras e instalaciones fueron inauguradas, oficialmente, por el Rey Alfonso XIII, en esa misma fecha.

Primero, Nuevos Riegos el Progreso y después la Real Compañía de Riegos de Levante, marcaron un hito histórico en la agricultura ilicitana, hasta tal punto, de generar una nueva cultura en el campesinado, la cultura del regadío, que contrastaba con la cultura de la sed, que fue la que prevaleció hasta entonces en el campo de Elche, desde los tiempos más antiguos. Esta nueva cultura del regadío, se incrustó hasta en el lenguaje coloquial de los agricultores ilicitanos, al que se le añadieron nuevas palabras y vocablos que no se habían empleado nunca, tales como canal, turno, tal la, partior, aforo, fiel, repartior, transversal, elevacions etc.

Por otra parte, la red de canales que se trazaron a lo largo y ancho de todo el campo de Elche, para distribuir estas aguas, primero por el Progreso y después por Riegos de Levante, introdujeron nuevos elementos en el mapa agrícola ilicitano y se introdujeron nuevos puntos de referencia en el vocabulario campesino, cuando trataban de situar determinados puntos geográficos inexistentes hasta entonces. Así decían, por ejemplo: «eixa finca esta situada junt al primer canal, entre el partior 21 i 22».0 también «el tercer canal de llevant partix en dos mitats la propietat del Señor Pascual».

La cuestión fue que a partir de la llegada de estas aguas dulces, elevadas por el sistema de bombeo, ya nada fue igual en el campo de Elche, puesto que se entró en una nueva época histórica, muy distinta a las épocas anteriores, en todos los aspectos y sentidos.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

Capítulo XXIII

La agricola ilicitana

Los agricultores del campo de Elche, crearon desde finales del pasado siglo, numerosas sociedades agrarias, de todo tipo, encaminadas a defender mejor sus intereses profesionales. Dudamos mucho que haya otro colectivo agrario, de las mismas características, que haya creado tantas sociedades agrarias, en el transcurso del presente siglo, como el campesinado ilicitano, lo que nos demuestra, fehacientamiente, su dinamismo y su iniciativa. Todas estas organizaciones alumbradas por los agricultores del campo de Elche, están recopiladas en un libro que publicamos en el año 1.985, titulado Sociedades Agrarias Ilicitanas del Último Siglo (1.886-1986), en el que se hace un repaso a todas ellas, que son cerca de 40. Entendemos que para tener una idea aproximada de lo que ha sido la agricultura ilicitana de los últimos tiempos, antes hay que conocer todas las entidades que ha creado este campesinado, a lo largo de los años, para poder defender mejor sus intereses específicos.

En capítulos anteriores hemos hablado brevemente de 3 sociedades agrarias de las más relevantes que han existido en el campo de Elche, y las 3 legalizadas en los primeros años del presente siglo, y que por orden cronológico son las siguientes: «La Comunidad de Labradores de Elche, -creada en el año 1.900, y cuya principal función fue la de poner en pie una Guardería Rural, para vigilar el

campo de Elche; «La Caja Rural de Préstamos y Ahorros del Campo de Elche», creada en el año 1.903, y cuya función figura implícita en su nombre y «La Sociedad Mercantil Nuevos Riegos el Progreso», creada en 1.906, y cuya función específica era elevar aguas dulces por el sistema de bombeo, de los sobrantes de la Vega Baja del Segura, y que fue pionera en esta clase de cometidos.

Y ahora queremos hablar de la «Agrícola Ilicitana», la primera Organización Agraria de carácter reivindicativo, que se creó en el campo de Elche, y que abarcaba la totalidad del término municipal.«La Agrícola Ilicitana» fue legalizada el día 1 de Mayo de 1.912, cuando aún estaba padeciendo la agricultura ilicitana, aquel triste periodo de sequía, y uno de sus principales promotores fue Vicente Sansano Fenoll, un personaje ilicitano muy relevante de aquellos tiempos, que fue polifacético en sus actividades, ya que era industrial del calzado, comerciante, escritor y político, que desempeñó varios cargos públicos, entre ellos el de Alcalde de Elche, desde Marzo a Diciembre de 1.910.

Esta Organización fue muy bien recibida por la mayor parte de los agricultores del campo de Elche, ya que veían en ella una entidad de carácter reivindicativo, y que a través de la cual, podrían defender mejor sus intereses profesionales.

Alrededor de la «Agrícola Ilicitana», se creó un movimiento social, de carácter progresista y anticacitil, como no se había conocido hasta entonces en el campo de Elche. «La Agrícola Ilicitana», desempeñó un papel importante en la defensa del sector agrario, y sobre todo ,sentó un precedente en el asociacionismo agrario ilicitano, digno de estudio y consideración. (Baltasar Brotóns «Agrodelx p. 38»).

La fuerte personalidad de Vicente Sansano Fenoll, que durante el corto espacio de tiempo que permaneció al frente de la Corporación Municipal, hizo una labor muy positiva en favor del sector campesino, fue el elemento catalizador que aglutinó en torno a él y a la «Agrícola Ilicitana» a la inmensa mayoría de los agricultores más relevantes del campo de Elche, de aquellos tiempos. También influyó mucho para que ocurriera esto, el periódico local *La Libertad*, obra también de Vicente Sansano Fenoll, que fue su promotor y director durante bastante tiempo, y del que se valia para airear sus ideas y sus propuestas

Durante aquellos años, las luchas y las contiendas políticas, eran feroces y despiadadas, ya que los diferentes partidos políticos que existían en aquella época, estaban muy radicalizados, en sus planteamientos y en sus postulados. Y los más influyentes y poderosos, a escala local, tenían su propio periódico como órgano de expresión, en el que vertían sus programas y sus ideas, para captar adeptos y simpatizantes. Y el movimiento progresista, capitaneado por Vicente Sansano Fenoll, tenía como portavoz al semanario *La Libertad*. Y en torno a la «Agrícola Ilicitana» y a *La Libertad*, se generó un movimiento campesino, en el que se destacaron muchos agricultores ilicitanos, tanto en las actividades políticas como literarias. Varios de estos agricultores, impulsados por la «Agrícola Ilicitana», que podía presentar candidatos en las Elecciones Municipales, llegaron a ser Concejales del Ayuntamiento de Elche. Tal fue el caso de Roberto Martínez Fuentes, (conocido popularmente como El Tío Rebeltet), pedáneo de la partida de Matola, José Antón Soriano, (El Tío Rochet, el de Sant Antoni), que llegó a ser Alcalde de Elche en 1.930). Y Carlos Agulló Amorós, de Asprillas.

Como poetas y escritores que colaboraban asiduamente en *La Libertad*, se destacaron particularmente, Vicente Alarcón Maciá, (un home flac), inspirado poeta, que escribía lo mismo en castellano que en valenciano, autor del juguete cómico en verso, escrito en valenciano «El Tenorio de Alzabares», y de otros muchos poemas publicados en periódicos y revistas de la época; Pascual Pastor Maciá, que vivía en el Huerto de Viscarra, que publicó un poemario titulado «Mis Primeros Pasos»; Tomás Garcia Ruiz, que vivía en Asprillas y en las Bayas, y que publicó muchos trabajos en prosa y en verso en *La Libertad*, y que como político, fue Concejal del Ayuntamiento de Elche, en la primera Corporación Municipal de la Segunda República, en Abril de 1.931, entre otros muchos. La verdad es que en aquella época, florecieron una pléyade de agricultores ilicitanos que se destacaron en diversas actividades sociales, políticas y culturales.

«La Agrícola Ilicitana» tenia el mismo esquema organizativo que adoptó en 1.976, la Asociación Local de Agricultores y Ganaderos de Elche, y que aún está en plena actividad en estos momentos. Hasta la Guerra Civil Española,«la Agrícola Ilicitana» fue la

Organización Agraria de carácter reivindicativo más fuerte y consolidada que tuvo el campo de Elche.

Su Junta Rectora, tenía un Presidente, un Vicepresidente, un Secretario, un Tesorero y 30 Vocales, uno por cada una de las pedanías más importantes del término municipal de Elche, de tal forma que todo el campo de Elche se viera representado en los Órganos de Gobierno de esta entidad, entidad que estuvo en activo hasta 1.936 y cuya sede social siempre estuvo radicada en la población.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

Capítulo XXIV

Cuando el campo de Elche cambio de aspecto

A partir de la llegada de las aguas dulces, distribuidas primero por Nuevos Riegos el Progreso, y poco después por la Compañia de Riegos de Levante, que pusieron en regadío más del 80% de las tierras cultivables del término municipal de Elche, el campo ilicitano cambió de aspecto, ganando muchos enteros en verdor y lozanía, ya que se plantaron multitud de cultivos, tanto arbóreos, como hortícolas. Y poco a poco, fueron surgiendo por doquier almendros, higueras, manzanos, limoneros, naranjos, perales, entre otros arbolados y habas, guisantes, patatas, berenjenas, pimientos, ñoras, alcachofas, melones, sandías, entre otros cultivos hortícolas, que modificaron por completo la geografía agraria ilicitana.

Hasta entonces, como las pocas aguas de riego de que se disponían eran salitrosas, y además insuficientes para regar todo el término municipal, los únicos cultivos que habían eran, los pocos que admitían estas aguas salitrosas de mala calidad, como eran, en arbolados, los granados, las palmeras y los olivos, y en cuanto a cultivos herbáceos, la cebada, el trigo, el algodón y la alfalfa, aunque los cereales solían sembrarse en las tierras de secano.

Pero con la llegada de las aguas de buena calidad, podía plantarse cualquier cultivo, de las características que fueran, con la seguridad de que se enraizarían y vegetarían adecuadamente ya que las tierras ilicitanas, en su conjunto, tenían una fertilidad reconocida, siempre que tuvieran la humedad adecuada. Incluso, los cultivos que admitían las aguas salitrosas, al poder regarlas con aguas dulces, sus rendimientos eran mucho mayores, acordes con los superiores desarrollos vegetativos de las mismas.

Y a partir de esos años, con la proliferación de nuevos cultivos de todo tipo, se modificaron substancialmente, los modelos culturales de los agricultores ilicitanos, ya que los nuevos cultivos precisaban diferentes formas de cultivar la tierra, para atender las necesidades vitales de unas plantas y unos árboles que habían tomado carta de naturaleza en el campo de Elche, prácticamente desconocidos hasta entonces, ampliando mucho más las posibilidades económicas que tenían los agricultores, ya que podían tener ingresos todos los meses del año, puesto que la diversidad de cultivos hortícolas hacía posible que hubiera cosechas en todo tiempo, y no sólo en Verano y en Otoño, como había ocurrido hasta entonces.

Hasta la llegada de las aguas dulces, los productos mayoritarios en el campo de Elche, habían sido los cereales y el aceite. Y estos productos, los agricultores ilicitanos, los vendían a unos comerciantes que acudían a sus propios domicilios, donde se llevaban a cabo las transacciones comerciales correspondientes, sin que tuvieran que moverse de sus casas. Pero, con las nuevas producciones de frutas, verduras y hortalizas, tuvieron que implantarse nuevos canales de comercialización de estos productos, desconocidos hasta entonces. Así fue como nació la Lonja de Frutas y Verduras, regentada y administrada por el Ayuntamiento, y que los agricultores, en su lenguaje coloquial llamaban «El Prao».

En un principio, «El Prao», estaba situado en la Plaza que hoy ocupa la Iglesia del Sagrado Corazón de Jesús y después de la Guerra Civil, fue trasladada al barrio de Altabix, donde aún está en funcionamiento, aunque dentro de poco tiempo, será trasladada 2 kilómetros al Sur de la población, donde el Ayuntamiento ha adquirido una parcela de tierra de más de cien mil metros cuadrados, junto a la carretera de la Marina.



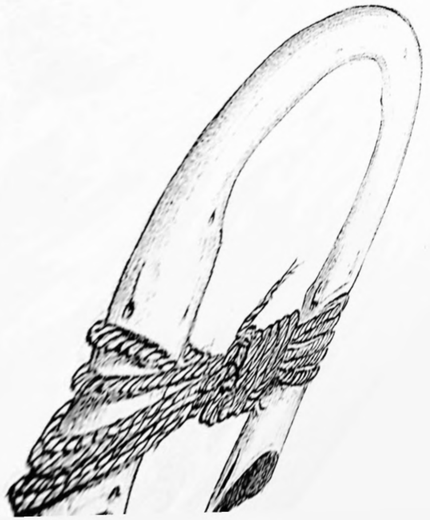
En esta Lonja de Frutas y Verduras, se comercializaban la mayor parte de los productos agrícolas que se cosechaban en el campo de Elche, por medio de unos «asentadores», que cobraban una comisión por su trabajo, comisión que descontaban del importe de la factura correspondiente. También cobraban una determinada cantidad por el desgaste de los envases que facilitaban a los agricultores para envasar el género. A estos gastos del asentador había que añadir también el impuesto municipal que se interesaba el Ayuntamiento en todas estas operaciones de compraventa. Una vez deducidos todos estos gastos en las facturas correspondientes, producto de las ventas, el resto del importe, era lo que cobraba el agricultor por los géneros que comercializaba en la Lonja.

Esta nueva actividad comercial, modificó un tanto las costumbres del campesinado, ya que era muy frecuente el oír el comentario de «demá tinc que madrugar per que vullc anar al Prao», a llevar un carro de melons». O también: «les faves, en el Prao, hui han pujat de preu i s'han venut mes cares de lo que se veneren ahir».

Como no había otros medios de transportes, lógicamente, los agricultores llevaban a la Lonja en carros todos los productos que querían comercializar. Como la venta se hacía a primeras horas de la mañana, en la mayoría de los casos, tenían que madrugar mucho para que sus productos pudieran estar presentes en la Lonja, a la hora de empezar la venta. La costumbre era, que después de descargar el género y recoger los envases vacíos, se esperaran un rato para ver si sus géneros se vendían, y a los precios que lo habían hecho, y después se volvían a sus casas. A veces antes de marcharse, cobraban el importe de los géneros vendidos en los días anteriores. De todas formas, con esta manera de comercializar los productos hortofrutícolas, los agricultores que tenían esta clase de cultivos, durante la época de la recolección, obtenían ingresos con mucha frecuencia, aunque en pequeñas cantidades, ya que las cosechas de estos productos, solían recolectarse escalonadamente y no de una sola vez.

Hasta la llegada de las aguas dulces, el 90% del terreno cultivable del campo de Elche, eran «tierras blancas o campas», es decir, sin arbolados dedicadas casi en su totalidad, al cultivo de los cereales, preferentemente, a la cebada.





MUSEO ESCOLAR

Estas tierras eran de secano, y sus cosechas siempre estaban en función de que lloviese o no. Si llovía, con una cierta regularidad y a su debido tiempo, la cosecha podía ser abundante. Si por el contrario, no llovía lo suficiente, la cosecha sería escasa, o incluso nula. De todas formas, todas estas tierras, la mayor parte del tiempo, estaban de barbecho, y por consiguiente, sin ninguna vegetación, por lo que ofrecían un aspecto un tanto árido y seco.

Pero, con la llegada de las aguas dulces y la gran proliferación de múltiples cultivos, tanto arbóreos como hortícolas, se incrementó mucho el verdor y la vegetación, y por consiguiente, muchos bancales, antes un tanto desérticos, se convirtieron en auténticos vergeles, que le daban al ambiente otro aspecto de mayor placidez y suavidad.

Y al aumentar los arbolados, se incrementó también la avifauna, ya que vinieron nuevas variedades de pájaros, desconocidos hasta entonces, que anidaban aquí y se reproducían por que aquí encontraban un hábitat, apropiado y comida suficiente para cubrir sus necesidades vitales de alimentación. Algunos de estos pájaros eran migratorios y sólo estaban aquí temporadas para reproducirse o para invernar y otros se hicieron sedentarios y se establecieron permanentemente en esta zona.

Lo cierto fue que con esta proliferación de nuevos cultivos, la agricultura ilicitana, se hizo más diversa y variada, al mismo tiempo que conseguía mayores cotas de riqueza y rentabilidad, riqueza y rentabilidad de la que participaba el conjunto del campesinado ilicitano, que paulatinamente, aumentó su nivel de vida, y lo que fue más importante el poder regar con aguas de buena calidad, (aunque estas aguas eran de sobrantes, y no se tenía la seguridad absoluta de su disponibilidad), ya no tenía que estar obsesivamente pendiente de las nubes, para que lloviese, pues de ello dependía el que hubiera o no cosechas, tal como había ocurrido hasta entonces.

Y además de todo ello, con ser importante, paisajísticamente, el campo de Elche, cambió de aspecto, mejorando su estampa y su perspectiva, hasta tal punto que más que un campo parecía una huerta, tal como entendemos estos conceptos, en una transformación tan acentuada y notable, como no se había conocido hasta entonces a lo largo de toda su historia.

Capítulo XXV

La postguerra, una época próspera para el campo de Elche

Durante la Guerra Civil Española, los agricultores ilicitanos, continuaron cultivando la tierra como lo habían hecho hasta entonces, aunque la actividad agraria perdió pujanza y vigor, por que muchos hombres jóvenes, tuvieron que abandonar sus ocupaciones habituales, para incorporarse a las unidades militares que combatían en los frentes.

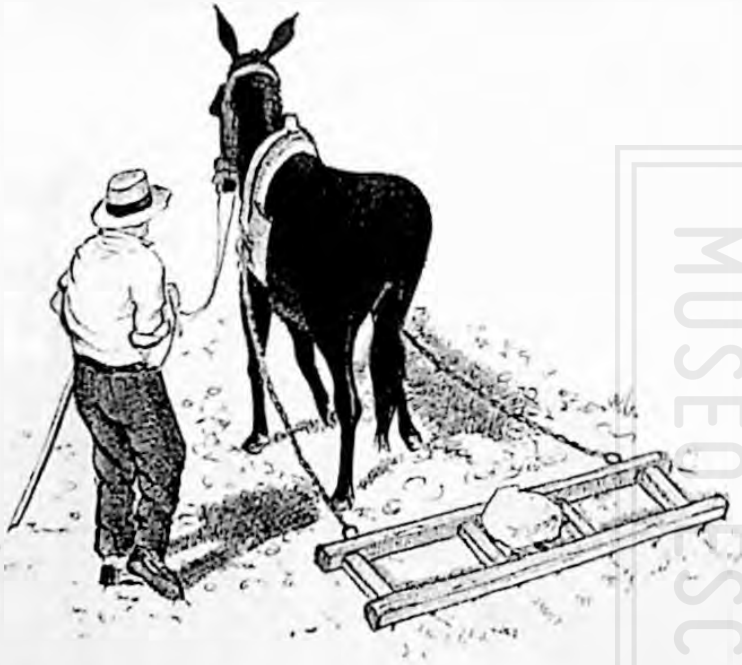
Al poco tiempo de iniciarse la guerra, algunas de las propiedades rústicas de mayor superficie del campo de Elche, cuyos dueños vivían en la población, y políticamente, eran contrarios a la República, fueron intervenidas por el Ayuntamiento, que pasó a cultivarlas por su cuenta, en lo que se llamó el «Control». Estas fincas, cuando terminó la contienda, fueron devueltas a sus legítimos dueños, que ya pudieron disponer de ellas, con entera libertad.

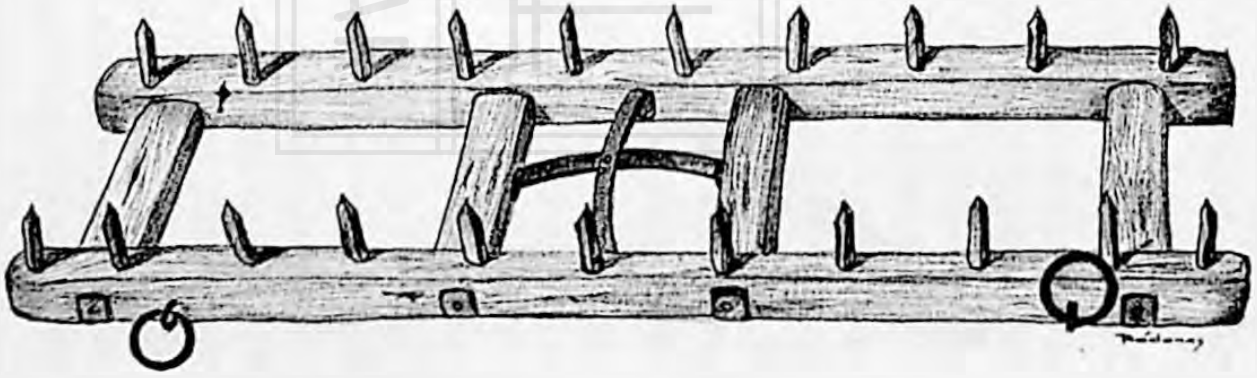
Terminada la contienda, y reintegrados a sus ocupaciones habituales todos aquellos que habían sido militarizados, los agricultores ilicitanos recuperaron su pulso normal, en su trabajo diario, pero en unas circunstancias muy distintas a las que había antes de la guerra, ya que habían cambiado muchas cosas, unas para bien y otras para mal, en lo que a la agricultura ilicitana se refiere. Por lo

tanto, en lo que consideramos positivo, tenemos que decir, que los años de la Posguerra, económicamente, fueron muy provechosos, para los agricultores ilicitanos, ya que debido a la gran escasez de alimentos que se padecía durante aquellos tiempos, y el consiguiente racionamiento de los mismos, todo lo que se cosechaba que fuera comestible, estaba muy solicitado y se podía vender a buenos precios de una manera inmediata. Aunque algunos productos de primera necesidad, tales como los cereales, las leguminosas, la leche, la carne, etc, estaban intervenidas y sujetas a unos precios oficiales, que fijaba la Comisaria de Abastecimientos y Transportes, otros, en cambio, como las frutas frescas o secas, se podían comercializar libremente, sin ningún impedimento, pudiendo los agricultores venderlos cuando quisieran, a los que más caros se los pagaban.

Para los productos sujetos a precios de tasa, fijados por la Administración, se obligaba a los agricultores a declararlos a los organismos correspondientes, y que una vez declarados tenía que depositarlos en los almacenes oficiales, para su posterior distribución en el conjunto de la población, mediante las correspondientes cartillas de racionamiento. Estos productos intervenidos, los cobraban los agricultores a los precios oficiales establecidos de antemano, que eran relativamente bajos, reservándose los titulares de las explotaciones agrarias unas cantidades determinadas para el consumo familiar, en función del número de miembros que componían estas familias y de algunas otras personas que estuvieran vinculadas a las mismas, de una u otra manera, como empleados fijos.

Como las raciones de artículos comestibles de primera necesidad que se les asignaba a cada persona, en su correspondiente cartilla de racionamiento, era insuficiente para una alimentación normal y correcta, en la mayoría de los casos, tenían que recurrir a otras fuentes de abastecimiento, para poder conseguir los alimentos adicionales que complementasen las raciones asignadas manifiestamente insuficientes. Lógicamente, como siempre suele ocurrir en estos casos, al socaire de la escasez y de las necesidades de la población, se originó un mercado paralelo y clandestino, que aunque estaba expuesto a muchos riesgos y dificultades, suministraba a las gentes (mucho más caro, por supuesto, de lo que eran los precios oficiales de racionamiento), todo aquello que la Comisaría de Abastecimien-





PUCO
MUSEO ESCOLAR

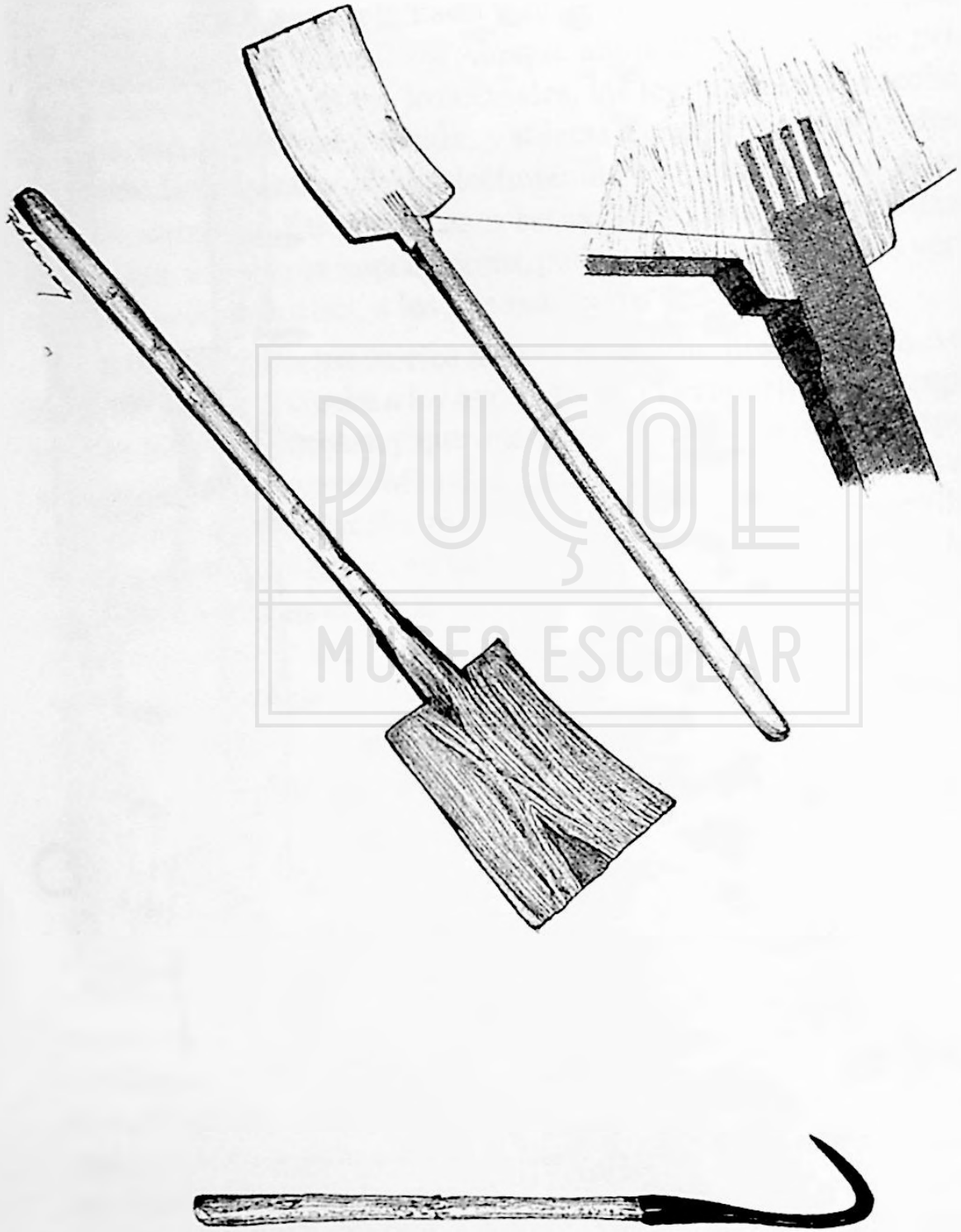
tos y Transportes, suministraba de una manera restringida e insuficiente.

De esta manera, y en estas circunstancias, nació aquel comercio clandestino, de artículos comestibles de primera necesidad, que se llamó, popularmente, «estraperlo», y que hizo furor en aquellos años de la Posguerra.

Para tratar de erradicar este comercio clandestino, al principio, las autoridades castigaban con dureza a las personas que se les cogía *in fraganti,* practicando esta clase de actividades, que se consideraban delictivas, llamados estraperlistas, que eran muchos. Incluso, se dictaron algunas penas de muerte, que no llegaron a ejecutarse. Pero a medida que pasaba el tiempo, se fueron suavizando estas medidas punitivas, y en consecuencia, este mercado negro se arraigó de tal forma, en el cuerpo social, que se involucró en el mismo, una gran cantidad de personas, que lo tenían como ocupación habitual, y que además resultaba muy rentable y provechosa.

Como suele ocurrir siempre, en estas circunstancias, la corrupción y la inmoralidad, en algunos comportamientos personales, estaban a la orden del día, aunque por las circunstancias políticas del momento, estas corruptelas no se aireaban demasiado, y casi siempre pasaban desapercibidas, ya que resultaba evidente que en estos trapicheos, habían también involucradas algunas personas con responsabilidades políticas y administrativas. Lo cierto era, que personajes destacados en el área política, a distintos niveles, a través de este comercio clandestino, amasaron grandes fortunas, mientras la mayor parte de la población estaba mal abastecida de productos de primera necesidad, y no podía comer lo suficiente. En esas tristes circunstancias, de la noche a la mañana, surgió una elite de gente adinerada, a los que se les llamó los nuevos ricos.

Estas penosas y lamentables circunstancias, favorecieron también a los agricultores ilicitanos, que mejoraron su situación económica y social, ya que nunca, hasta entonces, se les consideró tanto, y hasta se les tenia una cierta envidia. En primer lugar, porque podían comer lo que querían mientras el resto de la ciudadanía tenía ciertas dificultades de abastecimiento; y en segundo lugar, por que todo lo que se cosechaba y era comestible, lo vendían a buenos precios, excepto lo que tenían que entregar a la Comisaría



de Abastecimientos y Transportes, y algunos productos que se comercializaban en el extranjero, como las almendras y los limones, que apenas tenían valor comercial, al estar obstruidos el mercado internacional español, primero a causa de la Segunda Guerra Mundial, y después, por motivos políticos.

Estas circunstancias, un tanto anómalas, dieron pie a que se arrancaran, durante aquellos años, muchos huertos de almendros y de limoneros, para dedicar esas tierras que ocupaban, a sembrar cereales, preferentemente, trigo y cebada, que era lo que más se precisaba para la panificación, y lo que mas fácilmente se vendía y a mejores precios, dada su escasez y la apremiante necesidad que se tenía de ellos.

La Guerra Mundial, que duró cerca de seis años, empeoró aún más la Posguerra Española, ya de por sí harto difícil y complicado, en cuanto se refiere al abastecimiento de productos de primera necesidad, por la deficiente producción nacional y al no recibirse prácticamente nada del extranjero. La merma de producción nacional obedecía, entre otras causas, a la escasez de brazos para cultivar la tierra, debido a que muchos jóvenes agricultores habían muerto en la Guerra Civil, otros estaban encuadrados en el Ejército, que por aquellos años tenía muchos efectivos movilizados, y algunos más estaban detenidos en las cárceles y en Batallones Disciplinados, por motivos políticos. Otra de las razones era la carencia absoluta de abonos químicos, lo que originaba que las cosechas fueran escasas, en toda clase de cultivos. No obstante todos estos inconvenientes y dificultades, la prosperidad material de los agricultores ilicitanos durante aquellos años de la Posguerra, fue manifiesta, ya que casi todos los productos que se cosechaban se pagaban a buenos precios y los costos de cultivo, eran relativamente bajos, como bajos eran también los precios de las tierras que se vendían y compraban. Unos cuantos datos ilustraran lo que estamos diciendo: una hora de agua de Riegos de Levante, costaba 20 pesetas; un jornal para realizar cualquier trabajo agrícola, valía entre 20 y 25 pesetas; una tahulla de tierra de regadío, de buena calidad, se podía comprar entre 500 y 1.000 pesetas, con la particularidad de que en aquellos años, había mucha tierra en venta, sobre todo, de las grandes fincas, cuyos dueños eran familias de la población, que tenían otras ocupaciones al

margen de la agricultura. En cambio, un kilo de tomates de invierno se pagaban entre 1,5 y 2 pesetas el kilo; los higos secos entre dos y tres pesetas el kilo y el trigo, en el mercado clandestino (puesto que en la mayoría de los casos, los agricultores no declaraban la totalidad de las cosechas obtenidas), de 4 a 7 pesetas el kilo. Se dieron casos de agricultores que compraron una parcela de tierra, la sembraron de trigo, que vendieron de estraperlo, y con el producto de esta venta, le sobró dinero para pagar la tierra que habían comprado unos meses antes.

Como se observará, por los datos reseñados anteriormente, la agricultura ilicitana de aquellos años, fue muy rentable, mucho más de lo que lo había sido hasta entonces. De ahí el que muchos agricultores del campo de Elche, compraron muchas fincas rústicas, ampliando su patrimonio particular. Porque, además, se dio la circunstancia de que por aquellas fechas, muchas familias ilicitanas poseedoras de las fincas rústicas de mayor superficie del campo de Elche, no profesionales de la agricultura, pusieron en venta sus propiedades, a unos precios que al principio, eran irrisorios, aunque a medida que pasaban los años, iban subiendo paulatinamente. Y ocurrían estas cosas, a pesar de que los costes de cultivo, eran relativamente baratos, como queda dicho, y no suponía para sus dueños hacer grandes desembolsos, en ese sentido. No obstante, optaron por desprenderse de estas propiedades rústicas. Tal vez influyese en esta decisión, el hecho de que durante la Guerra Civil, muchas de estas fincas rústicas fueran intervenidas por el Ayuntamiento y cedidas para su cultivo a esa especie de Comuna de trabajadores agrícolas, que se erigieron en administradores de las mismas, bajo la tute la del Ayuntamiento, que las usufructuó hasta el final de la contienda.

No solamente muchos agricultores ilicitanos de la clase media aprovecharon estas circunstancias favorables para adquirir nuevas tierras a las que ya tenían antes, si no también algunos que no las tenían de su propiedad, pudieron comprar pequeñas parcelas, con lo cual, se convirtieron en propietarios, puesto que hasta entonces, las tierras que cultivaban, las llevaban en arriendo o aparcería. Fue, precisamente, lo contrario, de lo que había ocurrido 30 años antes, durante los siete años de sequía que hubo entre 1.907 y 1.914. Entonces, gran cantidad de pequeños agricultores ilicitanos, al no produ-

cir cosechas sus tierras de secano, por falta de agua, tuvieron que vender o enajenar todo o parte de su patrimonio familiar, para poder subsistir. Y casi todas aquellas tierras, que por necesidad tuvieron que vender o hipotecar, las compraron los grandes terratenientes, que eran los únicos que tenían dinero disponible para ello, superando con más desahogo, la crisis ocasionada por la sequía. Lo que unas circunstancias adversas les había quitado antes, unas nuevas circunstancias favorables, les brindaba la oportunidad de recuperarlo 30 años después.

En el corto espacio de tiempo de una década, la situación económica del campo de Elche, había dado un giro de 180 grados. Si bien es cierto que después de empezar a regarse estas tierras con aguas dulces de los sobrantes de la Vega Baja del Segura, los agricultores ilicitanos habían experimentado una notable mejoría económica, en cuanto a su producción, no lo fue tanto en cuanto a la rentabilidad económica, ya que los precios de los productos cosechados, hasta 1.936, continuaban siendo relativamente baratos.

Este mayor rendimiento de la tierra, creó entre el campesinado ilicitano, circunstancialmente, un mayor apego a la profesión, producto de una incipiente prosperidad económica. Nunca, hasta entonces, los agricultores se sintieron tan importantes, dentro del conjunto de la sociedad ilicitana, ni jamás se había valorado tanto su trabajo diario. Esta sensación de satisfacción y plenitud fue pasajera, y apenas duró quince años. Cuando España pudo romper el aislamiento internacional al que estuvo sometida por motivos políticos, desde 1.939, y volvió a tener las fronteras abiertas y pudo adquirir todo aquello de lo que carecía, la situación se normalizó de nuevo, y todas las cosas se pusieron otra vez en su sitio.

A partir de aquí, la importancia y la prosperidad que los agricultores habían gozado durante unos años, empezó a declinar y el campo a perder atractivo para ellos, sobre todo para los jóvenes.

El tratado hispano-americano de 1.953, dio paso a una normalización de relaciones internacionales, tanto diplomáticas como comerciales de España, con el resto de los países del mundo. Y como consecuencia más inmediata, la despensa española se nutrió de todo lo que adolecía, desde hacía muchos años, y por consiguiente, el campo de Elche, como productor de alimentos, perdió parte de la

importancia y el protagonismo que había tenido hasta entonces. Una breve época de prosperidad había pasado a la historia, dando entrada a otros tiempos más normales y menos brillantes de lo que lo habían sido los años anteriores. Por otra parte, por esta y otras causas, los hijos de los agricultores, iban perdiendo interés por la profesión de sus padres y empezaron a abandonar el campo y la agricultura, en busca de otros horizontes laborables, que consideraban más atractivos y menos sacrificados que la profesión de agricultores. Esta forma de pensar y estos comportamientos de los hijos de los agricultores ilicitanos, dieron pie a un fenómeno cultural y sociológico importante, como lo fue el que muchos hijos de los agricultores, empezaron a cursar carreras universitarias, cosa que no se había producido hasta entonces, salvo rarísimas excepciones.

También se puso de moda por aquellos años, el que muchas familias de agricultores, cambiases de domicilio trasladándose del campo a la población, dejando abandonadas muchas viviendas rurales, que ya empezaban a tener todas las comodidades, para poder vivir en ellas, dignamente, como eran luz eléctrica, teléfono, cuarto de baño, entre otras muchas cosas.

MUSEO ESCOLAR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

Capítulo XXVI

La mecanización de la agricultura en los años sesenta

La década de los años sesenta, marca un hito importante en la historia del campo de Elche, produciéndose grandes cambios y mutaciones en todos los aspectos y sentidos. Esos años fueron el final de una época y el principio de otra muy diferente a todo lo conocido hasta entonces, en cuanto a la forma de cultivar la tierra. Fue el paso del arado romano al tractor, y también la pérdida de una cultura ancestral que se venía transmitiendo de padres a hijos, a través de muchas generaciones, desde hacía dos mil años. En esos precisos momentos desaparecieron de los bancales las caballerías de labor, compañeras inseparables de los agricultores, desde tiempo inmemorial, dando paso a la maquinaria agrícola más variada, que desplazaba a la yunta y al hombre, en los diversos trabajos agrícolas. Fue, sencillamente, el principio de la mecanización de la agricultura, mecanización que llegó al campo de Elche, lo mismo que había llegado hasta los más apartados rincones de la geografía agraria nacional.

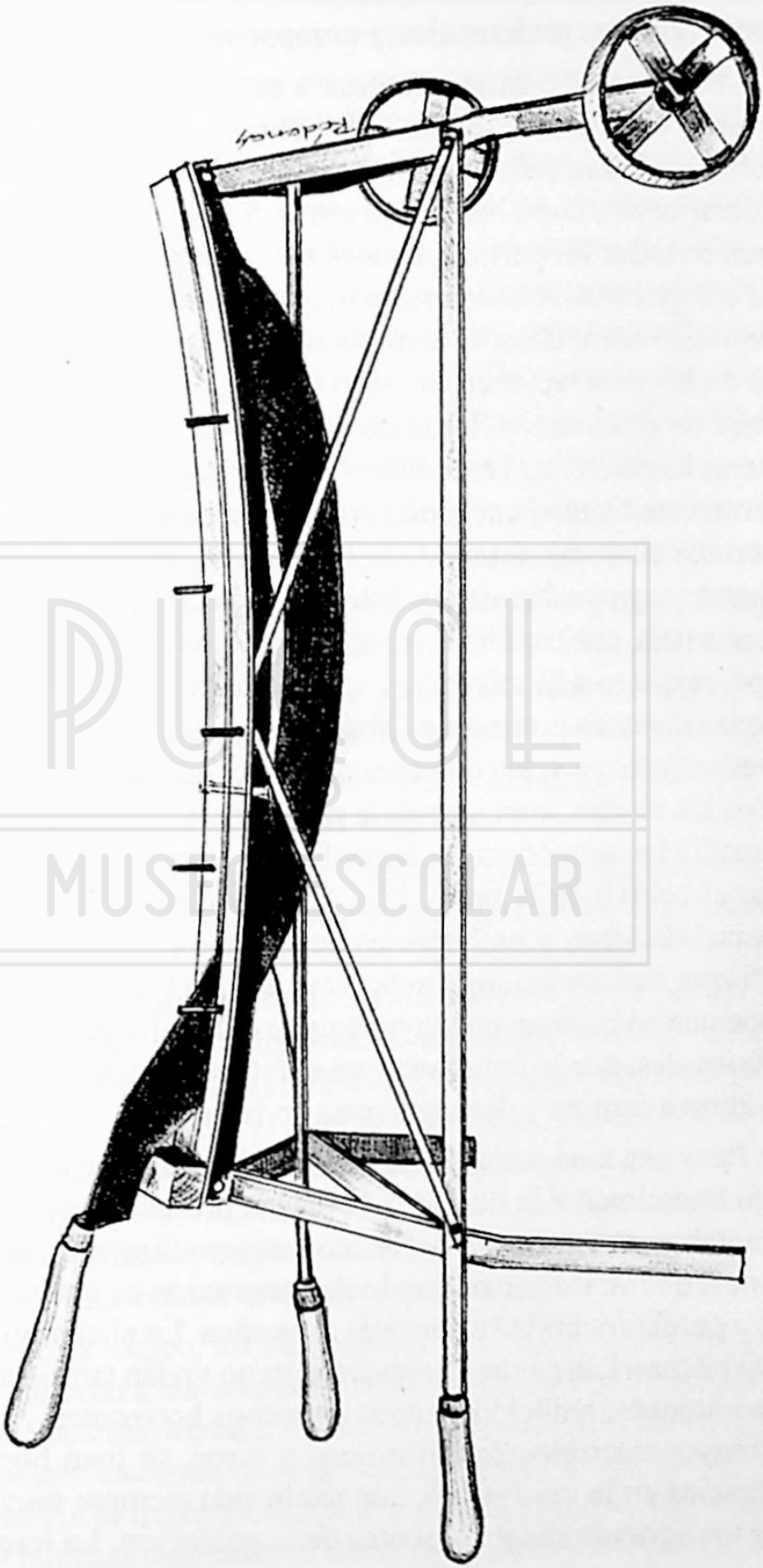
A partir de esas fechas, todas las labores agrícolas se realizarían a base de maquinaria, construida exprofeso para esos fines, y el hombre pasaría a ser un mero auxiliar y conductor de esa maquina-

ria. Toda esa amplia gama de maquinaria y de aperos que la tecnología moderna había puesto al servicio de los agricultores, habrían más amplias posibilidades de cultivo, que ni siquiera se habían soñado antes, liberando al hombre de la mayor parte de las fatigas y el esfuerzo que le habían supuesto hasta entonces, el cultivo de la tierra. Las más pesadas y fatigosas labores agrícolas, tales como la siega y la cava, que siempre se habían realizado manualmente, a partir de entonces, se mecanizaron, abaratando costos, ganando tiempo y ahorrando esfuerzo humano.

Las herramientas y aperos tradicionales que se había empleado siempre en el cultivo de la tierra y que se heredaban de padres a hijos, se iban arrinconando cada vez más en las viviendas rurales, al perder el uso y la utilidad que habían tenido hasta entonces, a la vez que iban ganando presencia y protagonismo, los flamantes tractores, de diferentes tipos que ocupaban ya un lugar de privilegio, tanto en las viviendas campesinas como en las preferencias de los agricultores, que ya las utilizaban en los trabajos diarios en el cultivo de la tierra.

Esta rápida mecanización agraria, que en el campo de Elche, alcanzó cotas más elevadas que la media nacional, constituyó una auténtica revolución en la manera de cultivar la tierra, llevando consigo al mismo tiempo un cambio muy notable en las costumbres y en las formas de vida del campesinado ilicitano. Hasta esos años estas costumbres y formas de vida, habían sido poco menos que inmutables, y pasaban de una a otra generación, sin sufrir apenas alteración alguna. Los hijos continuaban cultivando la tierra de la misma forma que lo habían hecho sus padres siempre, al separarse del hogar paterno y formar su propia familia independiente. Vivían en casas de campo idénticas a las de sus padres y las generaciones se iban sucediendo unas a otras, continuando las mismas costumbres y peculiaridades que les eran comunes y características. La vida y las cosas se desarrollaban a un ritmo lento y uniforme, sin cambios ni mutaciones significativas entre padres e hijos.

Pero a partir de la mecanización, ya nada fue igual a lo que había sido hasta entonces, ya que en el transcurso de pocos años, grandes cambios se habían introducido en la vida diaria del campesinado. Y estos cambios, no afectaron solamente a la forma de cul-



tivar la tierra, con ser esto muy importante, sino también a las costumbres, gustos, preferencias y comportamientos de las personas.

La educación primaria empezó a extenderse en el conjunto del área rural, y por consiguiente, el nivel cultural de los agricultores, que siempre había sido muy bajo, empezó a subir, aceleradamente, particularmente, entre los más jóvenes. Se construyeron grupos escolares en todas las partidas rurales del campo de Elche y todos los niños campesinos, se escolarizaron con una cierta regularidad, desapareciendo entre ellos, el analfabetismo, que había sido tan abundante en las generaciones anteriores. La escolarización fue total, y algunos de estos niños, hijos de agricultores, que aprendieron las primeras letras en estas escuelas primarias del campo de Elche, continuaron estudiando la segunda enseñanza en los Institutos, y hasta algunos de ellos, cursaron estudios superiores en la Universidad, con brillantez y aprovechamiento. Esto fue un hecho sociológico de gran trascendencia, que cambió la mentalidad de las personas mayores del campo, respecto a la valoración que se había hecho hasta entonces, sobre las distintas profesiones liberales. A partir de esos momentos, los agricultores ya veían con buenos ojos el que sus hijos estudiaran, a todos los niveles, aunque esto le reportara, en muchos casos, grandes sacrificios económicos y la pérdida de brazos jóvenes para dedicarlos al cultivo de la tierra. Mas bien, por el contrario, alentaban estas inclinaciones y preferencias de sus hijos, por entender que de esta forma, mejorarían sus condiciones de vida y de trabajo, al mismo tiempo que adquirirían un mayor bagaje cultural y de conocimientos profesionales, que le reportarían en el futuro, mayores posibilidades para abrirse camino y desenvolverse en la vida.

Pero esta tendencia bastante generalizada, trajo consigo que el apego tradicional a la tierra y a la propia profesión, que había sido una notable característica de los agricultores ilicitanos de todos los tiempos, que se iba trasmitiendo de generación en generación, empezó a perder identidad a partir de esos años. En el campo ya se leía y viajaba mas. Las gentes campesinas ya no vivían tan aisladas como hasta entonces, reducidos a unos estrechos horizontes. Al iniciarse una mayor interrelación entre unos y otros, se iban borrando las diferencias en la vestimenta, que había sido siempre muy acusada, entre los agricultores y las gentes de la población. La intercomuni-

cación se iba incrustando de día en día y la uniformidad se iba acrecentando en todos los aspectos y sentidos. Este mayor acercamiento entre el colectivo campesino y el colectivo ciudadano fue tal, que empezó a darse con una cierta frecuencia, el hecho de casamientos entre jóvenes del campo y de la población, cosa que antes sólo ocurría muy de tarde en tarde. Hasta esos años, los jóvenes campesinos, tanto chicos como chicas, apenas salían del campo de Elche, en su época de mocedad, asistiendo solamente a las fiestas y reuniones vecinales. Por tal motivo, generalmente, se iban emparejando con otros jóvenes de la vecindad, dentro de un círculo bastante reducido, y en muchos casos, uniéndoles vínculos familiares, hasta tal punto en que hubo muchos casos en que se casaban primos hermanos.

Pero con la llegada del automóvil, la diáspora de la juventud campesina aún fue mayor, cuando trataban de buscar novia o pareja.

En otro orden de cosas, hasta esos años, lo normal era que las familias campesinas habitaran en casas de campo que estaban ubicadas en sus propias fincas rústicas. La vivienda y el trabajo siempre caminaban juntos y eran inseparables, aunque muchos agricultores que tenían varias fincas rústicas, algunas de ellas estuvieran un tanto alejadas de la vivienda familiar.

Pero a partir de 1.960, se puso de moda, el que muchas familias de agricultores, se iban a vivir a la población, a pesar de que tenían viviendas rurales con todas las comodidades. Y se produjo entonces un fenómeno sociológico muy curioso, como fue que mientras muchas familias campesinas se trasladaban a vivir a la población, otras tantas familias residentes en la ciudad, les apetecía tener una segunda vivienda en el campo, para pasar allí los fines de semana y las vacaciones veraniegas, y en algunos casos, para vivir permanentemente para librarse de la polución y de las incomodidades de la vida ciudadana, originándose dos corrientes migratorias contrapuestas, de la ciudad al campo y a la inversa.

Como es lógico, las comodidades de la vida moderna, habían llegado también a las casas de campo, y los agricultores las habían asumido con sumo agrado. Pero estas comodidades, habían generado un notable incremento en los gastos familiares de la vida diaria. El automóvil, el frigorífico, el televisor, etc, se habían generalizado entre las familias campesinas, tomando carta de naturaleza en todas

las viviendas rurales. Por otra parte, la rentabilidad de la agricultura, que unos años antes había sido muy notable, empezaba una apreciable regresión. Todas estas circunstancias llevaron aparejadas el que las economías familiares de muchas familias de agricultores, que hasta entonces habían sido muy boyantes, empezaron a resentirse. Por tal motivo, muchos agricultores ilicitanos se veían forzados a vender pequeñas parcelas de tierra, a familias de la población, que las compraban con el único fin de edificar en ellas, su segunda vivienda. De esta manera, en el plazo de pocos años, una gran cantidad de chalets, iban surgiendo a lo largo y ancho de toda su geografía agraria, hasta alcanzar varios millares, perdiendo el campo de Elche, la estricta condición de ruralidad, que había tenido hasta entonces, para pasar a ser una zona semiresidencial, más que una zona agrícola, como lo había sido hasta entonces.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

Capítulo XXVII

Evolución de los cultivos del campo de Elche, a partir de la postguerra

Ya hemos visto en capítulos anteriores, la importancia que tuvieron los cereales en los primeros años de la postguerra, y como cambió todo a partir de 1.953. Estos cambios y mutaciones, llevaron consigo, una evolución de los cultivos, en función de las necesidades de cada momento.

Por tal motivo, en este capítulo, queremos analizar esa evolución de los diversos cultivos del campo de Elche, desde 1.940 hasta 1.985 y que detallamos a continuación.

	AÑO	AÑO	AÑO	AÑO	AÑO	AÑO
CULTIVOS	1.940	1.950	1.960	1.970	1.980	1.985
Almendros	1.800h.	2.600h.	3.500h.	4.500h.	6.000h.	6.200h.
Olivos	900h.	500h.	500h.	500h.	500h.	500h.
V. uva mesa	180h.	160h.	170h.	200h.	500h.	600h.
V. vinificac.	130h.	130h.	150h.	60h.	50h.	60h.
Algarrobos	1.350h.	1.250h.	1.200h.	1.200h.	400h.	200h.
Naranjos	150h.	80h.	80h.	90h.	300h.	500h.
Limoneros	20h.	20h.	40h.	500h.	1.000h.	1.300h.

CULTIVOS	AÑO 1.940	AÑO 1.950	AÑO 1.960	AÑO 1.970	AÑO 1.980	AÑO 1.985
Higueras	1.300h.	800h.	532h.	300h.	500h.	480h.
Granados	500h.	620h.	800h.	870h.	700h.	650h.
Cáñamo	0h.	50h.	1.500h.	700h.	0h.	0h.
Alfalfa	250h.	700h.	600h.	280h.	250h.	250h.
Algodón	200h.	80h.	570h.	100h.	500h.	300h.
Trigo	700h.	2.000h.	1.000h.	600h.	500h.	500h.
Cebada	3.500h.	1.500h.	1.000h.	200h.	0h.	0h.
Guisantes	200h.	450h.	470h.	200h.	0h.	0h.
Habas	700h.	900h.	1.600h.	1.400h.	200h.	150h.
Alcachofas	400h.	400h.	390h.	400h.	1.700h.	600h.
Pimientos	200h.	300h.	800h.	1.200h.	200h.	150h.
Melones	180h.	1.400h.	800h.	300h.	200h.	100h.
Sandías	100h.	140h.	90h.	40h.	50h.	30h.

En esta relación de cultivos, no incluimos a las palmeras, por que no se hizo un seguimiento en cuanto a su evolución en aquellos años. Ahora bien. Sabemos que entre los años 40 y los años 60, aumentó mucho su número, pero en cambio, entre los años 60 y los años 85, disminuyó su número, aproximadamente, en las mismas proporciones que habían aumentado en las dos décadas anteriores.

La evolución, hacia arriba o hacia abajo, de todos los cultivos reseñados, nos dan una idea exacta de lo que fue la agricultura ilicitana a partir de la Guerra Civil, que fue cambiando en función de unas circunstancias muy concretas, y acordes con la evolución que experimentó la propia sociedad.


Rádonay





PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

Capítulo XXVIII

El cultivo del cáñamo en el campo de Elche

Aunque se tienen algunas referencias escritas en las que se hace mención a que el cáñamo se conocía en el campo de Elche, en los siglos pasados, debió de ser en pequeñísimas cantidades, que no tuvieron ninguna relevancia en el conjunto de la agricultura ilicitana. Y lógicamente, eso debió de ser así, por la sencilla razón de que el cáñamo necesita agua abundante de buena calidad para que esta planta tenga un desarrollo vegetativo óptimo, que era, precisamente de lo que carecía el campo de Elche, hasta la segunda década del siglo XX, que empezaron a regarse estas tierras con aguas dulces elevadas, por el sistema de bombeo, de los sobrantes de la Vega Baja del Segura.

Pero cuando llegaron estas aguas de buena calidad, los agricultores del campo de Elche, dedicaron muchas «tierras blancas», a plantar frutales y hortalizas, pero no cáñamo, ya que la cultura del cáñamo, aquí era prácticamente desconocida, y por consiguiente, les atraía muy poco este cultivo industrial.

Como es bien sabido, cuando terminó la Guerra Civil, España se quedó depauperada y desabastecida de los productos más importantes, para su normal desarrollo y abastecimiento de la población, que se movía entre las escaseces y las privaciones. No obstante 10

años después, cuando el abastecimiento de la población empezaba a normalizarse, disminuyó el cultivo de los cereales y hubo que buscar otros cultivos alternativos, para plantar en esas tierras que en los años anteriores se habían dedicado a sembrar trigo y cebada. Y se pensó en el cáñamo, como una alternativa válida.

El cáñamo era oriundo de la Vega Baja, donde siempre se había sembrado en grandes cantidades, sobre todo, en los alrededores de Callosa del Segura, que era el epicentro regional del comercio de esta fibra.

Por entonces, la fibra del cáñamo, estaba muy solicitada y se cotizaba a buenos precios, ya que se gastaba mucho para la fabricación de redes, para la pesca, hilos y cordelería, entre otras cosas.

El inicio del cultivo del cáñamo en el campo de Elche, tuvo lugar alrededor del año 1.950, con una superficie de unas 50 hectáreas de tierra dedicadas a esta planta industrial, alcanzando sus máximas cotas en 1.958, con una superficie de 1.500 hectáreas. A partir de ese año, ya fue decayendo paulatinamente, hasta desaparecer por completo en 1.965. Fue una especie de estrella fugaz, como un meteorito, que aparece y desaparece con la misma rapidez. Este fenómeno singular, no se dio en ningún otro cultivo del campo de Elche, en la época moderna, excluyendo a los cereales, que prácticamente desaparecieron de la geografía agraria ilicitana aunque, no lo hicieron con tanta rapidez, ni en su totalidad.

El cáñamo, durante mucho tiempo, fue uno de los cultivos más importantes de la Vega Baja, por su extensión y por lo que significaba económicamente, para este numeroso colectivo de huertanos. Además, ocupaba mucha mano de obra, no solamente, en el cultivo de la planta, si no también después, en los trabajos relacionados con la obtención de la fibra: puesta en remojo, agramado, arrastrillado etc, creándose toda una cultura específica alrededor del cáñamo, que en la Vega Baja iba trasmitiéndose de padres a hijos a través de muchas generaciones.

Pero todo este proceso cultural, se quebrantó a finales de los años 60, cuando aparecieron en el mercado los plásticos y las fibras sintéticas, que desplazaron por completo las fibras naturales, no sólo el cáñamo, sino también el yute, el esparto, la pita, etc.



A partir de esos momentos, muchos objetos y enseres de diferentes aplicaciones domésticas, que antes se habían fabricado de fibras naturales, empezaron a fabricarse de plástico y fibras sintéticas. Y por consiguiente, el cáñamo dejó de sembrarse por completo, no sólo en el campo de Elche, sino también en las demás zonas productoras.

Por la brevedad del tiempo en que se sembró en el campo de Elche, la cultura del cáñamo, no se enraizó en las costumbres de los agricultores ilicitanos, hasta tal punto, que cuando tenían que agramar buscaban «als castellans del Horta», para que les hicieran estos trabajos, que se realizaban a destajo. Estos «castellans», traían sus propias «agramadoras», de sus casas, y cuando terminaban su trabajo, regresaban a sus domicilios, llevando sus propias herramientas. Durante los quince años que se cultivó el cáñamo en el campo de Elche, se construyeron en el Sur del término municipal, que fue donde más se sembró, una gran cantidad de balsas, a las orillas de los caminos, para su cocción, (ponerlo en remojo alrededor de una semana), para que la fibra se desprendiera de la agramiza. Cuando este proceso de remojo finalizaba, se sacaba de la balsa y se extendía, de pie, alrededor de la misma, para que se secara. Este trabajo era el más pesado que tenía el cáñamo, ya que los hombres que lo realizaban, se mojaban por completo, porque el cáñamo salía chorreando de la balsa. Si este trabajo se realizaba en verano, no resultaba tan desagradable, y se resistía mejor. Pero si se hacía en invierno, cuando el agua estaba muy fría, resultaba sumamente pesada, desagradable y difícil. Aunque esta clase de trabajos se hacia a destajo y se pagaba muy bien, la mayoría de los hombres, no querían hacerlos, por bien que se lo pagaran.

Cuando se dejó de sembrar cáñamo, estas balsas vacías, a las orillas de los caminos, eran mudos testigos, del cultivo del cáñamo, que apareció y desapareció del campo de Elche, como una estrella fugaz, que no dejó tras de sí, la menor huella.

La unidad de medida de la fibra del cáñamo, tanto para el trabajo del «agramado», como para su comercialización, era el quintal, que equivalía a 44,5 kg.

Como dijimos antes, el centro comercial del cáñamo, en esta zona, estaba en Callosa del Segura, y enviados por los comerciantes



callosinos, venían al campo de Elche, en bicicletas, unos intermediarios, para comprarles la fibra a los agricultores ilicitanos.

Cuando dejó de sembrarse el cáñamo, a finales de los años 60, montaron en Callosa del Segura un Museo donde se exhiben todos los aperos, herramientas, y demás objetos relacionados con el cultivo, manipulación y comercio, de esta planta industrial, que se conoce con el nombre del Museo del Cáñamo.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

Capítulo XXIX

El campo de Elche y el Mercado Común

La mecanización de la agricultura, trajo consigo un gran incremento en la producción agraria, a escala general, ya que con el mismo número de agricultores, se producía mucho más. En lo que al campo de Elche se refiere, a esa mecanización había que añadir la llegada de las aguas de buena calidad del Trasvase Tajo-Segura, que llegaron al campo de Elche, a finales de la década de los años 70. Estas aguas trasvasadas, remediaron las deficiencias que ya se venían observando en los aportes hídricos del río Segura, que en los años menos lluviosos, ya no tenía suficientes caudales para atender las necesidades de los regadíos tradicionales, y mucho menos aún, en el campo de Elche, que sólo se podía regar con las aguas de sobrantes de la Vega Baja del Segura. La cuestión fue que con los aportes de estas aguas trasvasadas del Tajo, no sólo hubo más agua para regar los campos, sino también para abastecer de agua potable a todos los pueblos costeros de las provincias de Alicante y Murcia, donde el turismo había tomado ya carta de naturaleza y necesitaban más agua. Con mayor cantidad de aguas para regar, y más maquinaria para realizar todos los trabajos agrícolas, surgió en el campo de Elche, una agricultura dinámica y boyante, como no se había conocido nunca, hasta el extremo de que la totalidad del término munici-

pal, se convirtió en un auténtico vergel, donde una gran variedad de cultivos arbóreos y hortícolas, vegetaban en todo su esplendor, con abundantes cosechas de todo tipo. Pero esta superabundancia de productos agrarios, en una época en que ya se había normalizado el abastecimiento nacional, después de un tiempo de escaseces y deficiencias, generó una depreciación de los productos agrarios, en términos generales, obedeciendo los dictados de la Ley de la oferta y la demanda. Así, en el espacio de dos décadas, se pasó de la escasez a la abundancia; de faltar de todo a sobrar de todo. Y, lógicamente, los precios de los productos agrarios, bajaron de una manera alarmante, mientras los gastos de cultivo (mano de obra, agua, abonos, insecticidas, etc), se iban incrementando, de día en día, con la particularidad de que en los mercados europeos, competíamos con desventaja, al estar fuera de lo que entonces se llamaba el Mercado Común o Comunidad Económica Europea, que por motivos políticos se nos cerraban las puertas desde que se fundara en 1.957.

Ante esa acusada depreciación de los productos agrarios, la creencia generalizada era que todos estos problemas se solucionarían con nuestra integración de pleno derecho, en el Mercado Común, ya que de esta forma podíamos acceder a los mercados comunitarios, sin ninguna restricción, y por consiguiente, los productos agrarios ilicitanos se venderían mejor y no habrían excedentes. Pero esta apreciación resultó erróneo, ya que después de largas negociaciones y muchos inconvenientes, por fin España, pudo integrarse de pleno derecho en la Comunidad Económica Europea, a principios de 1.986, se vio, que las ventajas no se veían por ninguna parte, ya que, precisamente, en esos años, la Comunidad estaba padeciendo grandes excedentes de productos agrarios, cárnicos y lácteos, y por consiguiente, a España y Portugal, (que entraron juntas), se les impusieron muchas restricciones y dificultades a la importación de sus productos, que era todo lo contrario de lo que esperábamos cuando consiguiéramos entrar en esta entidad comunitaria.

Primero, nos impusieron unos años de transitoriedad, y después nos fijaron unas cuotas restrictivas en la producción de vino, de leche, de algodón y de aceite, obligándonos a arrancar viñedos, a sacrificar vacas lecheras, y a prescindir de muchos olivos, penalizándonos, económicamente, si sobrepasábamos las cuotas fija-

das a priori la producción de todos estos productos, que eran excedentarios, en el ámbito de la Comunidad.

Para compensar en parte, este descenso de los precios de algunos productos agrarios, la Comunidad Económica Europea (ahora Unión Europea), estableció unos precios de retirada, para determinados productos, como las naranjas y los limones, para que los agricultores no lo perdieran todo, pues debido al exceso de producción, no se encontraban canales de comercialización. Estas naranjas y limones, después de cosechados, se concentraban en determinadas cooperativas y se destruían, o se les daba a los ganados para pienso. Estos limones y naranjas, durante varios años, para retirada, se pagaban entre 14 y 16 pesetas el kg, puestas en la cooperativa. Estos precios eran francamente ruinosos, pero no había otros, y si no se aprovechaban esta alternativa de la retirada, los agricultores lo perdían todo.

Al cabo de unos años, al disminuir la producción, disminuyeron también los excedentes, y las exportaciones a los mercados comunitarios, se reanudaron normalmente, aunque con algunas restricciones.

Los años 70 y 80, fueron dos décadas de las mas florecientes de la agricultura ilicitana. Las tierras del campo de Elche, estaban todas bien cultivadas. Había una gran variedad de cultivos, tanto arbóreos como hortícolas, que podían regarse, con una cierta regularidad, tanto con aguas trasvasadas del Tajo, que eran mas caras, pero de mejor calidad, como con aguas de sobrantes de la Vega Baja del Segura, que eran de peor calidad, pero mas baratas. De la misma manera, habían abonos químicos y fertilizantes suficientes, para un óptimo desarrollo vegetativo de las plantas y los árboles, así como insecticidas y plaguicidas, para combatir las plagas y enfermedades de las mismas. En estas condiciones, las diversas cosechas eran abundantes, aunque los costos de cultivo se incrementaban a un ritmo mas acelerado del que subían los precios de los productos cosechados, con lo cual, los agricultores, obtenían por su trabajo, mínimos o incluso, nulos beneficios.

Durante esos años, tuvo lugar en el campo de Elche, un fenómeno sociológico que cambió todos los esquemas que habían tenido vigencia hasta entonces. Antes de esas fechas, los hijos de los agricultores, de mayores, continuaban siendo agricultores también, como lo habían sido siempre sus padres, y además se sentían orgu-

llosos de serlo. Pero a partir de mediados de siglo, al completarse la escolarización y subir el nivel cultural medio, muchos jóvenes campesinos, no les apetecía seguir cultivando la tierra y trataron de buscarse otros horizontes laborales, al margen de la agricultura o continuar estudiando. Y se rompió esa continuidad en la profesión, que de padres a hijos, había sido una constante invariable, a lo largo de muchas generaciones.

Y al desertar muchos jóvenes del campo, porque no les apetecía ser agricultores, la población activa campesina fue envejeciendo, aceleradamente, hasta alcanzar límites alarmantes. Y al faltar brazos jóvenes para realizar los trabajos agrícolas, muchas parcelas de tierra del campo de Elche, se quedaron incultas y abandonadas, cosa que antes no había ocurrido nunca. No obstante, seguía habiendo exceso de producción, a pesar de haber pocos agricultores en activo.

Para que tengamos una idea del descenso tan grande que ha habido de agricultores en España, de un tiempo a esta parte, diremos que cuando terminó la Guerra Civil, el 40% de la población activa española, trabajaba en la agricultura, y en 1.997, ese porcentaje se redujo a un 8%, y a primeros de 1.998, no llegaba a un millón de agricultores los que había en toda España. No obstante pese al haber un número tan reducido de agricultores en activo, había un exceso de productos agroalimentarios, que presionaban sobre los precios de los mismos, que tendían a la baja. Porque además de lo mucho que se producía en nuestro país, al haber comercio libre entre todos los países de la Unión Europea, muchos productos extranjeros llegaban a nuestros mercados y competían con los nuestros, sin ninguna limitación, lo que incrementaba los excedentes.

Y para bien o para mal, tuvimos que acostumbrarnos a que pertenecíamos a la Comunidad, y que las decisiones sobre comercio, cupos, producciones, etc, se tomaban en Bruselas, centro neurálgico de los Órganos Comunitarios, donde España, solo era un voto entre quince, cuando se discutían estas cosas. Y como los acuerdos se adoptaban por mayoría, España tenia que aceptar lo que allí se acordase, aunque redundara en contra de sus propios intereses.

A pesar de que en los años 80, la agricultura ilicitana gozaba de una situación relativamente boyante, el campo de Elche, iba perdiendo, paulatinamente, el protagonismo que había tenido hasta

entonces, en el conjunto de la sociedad ilicitana, tanto social, cultural y económicamente, mientras la industria y los servicios, iban ganando enteros.

Por otra parte, el campo de Elche, en su conjunto, había perdido su fisonomía de «ruralidad», que siempre había tenido, ya que cada «casa de campo», de las características arquitectónicas tradicionales, donde vivían familias de agricultores, que cultivaban la tierra, como profesión, habían tres «chalets», como segundas viviendas de familias de la población, además de muchas urbanizaciones consolidadas en las pedanías de Valverde, Altabix, Algoda, Matola, Torrellano, Perleta, etc, donde pasaban allí largas temporadas de vacaciones o incluso vivían permanentemente, durante todo el año. Por lo tanto, el campo de Elche, paulatinamente, iba perdiendo su carácter rural, donde un colectivo de profesionales de la agricultura muy cualificado, cultivaban la tierra para producir alimentos, para pasar a convertirse en una zona residencial.

La mayor parte de los miles de « chalets «, que se fueron construyendo a lo largo y ancho de toda la geografía rural ilicitana, durante algunos años, las verjaron, aislándose del vecindario, y convirtiéndose estas pequeñas parcelas en compartimientos estancos, donde sus dueños, se recluían y se desentendían de todo lo que les rodeaba, hasta tal punto, que este colectivo de los llamados «chaleteros», mantenían muy poco contacto con el cada vez mas reducido colectivo de agricultores, que aún habitaban en las «casas de campo», donde vivieron y trabajaron siempre, y que cada vez tenían menos protagonismo y relevancia en su propio habitat.

Lo de las verjas y cerramientos, es un fenómeno moderno, en el campo de Elche, que vino unido a la figura del «chalet», ya que las fincas rurales ilicitanas, nunca tuvieron verjas, ni cerramientos de ninguna clase, y por lo tanto, se podía pasar de unas a otras, sin ningún impedimento.

Hay algunas de estas verjas, muy lujosas, que son como un signo inequívoco, de la riqueza y la ostentación de los dueños de estas fincas. Y cuando más ricos son, más altas y fuertes, son las verjas de estas propiedades, para que sus dueños puedan vivir más aislados de sus vecinos, como los nobles de la Edad Media, que vivían recluidos en sus castillos, apartados por completo del pueblo llano.

Capítulo XXX

La última sequía

Como ya hemos apuntado en capítulos anteriores, las prolongadas sequías, han sido en esta zona, un castigo endémico, que se ha padecido con demasiada frecuencia, y que han constituido un verdadero azote para la agricultura ilicitana, que sufrió sus nefastas consecuencias.

Y la última de estas prolongadas sequías, tuvo lugar entre los años 1991 y 1996, cinco años con lluvias escasísimas, y con una carencia casi absoluta, de recursos hídricos, para poder regar estos resecos campos, que se morían de sed. Porque esta última sequía, no abarcó solamente al sur de la provincia de Alicante, que es una de las zonas más secas y áridas de la Península Ibérica, sino también a todo el conjunto del territorio nacional, y por consiguiente, todas las cuencas hidrológicas nacionales se vieron afectadas, con las consiguientes disminuciones en las reservas de agua embalsadas en las cabeceras de todos los ríos, incluido el Tajo y el Segura, que son de donde proceden las aguas que se riegan en el campo de Elche.

Durante esos 5 largos años, no sólo llovió muy poco, en toda la Península Ibérica, sino que también las nevadas, fueron muy escasas, durante el invierno, hasta tal punto, que en 1.995, tuvieron que suspenderse los Juegos de Invierno, que tenían que celebrarse

en Sierra Nevada, por falta de nieve, lo que originó cuantiosas pérdidas a la organización de estos juegos.

Esta prolongada sequía, ocasionó muchos daños en la agricultura española, en su conjunto, así como a la cabaña nacional, por la drástica disminución de los pastos, y el encarecimiento de los piensos. Y como consecuencia de la misma, disminuyeron mucho las producciones agrarias de todos los cultivos, desde los cereales hasta el aceite, con la consiguiente subida de precios, sobre todo, del aceite, que en el plazo de 2 años, subió mas del 100% en sus cotizaciones.

En lo concerniente al campo de Elche, tenemos que decir que los quebrantos y pérdidas sufridas a causa de la sequía, fueron enormes, sobre todo, en los arbolados, hasta tal punto que desapareció más del 50% de las 12.000 hectáreas de árboles que había en el término municipal de Elche, en 1990. Todo el conjunto del arbolado, sufrió muchas pérdidas a causa de la sequía, pero la especie arbórea más afectada, fueron los almendros, que se secaron en dos terceras partes del total, ya que esta especie de árboles, es muy poco resistente a la sequía, y además toleran muy mal, las aguas de mala calidad, que eran casi las únicas que había durante aquellos años de sequía, para regar estos campos. Y tuvieron que utilizarse, forzosamente, porque no había, otras, incluso para regar almendros, a pesar de ser conscientes de que sería peor el remedio que la enfermedad.

Según los datos facilitados por la Cámara Agraria Local Ilicitana, en el año 1990, había en el campo de Elche, repartidas por todas las pedanías, 6.200 hectáreas de tierras plantadas de almendros, siendo el cultivo arbóreo más importante de la agricultura ilicitana. Pues bien. A finales de 1996, apenas quedaban unas 2.500 hectáreas de estos arbolados, y algunos de ellos, en tan mal estado vegetativo, que ya no se recuperaron, pues hay que tener en cuenta, que los almendros, son unos árboles muy delicados, y cuando enferman y decaen, son irrecuperables, particularmente los más viejos.

Y lo que ocurrió con los almendros, ocurrió también con los demás arbolados, aunque, con las demás variedades de árboles, los daños, no fueron tan cuantiosos ni disminuyeron tanto como los almendros a causa de la sequía. De todas formas, en esos 5 años de sequía, esas 12.000 hectáreas de arboles, que habían plantado tres generaciones de agricultores ilicitanos, desde la segunda década del

presente siglo, cuando llegaron las aguas dulces, quedaron reducidas a menos de la mitad. La única variedad de árboles que aumentaron durante estos años, en contra de lo que había ocurrido con todos los demás, fueron los granados, que pasaron, durante ese quinquenio funesto, de 700 a 1.000 hectáreas. Y esto ocurrió así por dos motivos. Primero, porque los granados, son unos árboles muy resistentes que admiten las aguas salitrosas y de mala calidad que eran casi las únicas de que se disponían durante esos años, y segundo, porque las granadas fueron el único fruto, que durante esos años, se cotizó a buenos precios y fueron muy rentables, mientras los demás productos agrarios tenían unos precios bajos. Por lo tanto, no es de extrañar que se incrementaran los granados en los últimos años, con la particularidad de que las cosechas de 1996 y 1997, tuvieron unos buenos precios, sobre todo la del 97, que además de venderse bien, fue superabundante y de buena calidad.

Como consecuencia de los 5 años de sequía, no solamente se secaron muchos árboles, sino que también se dejaron muchas tierras incultas y abandonadas, pues al no haber agua para regarlas, ¿para que se iban a cultivar ? Y ese campo de Elche, que unos años antes, estaba hecho un vergel, lleno de verdor y lozanía, y con todas las tierras bien cultivadas, empezó a mostrar síntomas de abandono, como no se había conocido antes, como una prueba evidente de la decadencia tan acentuada que estaba sufriendo la agricultura ilicitana, y que se iba agravando de año en año.

Al no llover, ni haber agua para regar, durante esos 5 años de sequía, no solamente se perdieron una gran cantidad de árboles, sino que también no pudieron plantarse cultivos hortícolas, cuando en los años de esplendor de la agricultura ilicitana había tantas tierras plantadas de árboles de diferentes variedades, como tierras «blancas», dedicadas a plantar hortalizas y verduras, además de cáñamo y algodón, aunque el cáñamo duró pocos años, como ya hemos dicho en otro capítulo anterior. Y al no poder plantar hortalizas y verduras, los ingresos de los agricultores del campo de Elche, se redujeron mucho, con la consiguiente descapitalización del sector campesino ilicitano.

Y al no llover ni haber agua para regar con regularidad, se redujeron drásticamente, las cosechas de todo tipo. Y al no haber

cosechas, no había ingresos, ni trabajo. Y esa falta de trabajo, aceleró mucho más aún, esa tendencia de la juventud campesina ilicitana, de abandonar la agricultura, como profesión, para buscarse otros horizontes laborales, acentuándose mucho más aún ese envejecimiento de la población activa campesina, que se había iniciado unos años antes.

Aunque en los años 96 y 97, llovió mucho más en toda España, y también en el sur de la provincia de Alicante, y por consiguiente se almacenaron muchas reservas de agua en las cabeceras de todos los ríos, y por consiguiente, los regadíos en el campo de Elche, estaban asegurados para varios años, los jóvenes agricultores ilicitanos, que abandonaron el campo de Elche, unos años antes, ya no volvieron jamás, salvo raras excepciones, porque estaban convencidos, que con agua para riego o sin agua, el campo de Elche, agrícolamente, tenía un futuro incierto y obscuro.

Por otra parte, la población de Elche, por su dinamismo y su pujante industria, ejercía un gran poder de atracción sobre la juventud campesina, ofreciendo muchas posibilidades de ocupación, en la industria y los servicios, que era como un señuelo, que los atraía y los captaba. Eso no ocurría en ningún otro lugar de nuestro entorno, donde en las zonas rurales, las personas que no se adaptaban a la agricultura, tenían que emigrar lejos, para poder ocuparse en otras actividades.

Seguramente, existirán pocos pueblos en el territorio nacional, que superen a Elche en cuanto a la oferta de puestos de trabajo, en la industria, el comercio y los servicios, los tres sectores básicos en el desarrollo económico y social de un pueblo. Incluso, hay mucha gente ocupada en la industria clandestina, particularmente, en el sector del calzado. Y también por supuesto, en la agricultura, temporalmente, aunque la agricultura ilicitana, esté atravesando en estos momentos, una acusada decadencia. Así y todo, también ofrece algunos puestos de trabajo, sobre todo, durante la recolección de determinadas cosechas, como son las granadas y las almendras, por ejemplo.

Capítulo XXXI

La ganadería en el campo de Elche

No queremos finalizar esta «Historia del Campo de Elche», sin dedicarle un capítulo al sector ganadero, pues aunque el campo de Elche, desde la antigüedad, ha sido más agrícola que ganadero, entendemos que esta historia, estaría incompleta, si no le dedicamos un capítulo a la ganadería ilicitana, de todos los tiempos.

Desde tiempo inmemorial, ha habido en el campo de Elche, ganadería de pastoreo, más de ovino que de caprino. Y estos rebaños, pastaban, generalmente, en las zonas marginales de secano, como eran las partes altas del término municipal y los saladares. También en Carrizales, que antes de la colonización, eran tierras comunales o de propios, casi el único aprovechamiento que tenían, eran como pastizales, para esta clase de rebaños.

En los siglos XIV, XV, y XVI, existen numerosas referencias en las actas del Concejo, sobre los pastores que venían de la parte de Valencia, a pasar largas temporadas en el campo de Elche, con sus rebaños, con las consiguientes quejas de los ganaderos ilicitanos, ya que estos rebaños foráneos, se comían los pocos pastos que había, en perjuicio de sus propios rebaños. Este enfrentamiento entre los ganaderos valencianos y los de aquí, generaba numerosos

conflictos entre unos y otros, hasta el extremo de que en muchas ocasiones; tenía que intervenir el Ayuntamiento, que se veía obligado a imponer sanciones económicas a los ganaderos valencianos, cuando no se comportaban correctamente. Así leemos: «la afluencia de ganados valencianos ponía en peligro los pastos de este término y hubo reclamaciones y conflictos, y se celebró una concordia con los cabañeros valencianos, con el fin de regular el interesante problema de los pastos». (Alejandro Ramos « Historia de Elche tomo 1, p.126»). Estos abusos de los ganaderos foráneos, no era fácil combatirlos, ya que desde que el Rey Alfonso X, El Sabio, en 1.273, creara los Concejos de la Mesta, los ganaderos españoles tenían más influencia y peso específico que los agricultores, y además, a través de la tupida red de vías pecuarias que se trazó a lo largo y ancho de todo el territorio nacional, se movían con mucha facilidad, de unos lugares a otros, en la trashumancia, en los siglos posteriores. Tenían tanto poder y tanta influencia, y eran tantos los abusos que cometían, que el Gobierno Español, en el año 1.898, se vio obligado a publicar una Ley que establecía la posibilidad de crear Comunidades de Labradores, que tenían como principal función el poner en pie Guarderías Rurales para la vigilancia de los campos, no sólo contra los delincuentes, sino también, contra los abusos de los ganaderos.

Como ya dijimos en otro capítulo anterior, con arreglo a los preceptos de esta Ley, en el año 1.900, se creó la Comunidad de Labradores de Elche, y su correspondiente Guardería Rural, que puso coto a los abusos de los ganaderos.

No obstante, tenemos que decir, que la ganadería en el campo de Elche, como fuente de ingresos y de riqueza, no fue demasiado importante, ya que la ganadería, en todo tiempo, fue un complemento de la agricultura, puesto que los ganaderos, en su inmensa mayoría, han sido agricultores al mismo tiempo, teniendo muy pocos de ellos la ganadería como única ocupación. Esta dualidad de ocupaciones, agricultura-ganadería, ha llegado hasta nuestros días.

Hasta la década de los años cincuenta, las únicas variedades de ganado que habían en el campo de Elche, de alguna relevancia, eran la ovina y la caprina, mas de la primera que de la segunda. Tanto una como otra clase, estaban agrupadas en pequeños rebaños, que se alimentaban pastando por los bancales que se encontraban de barbecho



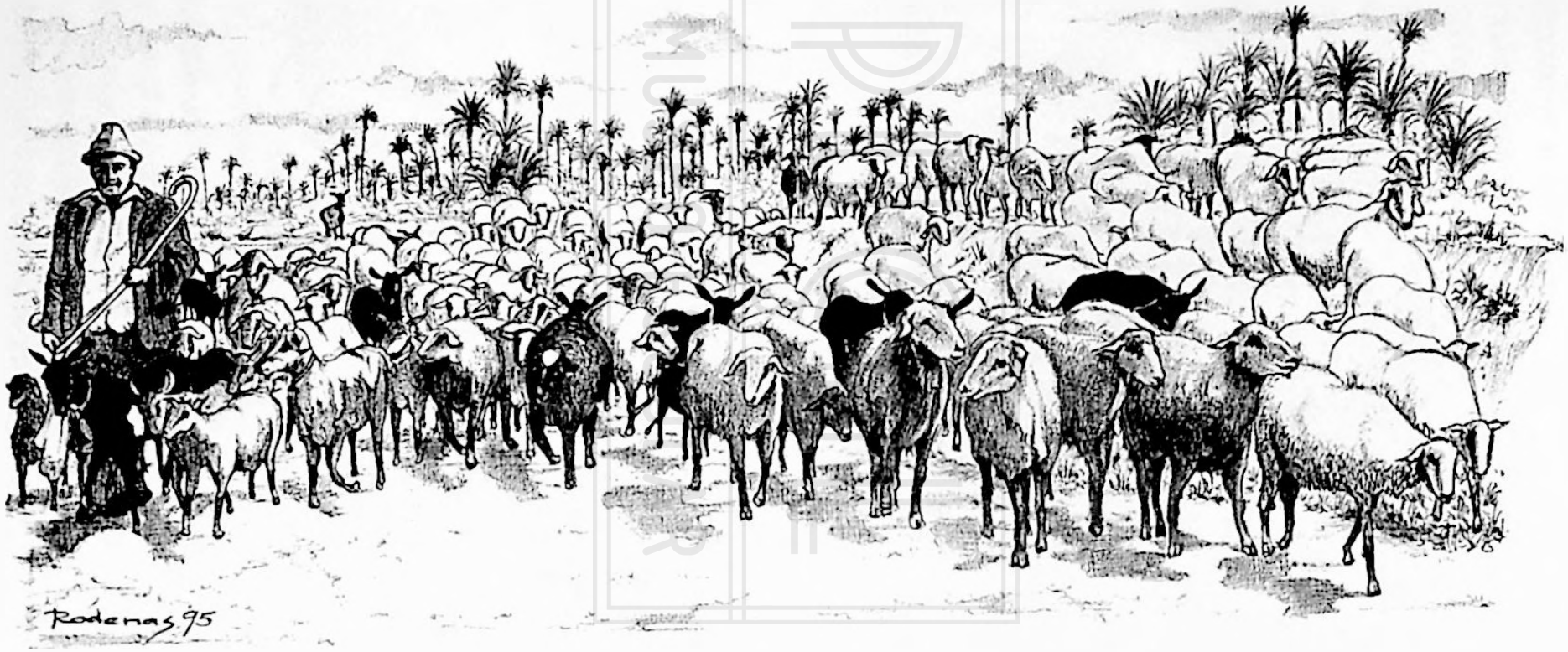
o de rastrojo, en unos tiempos en que el principal cultivo eran los cereales, que generalmente, se sembraban en años alternos, y por consiguiente, la tierra permanecía muchos meses de rastrojo o de barbecho y producía pastos para este tipo de ganado de pastoreo.

Pero, a partir del Tratado Hispano-Americano, de 1953, los yanquis introdujeron en España, entre otras muchas cosas, las fórmulas de los piensos compuestos, para toda clase de ganadería. Aquello fue una verdadera revolución, que modificó, por completo, los métodos de crianza y engorde del ganado, acortando los plazos y aumentando a un ritmo acelerado, los volúmenes de carne y de leche producidos en España. Y propiciado por estas nuevas técnicas, se montaron fábricas de piensos compuestos a lo largo y ancho de la geografía nacional, y la cabaña española, subió como la espuma, multiplicándose, de año en año. Aquello fue un auténtico «Boom...», en la ganadería española, que se habría a nuevos caminos favorecida por los nuevos procedimientos de alimentación animal. Eso fue el inicio de una nueva época para la ganadería de nuestro país, a la que se le preveía, un futuro brillante y esperanzador.

Esta «fiebre ganadera», que se extendió por toda España, lógicamente, también llegó al campo de Elche. Primero empezaron a montarse granjas de patos, después de pollos para carne y un poco mas tarde de cerdos y novillos.

Las granjas de patos, tuvieron una corta vida, ya que duraron pocos años en actividad. Estas granjas eran de patas ponedoras, y al subir el nivel de vida de los españoles, ya no le apetecía a las gentes consumir huevos de pata, que son de peor calidad, que los de las gallinas. Por eso, a medida que iban desapareciendo las granjas de patos, iban aumentando las granjas de gallinas, aunque las que se montaron en el campo de Elche, eran granjas de pollos, para producir carne y no de gallinas ponedoras, para producir huevos.

Aunque estas granjas de pollos, duraron más tiempo en activo, que las granjas de patos, al cabo de unos años, también fueron disminuyendo paulatinamente, al mismo tiempo que aumentaban las granjas de ganado de cerdo, tanto de reproductoras, como de engorde, y algunas granjas de novillos, para carne y de vacas lecheras. Mientras tanto, los rebaños de pastoreo, de ovino y de caprino, tam-


Rodenas 95

bién experimentaron un cierto incremento, hasta superar el centenar, con una media de más de cien cabezas cada uno de ellas.

De esta manera, la ganadería en el campo de Elche, entre los años sesenta y setenta, alcanzó un auge y un crecimiento extraordinario, como no se había conocido nunca, hasta tal punto, que en el 80% de las casas de campo, había algún tipo de ganado de una u otra variedad, en mayor o menor cantidad, convirtiéndose la ganadería, en un valioso complemento de la agricultura.

Este «Boom», de la ganadería ilicitana, se podía observar, incluso, en el aspecto urbanístico del campo de Elche, ya que de la noche a la mañana, empezaron a surgir a lo largo y ancho de todas las partidas rurales, una gran cantidad de cuadras, corrales y cochiqueras, para poder albergar a toda esta ganadería.

Como en un principio, la ganadería, en sus diversas vertientes, era una actividad que generaba una cierta rentabilidad económica, la «fiebre ganadera», se contagiaba de unos a otros, con mucha facilidad. Lo que más había eran pequeñas explotaciones de ganado porcino, reproductor, (que iba entre dos y cinco unidades), que requería menos trabajo y atenciones. Además, estas cerdas reproductoras, en la mayor parte del tiempo, se alimentaban de desperdicios de la agricultura, que no tenían ningún valor comercial, ni otro aprovechamiento.

En un principio, los piensos compuestos que consumía toda esta ganadería, procedían de fábricas foráneas, particularmente, de Cartagena y de los alrededores de Valencia. Pero al incrementarse la demanda, se montaron en el campo de Elche, dos fábricas de piensos compuestos (Agrupor, en el Llano de San José, por el sistema cooperativo y Lepsa, en Algorós, de capital privado), para poder atender toda la demanda de los ganaderos.

Esta «fiebre ganadera», duró unos 25 años, ya que a principios de los años 80, fue decayendo, paulatinamente, hasta desaparecer por completo a finales de esta década, al perder toda la rentabilidad económica que había tenido en los años anteriores. Y no podía ser de otra manera, ya que se crearon grandes empresas ganaderas, particularmente en Cataluña, tanto de volatería, como de cerdo, que abarcaban todo el proceso productivo, que iba desde las fábricas de piensos compuestos, para abastecer las necesidades de sus explo-

taciones, hasta incubadoras, mataderos, camiones de reparto de sus productos en todos los mercados nacionales, gabinetes de veterinarios para prever y combatir las enfermedades de los animales y planificar, adecuadamente, la fabricación de piensos compuestos apropiados para cada variedad de ganado. Y claro está, ante estas grandes empresas ganaderas, que disponían de todos los medios económicos y tecnológicos, y que además dominaban todo el mercado nacional, los pequeños ganaderos ilicitanos, no podían hacer nada, y en el plazo de pocos años, desaparecieron todas.

Y esa gran cantidad de edificios que se construyeron exprofeso para albergar a todos estos animales, se quedaron vacíos y tuvieron que dedicarlos a otros menesteres. Muchas de estas cuadras y cochiqueras, las reformaron un poco y las alquilaron a los industriales de la población, que instalaron allí, pequeñas fábricas de calzado o talleres de aparado, en la mayoría de los casos, en actividades clandestinas.

Y lógicamente, estas dos fábricas de piensos compuestos, tuvieron que cerrar sus puertas y dedicar estos edificios a otras actividades.

A partir de esos años de esplendor ganadero, la ganadería ilicitana, pasó a ser lo que había sido siempre: unos rebaños de pastoreo de ovino y caprino, que aun se mantienen en activo, por que en los últimos 10 años, han recibido subvenciones de la Unión Europea, de un montante entre dos y tres mil pesetas por cabeza y año. Si no hubiera sido por estas ayudas de la Unión Europea, a estas horas, esos rebaños de pastoreo, hubieran desaparecido también por completo a estas alturas.

Por otra parte, con los nuevos métodos de cultivo de la tierra y con la completa mecanización de la agricultura, los pastos naturales, para esta clase de ganado ya casi no existe, y alimentarlos a base de piensos, es antieconómico, y por lo tanto perderían toda su rentabilidad. Esta clase de ganado, no se puede tener siempre estabulado, manteniéndose a base de piensos, por que resultarían ruinosos, cuando hay otras zonas españolas, que son eminentemente cerealísticas, como son la Mancha y Castilla y León, donde existen muchos rebaños de pastoreo, que se mantienen, casi exclusivamente, con los pastos que producen en los grandes latifundios.

Para terminar este capítulo dedicado a la ganadería en el campo de Elche, diremos que, de un tiempo a esta parte, ha aparecido en nuestras pedanías una variedad de ganadería desconocida hasta estos momentos, y que al parecer, puede tener un cierto porvenir. Nos estamos refiriendo a la crianza de avestruces, de las cuales ya se han montado dos o tres granjas en el término municipal de Elche, y que ahora se han puesto de moda. Esperaremos a que transcurra un cierto tiempo para ver si la crianza de avestruces, como actividad ganadera, se consolida y tiene una cierta rentabilidad económica que la haga atractiva. De momento, es una novedad de la que tomamos nota y dejamos constancia.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

Capítulo XXXII:

Pasado, presente y futuro de los Palmerales de Elche

Esta «Historia del Campo de Elche», sería incompleta si no le dedicáramos un capítulo para hablar de sus Palmerales, aun que sea de forma breve y concisa.

Las palmeras de Elche, (*Phoenix Dactilifera*), desde tiempo inmemorial, han sido siempre, los árboles más característicos y emblemáticos de la agricultura ilicitana. De origen incierto, (aunque la creencia más generalizada es que las trajeron los fenicios unos cuatro siglos a.C.), desde un principio, por las características climáticas y de la tierra de esta zona, se adaptaron muy bien al medio, creciendo y multiplicándose con mucha facilidad. No obstante, hasta el siglo VIII, debieron ser un cultivo francamente minoritario, ya que cuando se describe la agricultura romana y visigótica, que prevalecía en el campo de Elche, en aquellos tiempos, no encontramos ninguna referencia escrita que nos hable de las palmeras, y si de una gran variedad de otros cultivos, tanto arbóreos, hortícolas y cerealísticos.

Pero con la llegada de los árabes a Elche, en la segunda década del siglo VIII, las palmeras empezaron a tener un protagonismo

y una relevancia de la que habían carecido hasta esos momentos, ya que al proceder los árabes del norte de África, donde habían muchos oasis de palmeras, tenían un conocimiento exacto de su importancia económica y paisajística, así como del aprovechamiento de su fruto para alimento humano y animal. Por eso no tiene nada de extraño que tan pronto tomaron posesión de estos territorios trataron, por todos los medios a su alcance, de biencultivarlas e incrementar el número de las mismas, hasta el extremo de que cuando cambiaron el emplazamiento de la población, dos kilómetros más al norte, de donde estaba ubicada la antigua Ilici, (por entender que en esta nueva ubicación, se prodría defender mejor, al estar protegida por la parte oeste por el mismo cauce del río), rodearon esta nueva ciudad amurallada, de un cinturón de huertos de palmeras, que regaban con las aguas salitrosas que discurrían por el Vinalopó, en unos regadíos primigenios que habían iniciado los romanos 600 años antes y que ellos mismos habían mejorado y perfeccionado mucho, desde su llegada.

En la cultura árabe, a las palmeras se les rendía un aprecio tan grande que casi rayaba en la veneración. De ahí, el que pusieran tanto empeno en su fomento y conservación, las que se encontraron aquí cuando llegaron, en toda la zona regable, a un lado y otro de Watt Arrambia (así llamaban ellos al río Vinalopó), conscientes de su gran importancia agrícola y económica.

Tantas palmeras plantaron los árabes, alrededor de la nueva ciudad amurallada, que cuando la reconquistó, para los cristianos, el Rey de Aragón Jaime I, a finales del año 1.264, se quedó maravillado al contemplar aquel frondoso bosque de palmeras, en una visión insólita para él, hasta tal punto que dictó algunas recomendaciones precisas, para que no sufriera ningún deterioro aquel espléndido tesoro vegetal.

A partir de entonces, los nuevos pobladores cristianos, asimilaron la cultura árabe en todo lo concerniente al cultivo de las palmeras, con el añadido del cultivo de la palma blanca, que ellos introdujeron, y que los árabes desconocían.

Desde entonces, al aprovechamiento de los dátiles para alimento de las personas y de los animales domésticos (según fueran

de mejor o peor calidad), así como los otros elementos como combustible o como material de construcción, había que agregar el valor comercial de la palma blanca, para lucirla el Domingo de Ramos, rememorando la entrada triunfal de Jesucristo en Jerusalén, en el inicio de la Semana Santa. Este valor añadido de la palma blanca, a los valores vigentes hasta entonces, hicieron que las palmeras de Elche, incrementaran, sobremanera, la rentabilidad que habían tenido hasta entonces, ya que la palma blanca, (que empezó a mandarse a toda España, a pesar de la lentitud de los transportes de la época), constituía una nueva fuente de ingresos para su dueños, con la particularidad de que a través de la palma blanca, las palmeras de Elche, se hicieron famosas en todas partes. Esta mayor rentabilidad económica de las palmeras, en relación a los demás cultivos arbóreos y hortícolas de la agricultura ilicitana, quedaba claramente de manifiesto, cuando el Concejo aplicaba sus impuestos a todos los cultivos del campo de Elche, y que éstos eran de mayor o menor cuantía, en función de la rentabilidad de los mismos, siendo las palmeras, las que más impuestos pagaban, lo que era una prueba evidente de su mayor rentabilidad, comparativamente hablando, con el resto de los otros cultivos.

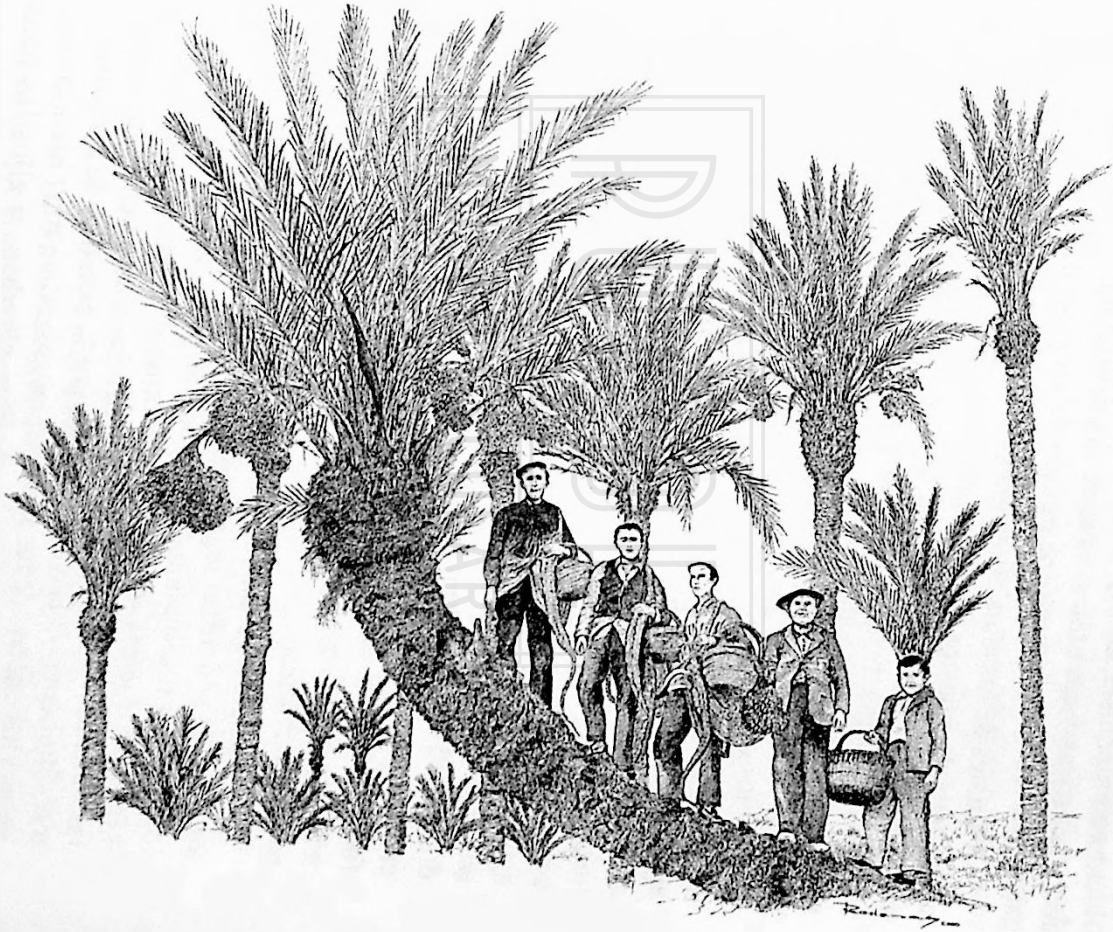
Hasta principios del presente siglo, casi la totalidad de las palmeras de Elche, (en realidad hasta tiempos recientes, nunca se supo, con exactitud el número de palmeras que había, puesto que jamás se realizó un censo completo de las mismas), estaban agrupadas en huertos regulares, y la mayoría de las cuales estaban ubicadas en los alrededores de la población, y eran los llamados huertos urbanos, y los menos, eran huertos rurales, repartidos por las pedanías de Algorós, Algoda, Pusol, Derramador, Alzabares Alto, Alzabares Bajo, Asprillas y las Bayas, todas ellas dentro de la zona regable con las aguas salitrosas que discurrían por el Vinalopó, distribuidas por la Marchena, en la margen derecha y por la Acequia Mayor del Pantano, en la margen izquierda.

Pero con la llegada de las aguas dulces de los sobrantes de la Vega Baja del Segura, y elevadas por el sistema de bombeo y distribuidas por Nuevos Riegos el Progreso y por la Real Compañía de Riegos de Levante, que pusieron en regadío el 90% de las tierras cultivables del campo de Elche, empezaron a nacer palmeras por

todas partes, de una manera espontánea, y como eran, agrícolamente rentables, la mayor parte de ellas, las dejaban crecer y proliferar, hasta tal punto, que en la década de los años 60, habían a lo largo y ancho de la geografía agraria ilicitana más de 150.000 palmeras diseminadas o en pequeños grupos, y además, con un desarrollo vegetativo acentuado, puesto que se regaban con aguas dulces.

Este cinturón de huertos de palmeras que aprisionaba la ciudad por el norte, el sur y el este de la población, (por el oeste limitaba por el cauce del Vinalopó), era un obstáculo que impedía la expansión urbanística de la ciudad. Por tal motivo, cuando en la segunda década del presente siglo se produjo en Elche, el «Boom», de la industria alpargatera y se precisaba más suelo industrial, para construir nuevas fábricas, se arrancaron bastantes huertos de palmeras para poder levantar en el espacio que dejaban libres, nuevas industrias. Estos hechos desencadenaron un movimiento ciudadano liderado por Pedro Ibarra Ruíz, que eran contrarios a este palmericidio, al mismo tiempo que propugnaban la conveniencia de que se promulgara una Ley Protectora de los Palmerales de Elche, para salvaguardar este tesoro vegetal, único en Europa. Fue una lucha larga y tenaz, ya que esto no se consiguió hasta el 8 de Marzo de 1933, en pleno Régimen Republicano, siendo presidente del Gobierno Manuel Azaña y Ministro de Industria, Comercio y Agricultura Marcelino Domingo. Más que una ley fue un Decreto, de solo 6 artículos, «que declaraban la defensa y conservación de los Palmerales de Elche, de interés social, quedando absolutamente prohibido en su término municipal la tala de palmeras vivas, así como toda clase de operaciones de cultivo y actos que puedan impedir o perjudicar su normal desarrollo vegetativo». 9 años después, concretamente, el 28 de Marzo de 1.942, se creó un Patronato que se encargaría de aplicar el cumplimiento de esta Norma Legal. El Presidente de este Patronato sería el Ministro de Agricultura y los cultivadores de palmeras, tendrían un representante en dicho Patronato.

Un año después, concretamente, el día 27 de Julio de 1.943, el Palmeral Ilicitano, es declarado Jardín Artístico Nacional, y por una Orden del 18 de Octubre de 1.967, se incluye a las palmeras entre las especies de protección forestal.



El Patronato de los Palmerales de Elche, desde un principio, fue un organismos completamente inoperante, ya que en el transcurso de varios años, no llegó a reunirse ni una sola vez. Esto, hasta cierto punto, es comprensible, si tenemos en cuenta que durante la Dictadura Franquista, no se prestaba demasiada atención a las cuestiones artísticas y culturales, aunque existieran algunas normas legales que, teóricamente, se encargasen de estos temas.

A finales de los años 50, y una vez recuperado el pleno abastecimiento de nuestro país de productos alimentarios básicos, después de un largo periodo de aislamiento internacional, por motivos políticos, las palmeras, como árboles agrícolas, perdieron casi toda la rentabilidad económica que habían tenido hasta entonces, con el agravante de que se iban incrementando, de año en año, los costos de cultivo, particularmente, la mano de obra. Este fenómeno coincidió con el inicio de la mecanización de la agricultura y la consiguiente modernización de las estructuras agrarias, que llevaban aparejadas la nivelación de muchos terrenos y la ampliación de los bancales, construyendo nuevos cauces de riego entubados, para el mejor aprovechamiento de las aguas de riego, Y entonces una gran cantidad de agricultores se encontraron con el problema de que muchas de esas palmeras diseminadas, que habían nacido por todas partes, constituían un estorbo, y obtaron por arrancarlas y desprenderse de ellas, como fuera, ya que habían perdido todo su interés por las mismas. La mayor parte de estas palmeras, las enterraban ellos mismos, en sus propias fincas.

Y a partir de esos momentos, los Inspectores municipales, aplicando las normas legales protectoras, (que la mayor parte de los agricultores ilicitanos, desconocían por completo), empezaron a imponer fuertes sanciones económicas a los controventores de las mismas. Fueron unos años de mucha tensión entre los agricultores ilicitanos y el Ayuntamiento, por la cuestión de las palmeras, ya que los dueños de las mismas, no entendían muy bien, como no podían disponer de ellas, a su libre albedrío, si ellos las habían plantado y las habían cultivado siempre, a su costa. Se pusieron centenares de multas por este motivo, aunque la mayor parte de las mismas no se pagaron.

Durante la primera Corporación Municipal Democrática en el año 1.981, se establecieron unas negociaciones entre las Organizaciones Agrarias, el Distrito Forestal de Alicante y la propia Corporación Municipal, intentando modificar estas normas legales, que se consideraban injustas, buscando una solución a toda esta problemática que fuera aceptada por todas las partes implicadas. Pero todo fue inútil y después de 14 reuniones bisemanales, entre los meses de Febrero y de Octubre del mencionado año, se dieron por rotos estos contactos, sin llegar a ningún acuerdo.

Durante esos años, a medida que las palmeras iban perdiendo rentabilidad económica, como árboles agrícolas, lo iban ganando como árboles ornamentales, para adornar parques y jardines de muchas ciudades de la Costa Mediterránea. Y en función de esa demanda creciente, surgió un comercio clandestino de palmeras, que se exportaban para todas partes, al mismo tiempo que se iba incrementando el valor comercial de las mismas, hasta alcanzar precios que oscilaban entre las 50 y las 100 mil pesetas por unidad entre las que tenían una altura de tronco entre 4 y 10 metros. Esto era toda una tentación para los dueños de las palmeras, y más aún en unos años en que la mayor parte de los productos agrarios que se cosechaban en el campo de Elche, se habían depreciado bastante, disminuyendo, por consiguiente, los ingresos de los agricultores. Vendiendo unas cuantas palmeras, recogían 300, 400 o 500 mil pesetas, y con ese dinero cubrían los gastos familiares de todo un año. De esta manera en el plazo de tres décadas desaparecieron del campo de Elche, muchos miles de palmeras diseminadas, e incluso huertos enteros, a pesar de que se impusieron fuertes sanciones económicas, tanto a los comerciantes clandestinos que compraban esas palmeras, como a los agricultores que las vendían.

Al principio de los años 80, el Gobierno Central, transfirió las competencias de agricultura al Gobierno Autonómico Valenciano. Y el 9 de Mayo de 1.986, la Generalitat Valenciana, promulgó una nueva Ley de Tutela de los Palmerales de Elche, pero con la particularidad de que a partir de esos momentos, las palmeras de Elche, ya no eran un bien agrícola, si no un bien cultural, ya que el Patronato correspondiente, que se constituyó en el Ayuntamiento de Elche, el día 15 de Septiembre de 1.987, el Presidente del mismo, era

el Conseller de Cultura, el Vicepresidente el Alcalde de Elche, y como Vocales figuraban un representante de la Conselleria de Agricultura, un Representante de la Consellería de Urbanismo, un Representante de Patrimonio, dos Concejales del Ayuntamiento de Elche, elegidos por el Pleno de la Corporación Municipal y un Representante de los Cultivadores de Palmeras. El único aspecto positivo que tenía la nueva Ley era que las palmeras de los viveros que se plantaran a partir de entonces, y que se inscribieran en el Registro del Patronato, podían sus dueños comercializarlas libremente, cuando quisieran y a quien quisieran, sin ningún impedimento, solo con que lo notificaran al Patronato con dos días de anticipación. Por lo demás, en los preceptos de la Ley, se hacía más incapié en las sanciones que se les impondrían a sus contraventores, que en el capítulo de ayudas que se darían a sus dueños, para resarcirlos, aunque fuera en parte, de los gravosos costos de cultivo que tenían, ya que en ese aspecto se pasaba de puntillas sin concretar nada,

Por tal motivo, las muchas perspectivas que en el colectivo de dueños de palmeras, había despertado la nueva Ley de la Generalitat Valenciana, sobre la Tutela del Palmeral d'Eix, quedaron en nada, a la vuelta de pocos años, y las cosas quedaron poco mas o menos como habían estado hasta entonces.

Como se continuaba arrancando palmeras, masivamente, a pesar de la vigilancia que ejercía tanto el Patronato, como el Ayuntamiento, para evitarlo, pretendieron erradicar este expolio, incoando expedientes sancionadores, por la vía penal, contra estos comerciantes clandestinos, pero con la desagradable sorpresa de que el Juez, los absolvió de toda culpa a los mismos, alegando que as mencionadas palmeras, no estaban catalogadas como debieran estarlo, y por consiguiente, no estaban protegidas por la Ley de Tutela.

Ante estos hechos, el Patronato, en colaboración con el Ayuntamiento, empezaron a realizar un censo completo, (que tenía que haberse hecho ya desde hacía varios años), y a partir de esos momentos, redactaron los correspondientes Decretos de Calificación. Este Censo, lo llevaron a cabo, durante cerca de un año, 6 alumnos de la Escuela de Ingeniería Técnica Agrícola de Orihuela, y al finalizar el mismo, hicieron público el resultado- 181.138 palmeras adultas, (en huertos regulares, en grupos, en hileras y diseminadas), y

160.000 en viveros. En este censo, (que fue el primero que se llevó a cabo), se han observado muchos errores y muchas inexactitudes, que se van corrigiendo a medida que van llamando a todos los interesados, para hacer las consiguientes comprobaciones.

A medida que toda esta gran cantidad de palmeras de los muchos viveros que se han plantado, estén en condiciones para su comercialización, irá disminuyendo la presión que ha existido hasta ahora sobre las palmeras adultas, y por consiguiente, se terminaría con ese comercio clandestino que ha existido en los últimos años.

De un tiempo a esta parte, el Ayuntamiento de Elche, ha iniciado una política de adquisición, de muchos huertos de palmeras de los llamados urbanos, de propiedad privada, para municipal izarlos y dedicarlos a parques y jardines invirtiendo en estas adquisiciones una gran cantidad de millones de pesetas de los presupuestos municipales. De continuar unos cuantos años más, por estos derroteros, todos o casi todos los huertos de palmeras de propiedad privada de la periferia de la población, pasarán a ser de propiedad municipal, para goce y disfrute de todos los ilicitanos, aunque esto suponga un elevado coste económico, no solo para su adquisición, si no también para su cultivo y mantenimiento, que tendremos que pagar todos los habitantes de Elche, a través de los impuestos.

Hasta aquí hemos hablado, a grandes rasgos, del pasado y del presente de los Palmerales de Elche. Pero ¿Cúal va ha ser su futuro? El futuro de nuestros palmerales, descansa sobre dos pilares; los viveros que pueden cubrir la gran demanda que hay de palmeras, como árboles ornamentales, y la Estación Phoenix, que puede suministrar las suficientes palmeras de buena calidad, reproducidas *in vitro*, para que a partir de ahora, puedan haber en el campo de Elche, una gran cantidad de palmeras, que produzcan dátiles de buena calidad, todos de la misma variedad genética, que sean competitivos en todos los mercados consumidores, y que por consiguiente, tengan una aceptable rentabilidad económica, como producto agrario.

Y de cara a ese futuro prometedor de nuestros palmerales, sería muy positivo, que a finales del presente año, la UNESCO, los declarara, junto con el *Misteri*, Patrimonio de la Humanidad, tal como están propuestos y deseamos, fervientemente todos los ilicitanos, que somos amantes de todas las cosas de nuestra tierra.

Palmeras de mi tierra,
blasón de la ciudad ilicitana,
que desde tiempos remotos,
formais parte esencial de su paisaje.

Hermosos palmerales
que recordais lejanas latitudes
donde antes florecieron
antiguas civilizaciones primigenias.

Eréctiles y esbeltas,
rizando nubes y mirando al cielo,
poneis en la llanura
la canción verde - gris de vuestro encanto.

Altivas odaliscas
que bajo el sol ardiente del Verano
brindais vuestra belleza
junto al latino mar de la cultura.

Palmeras de mi tierra,
mi admiración siempre os acompaña.
Permitid que os ofrende
el sencillo homenaje de estos versos.

PUCOL MUSEU ESCOLAR

Capítulo XXXIII

El futuro del campo de Elche

En los 32 capítulos precedentes, hemos tratado de describir a grandes rasgos, todo lo que ha ocurrido alrededor de la agricultura ilicitana, desde la época romana, hasta nuestros días, en lo que constituye la primera «Historia del Campo de Elche», que se ha escrito hasta estos momentos. Historias de Elche, en su conjunto, se han escrito varias, siendo las más completas, la que publicó Pedro Ibarra Ruiz, en 1.895, y la que publicó Alejandro Ramos Folqués, en 1.975. Pero una historia específica del campo de Elche, es la primera vez que se escribe.

Reconozco, que tal vez haya sido, por mi parte, un gran atrevimiento, el llevar a cabo este trabajo, que ha entrañado un cierto riesgo, pero entendía que debía hacerlo, y por lo tanto, emprendí la tarea, que ahora toca su fin. Y lo he realizado, con toda la ilusión del mundo.

Si he sabido estar o no, a la altura de las circunstancias, eso tendrán que decirlo los lectores de este libro. Lo que nadie me podrá negar, es la buena voluntad y el tesón que he puesto en ello, y que pueden compensar las deficiencias que se puedan observar en esta historia, deficiencias que seguramente, las habrán y muchas. De todas formas, reconociendo que en esta vida, todo es mejorable, esta es la «Historia del Campo de Elche», que yo he escrito, a mi

manera, a la espera de que vengan otros autores mas capacitados y con mayor bagaje de datos de los que yo he dispuesto, para que mejoren mi obra, que ahora termina.

Para escribir esta «Historia del Campo de Elche», me han sido de mucha utilidad algunos datos que ya contenían otros libros míos publicados anteriormente, sobre el campo de Elche, particularmente, «La Agricultura Ilicitana, de Ayer a Hoy (Apuntes para una Historia del Campo de Elche)» publicada en 1.983, con el patrocinio de la Caja de Ahorros Provincial de Alicante. Todos estos datos, me han facilitado la labor, lo mismo que las referencias encontradas en los textos de otros autores que han escrito también sobre este tema.

Pues bien. Con más o menos profusión de datos, ya conocemos lo que ha sido el campo de Elche, en los últimos 20 siglos, desde el punto de vista agrícola. Y llegado este momento, tal vez cabría preguntarse ¿Cuál es el futuro del campo de Elche, como generador de productos agrarios? Y también, agrícolamente ¿el campo de Elche, tiene futuro en los umbrales del siglo XXI? A estas dos preguntas, tenemos que contestar, que a nuestro entender, tal como hemos contemplado la agricultura hasta hace pocos años, el campo de Elche, agrícolamente, no tiene ningún futuro. Estas mismas consideraciones ya las haciamos hace 15 años, cuando publicamos el libro titulado «El Futuro del Campo de Elche». Ahora bien. Esto no quiere decir, en modo alguno, que en un futuro inmediato, la agricultura ilicitana, vaya a desaparecer por completo. Lo que si va a ocurrir con toda seguridad, es que va a quedarse reducida a la más mínima expresión, salvándose solamente, una pequeña cantidad de pequeñas y medianas explotaciones agrarias, muy tecnificadas y a base de cultivos selectivos, que tengan un mercado consumidor asegurado *a priori*, tanto nacional como extranjero. Pero esa agricultura extensiva, a base de cultivos tradicionales, que se pueden producir en otros lugares con más facilidad y menos gastos que aquí, eso, tiene las horas contadas.

Además, como es el gran poder de absorción, que ejerce la población de Elche, sobre el campo, de su término municipal, en todos los aspectos y sentidos, hasta tal punto, que la población, poco a poco, se está «comiendo» al campo, y restándole tierras de cultivo, para dedicarlas a otros menesteres, en detrimento de la agricultura.

En los últimos años, varios miles de hectáreas de tierra de las más fértiles del campo de Elche, han sido ocupadas por el Campo de Fútbol, I.F.A, el Polígono Industrial de Altabix, el Parque Industrial de Torrellano-Saladas, el Aeropuerto del Altet, y la Universidad Miguel Hernández, entre otras muchas cosas. Y además de todo eso, las muchas urbanizaciones y varios miles de «chalets», que se han construido en terreno rústico, que se le ha restado a la agricultura. Toda esta serie de circunstancias, han propiciado el que el campo de Elche, poco a poco, vaya perdiendo el aspecto de «ruralidad» que tuvo siempre, para convertirse en semiurbano, y en una zona residencial, más que en zona eminentemente agrícola, como lo fue siempre. Con todo ello, la agricultura ilicitana o lo que es lo mismo, el colectivo de agricultores del campo de Elche, cada día que pasa, va perdiendo más protagonismo en la sociedad ilicitana, y no sólo en el aspecto económico, sino también en el aspecto social y cultural. Dentro de algunas pedanías de las más importantes del campo de Elche, se va incrementando el aspecto urbano de las mismas, como son la Hoya, las Bayas, la Marina, Torrellano Alto y el Altet, al convertirse en verdaderos núcleos urbanos consolidados, con las mismas comodidades y servicios que hay en el casco urbano de la población, con la particularidad de que en estos núcleos urbanos de las pedanías, la mayoría de las gentes que viven en ellos, son familias de agricultores, que continúan cultivando la tierra que tienen en los alrededores, aunque de una manera diferente a como lo hicieron sus antepasados, como diferentes son también las circunstancias en que viven las gentes de hoy a las circunstancias en que vivieron las generaciones anteriores.

No obstante, el término municipal de Elche, tiene un futuro prometedor, pero no como generador de riqueza agrícola, como lo fue hasta hace pocos años, sino para otras finalidades diferentes, aunque una agricultura minoritaria moderna y altamente tecnificada, podrá sobrevivir en los umbrales del siglo XXI, siempre y cuando los pocos agricultores jóvenes, que quedan en activo, en el campo de Elche, a pesar de las muchas dificultades y contratiempos con que tropiezan todos los días, no pierdan la ilusión en seguir siendo profesionales de la agricultura, como lo fueron en su totalidad, sus antepasados, que cultivaron la tierra, con mucho esmero y dedicación. Al menos, así lo esperamos y lo deseamos, fervientemente.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

BIBLIOGRAFÍA

ARCHIVO MUNICIPAL DE ELCHE .- Libro de Cabildos y otros documentos

BARBIERI, ASENJO.- Revista de archivos.

BOIX RICARTE, VICENTE.- Historia del Reino de Valencia.

BORONAT Y BARRACHINA, PASCUAL.- Los moriscos y su expulsión.

BROTÓNS GARCÍA, BALTASAR.- La agricultura ilicitana, de ayer a hoy.

BROTÓNS GARCÍA BALTASAR.- Agrodelx.

BROTÓNS GARCÍA BALTASAR.- El campo, entre la marginación y la esperanza.

BROTÓNS GARCÍA BALTASAR.- El futuro del campo de Elche.

CASTRO, AMÉRICO.- España en su historia. Cristianos, moros y judíos.

CAVANILLES, JOSÉ.- Observaciones sobre el Reino de Valencia.

CISCAR PALLARÉS, E.-Nuestra historia.

GONZÁLEZ PÉREZ, VICENTE.- La *centuriatio* de Ilici.

GONZÁLEZ PÉREZ, VICENTE.- El Bajo Vinalopó. Geografía agraria.

IBARRA MONZONIS, AURELIANO.- Ilici.

IBARRA RUIZ, PEDRO.- Historia de Elche.

IBARRA RUIZ, PEDRO.- El regadío en Elche y origen de sus aguas.

IBARRA RUIZ, PEDRO.- De Barreras a Romero.

LAFARGA, PRÓSPERO.- Los riegos en Elche.

LLOBREGAT CONESA, ENRIQUE.- Nuestra historia.

MADOZ, PASCUAL.- Diccionario Geográfico, Estadístico, Histórico de Alicante, Castellón y Valencia.

MARTÍNEZ IRLES, VICENTE.- La cooperación rural en Elche.

MAYANS I CISCAR, ANTONIO.- Ilici.

ORTIZ, SANTIAGO.- Aguas del río Vinalopó.

RAMOS FOLQUÉS, ALEJANDRO.- Historia de Elche.

RAMOS FOLQUÉS, ALEJANDRO.- La industria, el comercio y la agricultura en Elche.

REGLÁ, JUAN.- Estudio sobre los moriscos.

RUIZ TORRES, PEDRO.- *Els Carrisals d'Elx.*

SANZ, CRISTÓBAL.- Excelencias de la Villa de Elche.

VICIANA, RAFAEL MARTÍ DE.- Crónicas.

VIVES GARCÍA, JUAN.- Orígenes de la comunidad de labradores de Elche.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

Este libro se acabó de imprimir en los
talleres de Segarra Sánchez el
día 17 de Mayo de 2000
festividad de
San Pascual

PUCOL
MUSEO ESCOLAR

PUÇOL

MUSEO ESCOLAR

Temes d'Elx 36

Institut Municipal de Cultura

Ajuntament d'Elx